NOCTURNIA II

RELATOS PARA INSOMNES PROFESIONALES



ANTÓN CRUCES

Antón Cruces

Nocturnia II

Título: Nocturnia. Volumen II: relatos para insomnes profesionales.

Autor: Antón Cruces

Diseño Gráfico: Antón Cruces

Cubierta: Juan David Giraldo

ISBN: 9798731617796

Depósito Legal

www.antoncruces.com

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

I

KILL´EM ALL ™

KILL´EM ALL ™

Capítulo 1
La fotografía

Si Jason Miller puso un pie aquella tarde lluviosa en Falken Games no fue por iniciativa propia. Quizás fuese el destino, reescribiéndose a cada momento, lo que le llevó hasta aquel neón rosa y parpadeante. Decir que su vida cambió para siempre después de aquella visita involuntaria no sería una exageración, si bien para ser honestos con esta historia habría que explicar que poner un pie en Falken fue su segundo gran cambio vital antes de cumplir los dieciséis.

Pero empecemos por el principio.

Adolescente en el último año de instituto, Jason poseía una cota de popularidad exigua, aunque no siempre había sido así. *Antes* Jason era un crío normal; puede que no estuviese en el grupo de los más populares, pero desde luego no era un paria. La muerte de su padre —primer gran cambio— le había precipitado por una espiral de desolación en cuyo centro flotaban —como aves de rapiña— Burt Grasso y compañía, una jauría de matones capaz de detectar al moribundo social y abalanzarse sobre él como carroñeros. A veces Jason lograba escapar de ellos; otras, sin embargo, no había manera de darles esquinazo. En los últimos meses la agresividad de Grasso y compañía había ido en aumento, cosa que ponía nerviosa a la dirección del instituto y en alerta amarilla a la policía de la ciudad: mobiliario urbano roto, pintadas obscenas en las fachadas de edificios públicos, constantes desapariciones de sus casas durante días, etcétera.

Sin duda, lo mejor de cada casa.

Todos en Springlake sabían que la pandilla coqueteaba con esas pastillas azules que usaban los roqueros de los ochenta para colocarse. Eran baratas, fáciles de conseguir y proporcionaban un colocón inmediato sin apenas resaca. La droga perfecta. Solo que en realidad aquella mierda les estaba licuando el cerebro poco a poco. «Revival anfetamínico», lo llamaba Fredo, el mejor amigo de Jason. El *único* amigo de Jason. Por si todo ese tema de las pastillas fuera poco, en el instituto corría el rumor de que La Jauría hacía sus pinitos con drogas más fuertes, alcohol y navajas. La bomba estallaría tarde o temprano. Todo el mundo lo sabía. La única duda era cuándo ocurriría y a quién se llevaría por delante.

La cadena de acontecimientos que llevó a Jason a cruzar el umbral de Falken Games con la desesperación de un soldado en busca de trinchera se inició cuando La Jauría le abordó en el Arcade World, un tributo a los salones recreativos de los años ochenta y noventa. Los grandes juegos clásicos (*Space Invaders, After Burner, Double Dragon, Pac-Man*), revividos en pantallas enormes de casi dos metros y con definición 6K, juegos de realidad virtual, billares, seis salas de escapismo y una bolera de doce calles. Los neones amarillos, verdes y rosas centelleaban flanqueando las llamativas tipografías de las máquinas, como si centenares de cámaras dispararan a la vez sus flases multicolor. Los fines de semana, Arcade World se convertía en el punto de encuentro de las pandillas de críos y de algún que otro padre nostálgico, deseoso de enseñar a sus vástagos cómo se entretenían los críos de la época. A Jason le parecía increíble que, en la era de los móviles, tabletas y ordenadores, la juventud de Springlake se gastara la paga en esos antiguos videojuegos ahora hipertrofiados. Un auténtico milagro. Y muy divertido.

***

Un minuto antes de acabar de rodillas, doblado por el dolor, Jason sonreía. Estaba a punto de batir el récord en el *Street Fighter II*

mientras marcaba con el pie en la moqueta al ritmo de música ochentera. No sabría decir si la que cantaba era Cindy Lauper o Madonna; tendía a confundirlas, cosa que cabreaba bastante a su padre. «Es como confundir un delfín con un tornillo», solía decirle. Casi se había decantado por Lauper cuando en la pantalla apareció reflejada la sonrisa despiezada de Grasso. Un descuidado flequillo aceitoso pegado a la frente intentaba, sin éxito, ocultar un acné devastador. Grasso no se anduvo con preliminares. Clavó su mirada fría y rojiza en la pantalla.

—Buena partida —dijo—. Quiero firmarla.

Antes de darse cuenta, Jason estaba de rodillas, agarrándose la barriga y revolcándose en el suelo mientras luchaba por recuperar la respiración. X-Treme, que así se hacía llamar el lugarteniente de Grasso, le acababa de propinar tal rodillazo en la boca del estómago que Jason casi llegó a perder el conocimiento. Al punto vomitó un líquido transparente sobre la moqueta marrón y lo regó con lágrimas de impotencia. El resto de los golpes no tardaron en llegar. Le aguijonearon la espalda y el torso a un ritmo endiablado. A través de la cortina de piernas que ametrallaba su cuerpo a base de puntapiés, Jason comprobó cómo sus compañeros de instituto miraban hacia otro lado.

Eso le dolió aún más.

«Quédate en el suelo», pensó. «No te rebotes o será peor». Intentó concentrarse en la música. «Es Cindy Lauper. Seguro».

El señor Craven, el dueño del Arcade, un hombre afable con nariz de buitre y dos rendijas por ojos, había transformado su garita en una auténtica torre de control digna de un villano de dibujos animados. Gracias a una docena de pequeñas cámaras, no se le escapaba nada de lo que ocurría en sus dominios, pero a pesar de las medidas de seguridad y de tener la entrada vetada, la banda de Grasso siempre se las arreglaba para colarse sin ser detectada. El señor Craven apenas tardó un minuto en dispersar a los maleantes que, lejos de amedrentarse, no dudaron en encararse con él. Pero el viejo Craven no

se andaba con chiquitas y sacó a pasear a Daisy, un bate de metal púrpura que reservaba para «veladas» especiales.

—¡Os juro, cabrones, que os lo meteré por el culo si vuelvo a veros por aquí! —gritó a los críos mientras blandía el bate en el aire.

Entre carcajadas y burlas, los matones subieron a sus motos y se perdieron entre las calles del centro. Craven apenas tardó un minuto en ocuparse del asunto, pero para Jason fue una eternidad. Grasso y su manada tuvieron tiempo suficiente para partirle el labio, levantarle el dinero y robarle la mochila. *Hat- trick.*

—Deja que te ayude a levantarte —dijo el hombre—. ¿Estás bien, hijo? —Todos los adultos le trataban con cierta condescendencia desde lo de su padre, pero en realidad no era algo que le molestara—. ¿Quieres un poco de hielo para ese labio? —Tan de cerca, sus ojos parecían aún más pequeños, como dos moscas aplastadas en la cara. Jason negó con la cabeza y se recompuso como pudo. Su camiseta favorita, una reliquia de los Simpson, tenía una manga rota y el cuello dado de sí.

Reconoció el alivio en las miradas de sus compañeros. Al fin y al cabo, podía haberles tocado a ellos. Jason miró a su público mientras se arreglaba el pelo y se palpaba la herida del labio.

—Tranquilos, estoy bien —soltó—. No me gusta veros tan preocupados. Solo me duele si me río mucho.

Sonaron algunas carcajadas ahogadas que dieron paso el murmullo burbujeante tan característico de la sala. Sin más. Era como si no hubiese sucedido nada, como la escena de una mala película a la que le das hacia adelante. Jason sabía que nadie diría una palabra del incidente. Ni en casa ni en la escuela. Había un código.

La ley de Grasso.

Jason era el mejor jugador de Arcade de Springlake, y Grasso, siendo generoso, rayaba en la mediocridad. Sin apenas paciencia en sus partidas, enseguida rompía a gritar o a golpear la máquina como un tarado hasta que Craven le ponía de patitas en la calle, así que lo que Grasso no podía conseguir con destreza lo hacía por la fuerza.

Robaba récords. El del *Street Fighter II* era el segundo que le arrebataba en lo que iba de curso; el primero fue el del *Galaga*. Ese solo le «costó» un moratón en el muslo.

El crío recogió el móvil del suelo y, al agacharse, sintió una nueva punzada de dolor en el estómago. La pantalla estaba hecha añicos. Su padre, inclinado sobre la mesa de dibujo, le sonreía desde el salvapantallas con esa mueca que tanto le hacía reír de pequeño, solo que ahora la sonrisa estaba fragmentada en cientos de diminutas grietas cristalinas.

El señor Craven escoltó a Jason hasta la calle. Su mochila, tirada en la acera, le provocó un pinchazo en el pecho, una certeza, un mal augurio. Jason se apresuró a recogerla (nuevo pinchazo) y rebuscó con ansiedad entre libros, libretas y el estuche; estaba todo menos lo más importante: su pequeña consola Nintendo, una maquinita retro de dos pantallas que su padre le había regalado poco antes de que aquella enfermedad dinamitase su universo. Dentro de ella, encajada en los bordes, había una pequeña fotografía. El señor Miller odiaba posar, y aquella era la única superviviente de una tira de fotomatón en la que los dos encaraban con muecas despreocupadas el objetivo de la cámara. Aquel día su padre estaba de muy buen humor. La editorial —el señor Miller siempre hablaba de LA EDITORIAL, en mayúsculas— le había confiado el dibujo y el guion de la serie limitada de *Ultrakid*, la apuesta más importante de la temporada. «Los de marketing» confiaban en que sería un éxito. Cada vez que su padre hablaba de «los de marketing», Jason no podía evitar pensar en las réplicas de los malos trajeados de *Matrix*. La cuestión es que, con o sin traje, «los de marketing» no se equivocaron. *Ultrakid*, escrito y dibujado por Art Miller, se convirtió en la serie debut más vendida del año. Y allí, en aquella pequeña cabina, entre fogonazo y fogonazo, su padre le confesó que en LA EDITORIAL corrían rumores sobre una película, incluso una serie de dibujos animados con un tono más infantil. La cara de sorpresa de Jason quedó inmortalizada para siempre en aquel pequeño trozo de papel. Al salir del fotomatón, recogieron las fotos, su

padre le alborotó el pelo y sacó del bolsillo un pequeño paquete envuelto en papel de regalo con una tarjeta pegada con dedicatoria incluida: «Lucha siempre hasta el final». Jason rasgó el papel y ahí estaba: una maquinita antigua Nintendo de doble pantalla.

Capítulo 2
Fuera de control

Pocas semanas después Jason aprendió que, al contrario que en los cómics, los videojuegos o las películas, la vida no tiene un guion; es imprevisible e injusta. Caníbal. Cuando por fin parecía que el viento soplaba a favor de la familia Miller, aquella enfermedad irrumpió como un ciclón llevándoselo todo por delante.

Ocurrió el día de su decimotercer cumpleaños. Según *El manual del adolescente*, el dulce Jason tendría que haberse transformado ya en un chaval contestón y malhablado, pero contra todo pronóstico seguía siendo el niño risueño y obediente que disfrutaba dibujando cómics con su padre durante tardes enteras. Desde que fue capaz de sostener un lápiz sin que se le cayese, el señor Miller le había enseñado a esbozar algunos de los personajes más famosos de la historia, desde Scooby-Doo hasta Superman. Podían pasarse horas en el estudio, sentados codo con codo bajo la luz de un flexo, esbozando trazo a trazo a aquellos personajes. Solo les interrumpía el sonido de las tripas, que solía estar sincronizado con la voz de su madre anunciando que la cena estaba lista.

Jason aprendió muy pronto que el talento —si es que algo así existe— no era hereditario. El dibujo no se le daba bien, pero su padre le repetía que tenía madera. «Recuerda siempre las tres pes, Jason: práctica, paciencia y pasión. Las cosas nunca salen a la primera, J.».

Aquella soleada y horrible tarde de julio, Jason sorprendió a sus padres en el salón, agarrados de la mano con gesto serio y mirada

ausente. Nada más cruzar el umbral supo que algo monstruoso había llegado a su hogar. Podía sentirlo. Olerlo. Su madre tenía los ojos rojos. Nunca la había visto así. Sabía que su madre podía llorar, claro, pero para él era algo irreal. Hasta ese instante de su vida, su madre había sido la alegría personificada. Tampoco sonaba música. Cuando su padre estaba en casa siempre flotaba alguna canción en el ambiente, pero ese martes de verano un silencio denso como el sudor impregnaba la habitación y, aunque afuera un sol ardiente coronaba el día, en aquella sala de estar la luz se había esfumado. Jason recordaría aquel momento en blanco y negro durante el resto de su vida. Las ojeras de su padre. Su madre apretándole la mano. Las lágrimas secándose en sus mejillas. Al menos fueron sinceros con él. Le contaron la verdad. Aquella enfermedad no tenía buen pronóstico. La noticia cayó sobre él como una mancha de tinta emborronando un buen dibujo. Acabó con su mundo. Su padre luchó como pudo durante seis meses, pero nada puede frenar lo inevitable. Destino. Unos y ceros. Benigno y maligno.

Tras su muerte pocos meses después, su madre apenas le dirigía la palabra. Jason dejó de dibujar, pero se parapetó en el estudio de su padre. Construyó allí su refugió. Los videojuegos le servían para evadirse. Cuando uno se sumergía en ellos, todo tenía sentido. La derecha era la derecha, arriba, arriba, y abajo, abajo. Si morías, resucitabas y podías volver a jugar. Empezabas de cero. Cosa que en la vida real una enfermedad de mierda le había denegado a la persona más importante de su vida. Cualquier juego le valía para olvidar, cuanto más complicado mejor. De esa manera no pensaba en cosas en las que un crío de quince años no debería pensar.

Sus notas cayeron en picado.

Cuando el señor Miller murió, Jason guardó la fotografía dentro de la maquinita. Su pequeño altar portátil. Cada mañana abría su consola, jugaba una partida rápida y le daba un beso al pequeño retrato. Un gesto infantil, sí, pero le daba igual. Así arrancaba el día y así lo acababa. Todos los días.

La pequeña fotografía era su tesoro, y ahora estaba en manos de Burt Grasso. Tenía que recuperarla costase lo que costase.

Jason barajó varias «líneas de acción». Sopesó llamar a la policía y denunciar a Grasso, pero lo descartó enseguida. Empezarían a hacerle preguntas sobre sus moretones y no quería empeorar más las cosas. Además, nadie en Springlake sabía de qué serían capaces esos matones si se calentaban de más. Quizás lo que procedía fuese un golpe de efecto. Tras armarse de valor, pero con una bola de plomo en el estómago, Jason se plantó en casa de los Grasso. Llamó a la puerta con los nudillos —el timbre oxidado y desmontado parecía más bien una trampa mutiladora de dedos— y esperó. Tras unos segundos de pisadas arrastradas, una ballena humana con rulos y gafas de culo de vaso abrió la puerta. Un halo violáceo de humo de tabaco la rodeaba, y una mezcla de olor a pescado frito con algo más que Jason no pudo identificar le revolvió el estómago. La mujer le miró de arriba abajo con más sorpresa que curiosidad.

—Burt no está en casa. ¿Te ha hecho él eso? —preguntó la mujer señalándole el labio.

—Eh…, no, qué va. Me he caído esta mañana en el recreo —mintió Jason sin mucha convicción—. Dígale, por favor, que necesito que me devuelva la máquina que le he prestado esta tarde. Es muy importante. Dígale que Jason Miller ha pasado por aquí —concluyó.

No dijo nada más. Ni siquiera esperó la reacción de la señora Grasso. Solo se dio la vuelta y se fue por donde había venido.

Horas después La Jauría al completo le perseguía. Grasso tenía un ojo morado y una navaja en la mano. Cruzaron las miradas durante un segundo. Estaba fuera de sí. El brillo animal de sus pupilas le certificó que estaba en peligro. En peligro de verdad. La bomba estaba a punto de estallar. Jason Miller lo sabía y corrió como nunca en su vida.

—¡Te voy a matar, Miller! ¡Puto huérfano! ¡Chivato de mierda!

Jason se escondió en uno de los estrechos callejones que, como afluentes, unían las luminosas calles del centro con la zona más oscura de la ciudad. Escuchó pasos; decididos, rabiosos, cada vez más cerca.

Se tendió en el suelo y se tapó con unos cartones que, a juzgar por el olor, habían servido de meadero a algún vagabundo. El ritmo de las pisadas se detuvo a su altura y Jason rezó para que no le encontrasen.

—¿Buscabas esto, no, cuatro ojos?

Desde una abertura en su trinchera de cartón, observó como Burt sostenía la pequeña foto de carné de su padre.

—Debe ser muy importante para ti si tienes los huevos de ir a mi casa y molestar a mi madre. Da la cara o despídete de ella —ordenó mientras sacaba un mechero del bolsillo del pantalón. Una llama amarilla y azul brotó del encendedor.

—¡No lo hagas! —gritó Jason desde su escondite—. ¡Por favor, no lo hagas! —suplicó mientras salía de entre las cajas.

De cerca, Grasso tenía la cara mucho peor de lo que a Jason le había parecido. Un ojo morado, el labio partido y un par de pequeños hematomas violáceos comenzaban a amoratársele en la sien. Jason casi sintió pena.

—Te voy a enseñar a no chivarte, cerdo —murmuró entre dientes.

Esta vez fue Burt, en solitario, el que le propinó la paliza. El resto de la banda entendió que se trataba de un tema personal y se limitaron a jalear a su jefe. «Lucha siempre hasta el final». Pero Jason no consiguió conectar ni un solo golpe y terminó cayendo al suelo. X-Treme y otro de los chicos de la banda, Ronnie Monseur (habían sido amigos de pequeños, pero la gente cambia), lo levantaron del suelo por los hombros. Jason tenía la cara hinchada, había perdido un diente y le dolía al respirar.

—¿Todo por esta puta foto? —preguntó Grasso sosteniéndola delante de él.

—Dámela, Burt. Por favor. Te lo suplico —balbuceó Jason agotado, arrastrando con dolor cada sílaba.

Grasso lo miró a los ojos, escupió en la foto y le prendió fuego.

—Estúpido pardillo —dijo mientras la tiraba al suelo, donde el papel se consumió, ennegrecido, doblándose sobre sí mismo—. Tu padre tenía la misma pinta de imbécil que tú.

Jason se retorció de rabia y dolor. La boca le sabía a sangre. Escupió y el suelo se tiñó de marrón. Le dolía la cara y escuchaba cómo sus huesos rechinaban rozándose unos con otros. Al llegar a casa se metió en la cama y lloró de impotencia.

Capítulo 3
La ley de Grasso

A la mañana siguiente, poco antes de su desbocada irrupción en la tienda de Falken, la señora Miller pareció despertar de su coma emocional. Por unos minutos volvió a ser la de siempre. Tras curarle las heridas a su hijo, lloraron juntos y se abrazaron. Ella le pidió perdón veinte veces y le prometió que volvería a ser la de siempre. Saldrían adelante. Iris Miller se vistió para ir a hablar con el director del instituto. Mientras se hacía una coleta en el pelo y se miraba al espejo tirando de sus ojeras hacia abajo (como si eso pudiera hacer que desapareciesen por arte de magia), le dijo a Jason que también acudiría a la policía.

Aunque Jason se alegró al verla de nuevo con esa determinación, y a pesar de desear con todas sus fuerzas que saliese de nuevo a la calle, tuvo que convencerla de que esa estrategia no era una buena idea. Su madre aceptó a regañadientes y, sin previo aviso, se apagó de nuevo, como si alguien en su cabeza hubiese pulsado un interruptor. Volvió al modo muerto viviente. Al menos había reaccionado. Eso era bueno. Lo que Jason no podía saber es que apenas media hora después, Iris Miller, de vuelta en el mundo de los vivos, denunciaría a Grasso en la jefatura de policía.

Además del dolor —ahora los hematomas de la cara oscilaban entre el marrón, el verde y el púrpura—, lo que Jason sentía era una rabia que tamborileaba en su sien, una furia roja que ni siquiera quería controlar. Tenía ganas de vengarse de Grasso. Sabía que era imposible, pero lo deseaba con todas sus fuerzas. Lo mejor sería

olvidar el incidente, no llamar la atención. No aguantaría otra paliza.

Esa mañana, en el instituto, mientras su madre sellaba su destino denunciando a Grasso ante el comisario Moss, Jason notó una vez más las miradas de sus compañeros: ojeadas esquivas, disimuladas con torpeza adolescente. Burt y los suyos se burlaron al verlo y le advirtieron por señas de que el silencio era su mejor opción. Tras la amenaza, La Jauría se alejó aullando entre risas. Todos reían excepto Grasso; él se limitaba a observar a Jason.

El ulular de la sirena avisó de que tocaba entrar en clase y la atronadora riada de chavales se dirigió en tromba hacia las aulas. Cuando Jason pensaba que su día no podía ir a mejor, se tropezó de bruces con Nancy Myers. Los libros de ambos cayeron al suelo como en una mala comedia romántica. Nancy, su mejor amiga hasta los once años, lectora empedernida de cómics y fundadora (cofundadora en realidad) del Club del Wookie. Nancy: su amor secreto. Nancy, la que dos años antes había pasado, sin previo aviso, de ser una empollona con gafas de pasta a ser la chica más popular del instituto. De la noche a la mañana, se creó una cuenta de Instagram, deshizo el club (le escribió una carta en la que le informaba del «cese de actividades») y se echó un novio dos años mayor que ella. Los cómics, el Club del Wookie y Jason pasaron a ser un recuerdo, antiguallas en una caja de cartón. Jason entendió que, en realidad, Nancy solo estaba decidiendo quién quería ser en su vida. Ella fue hacia arriba y Jason hacia abajo. Tan simple como eso. Nancy soltó lastre. Jamás podría ser quien quería ser leyendo cómics con Jason Miller. Y no la culpaba. Cuando se cruzaban en el instituto se saludaban, pero nada más. Creía haberla perdido hacía tiempo, por eso le sorprendió su reacción al ver sus heridas.

—¿Grasso te ha hecho eso? —preguntó furiosa Nancy. Lo hizo de tal manera que parecía estar en la mitad de una conversación abandonada hacía dos años. Ambos se agacharon como sincronizados para recoger los libros.

—Sí. Bueno, en realidad me dejé, ya sabes, no me gusta abusar.

Nancy esbozó una sonrisa.

—Grasso es un imbécil. ¿Cómo está tu madre?

—Mejor —respondió mientras seguía recogiendo—. La lobotomía le sienta fenomenal. —Nancy esbozó una sonrisa—. ¿Tú estás bien? Hace mucho que no hablamos. Quizás podríamos…

—Quizás podría darte una clase de arte marciales —interrumpió Glenn Lance. El novio de Nancy hacía su entrada—. ¿En serio que Grasso te ha hecho eso? —Parecía cabreado de verdad.

Glenn «The King» Lance, mitad *hacker*, mitad *influencer*. Un tipo con un halo de magnetismo tan fuerte que Fredo y Jason acuñaron el término «interesantía» para definirlo. Todo el mundo quería ser como Glenn, pero por desgracia la «interesantía» estaba al alcance de muy pocos y, desde luego, ellos dos no formaban parte de ese club exclusivo. Glenn tenía casi doscientos mil seguidores en Instagram. Jason y Fredo, cincuenta y seis.

Entre los dos.

Fredo, optimista irredento, aseguraba que a lo largo de ese año le alcanzarían. «Compraremos seguidores asiáticos. Son más baratos». Fredo le hacía reír con sus ocurrencias. A Jason le habría gustado poder odiar a Glenn. Le habría puesto las cosas más fáciles que el novio de su amor platónico hubiera sido un chulito de esos que miran por encima del hombro, pero no era así. Al contrario: Glenn era un tío cercano y se portaba muy bien con Jason; a veces incluso mejor que Nancy. Glenn había perdido a su madre hacía no mucho, quizás por eso se portaba así con él.

En sus redes, Glenn ofrecía trucos sobre los últimos *gadgets*, hacía *unboxings*, *reviews* de consolas y de juegos: el sueño húmedo de cualquier estudiante de instituto hecho realidad. Gozaba de ese nivel de popularidad en el que un cámara, un hawaiano esquelético llamado Stan, le acompañaba a todas partes; su trabajo consistía en retratar su día a día.

—¿Sabes, Jason? —dijo pasándole un brazo por el hombro—. No grabes esto, Stan. —El chico bajó la cámara—. Tienes que hacerle

frente a Grasso, es un cobarde. Yo podría partirle la cara, pero, créeme, eso sería peor para ti. Tienes que hacerlo tú.

—Sí, señor Glenn. —Rebosaba «interesantía».

—Te llevo tres años, tío, no me llames «señor». Solo Glenn.

—Tenemos que irnos —dijo Nancy con impaciencia—. Tengo clase.

—¡Hazles frente, Miller! —gritó Glenn mientras agarraba a Nancy de la cintura y se perdían entre la muchedumbre de alumnos.

—Cuídate, Jason —dijo Nancy volviéndose. A Jason la frase le hizo ilusión, pero le sonó con una mezcla de pena y preocupación. Como el psiquiatra que se despide de un loco sin cura.

El día pasó lento y farragoso entre las anodinas clases de historia del profesor Moran, un hombre clavado a Groucho Marx, pero con la gracia de un cactus artificial, y las de matemáticas de la señora Devi, una mujer hindú que por alguna extraña razón siempre acababa contándoles historias raras, como la del hombre que se amputó el dedo con una rebanadora de carne y lo llevó durante cien kilómetros en el bolsillo hasta que se lo pegaron en el hospital.

Al salir de clase, un ejército de nubes grises, casi negras, amenazaba con descargar un buen aguacero de manera inminente. Jason apenas reparó en ellas. Nancy había conseguido hacerle olvidar durante un rato el altercado con Grasso, pero ahora seguía pensando en la foto de su padre, repasando cada línea, memorizando cada contorno para no olvidarla.

—¡Tu madre me ha denunciado a la policía!

DEFCON 2. «Joder, mamá», pensó. Y comenzó a correr. Tenía la sensación de que se le iba todo el día escapando de Grasso. Su madre se había pasado de frenada. Las nubes rugieron como soldados en el campo de batalla y el segundo diluvio universal se desató sobre Springlake. El sonido sordo y metálico de la lluvia golpeando techos, aceras y coches camuflaba las amenazas de sus perseguidores, pero Jason sabía a la perfección qué decían. El chapoteo de las pisadas en los charcos marcaba una cadencia rápida, agresiva. Sentía el olor a asfalto mojado y notaba el agua inundando sus calcetines y zapatos.

Jason callejeó todo lo rápido que le permitieron sus piernas, pero al mismo tiempo una voz en su interior le gritaba que quizás sería mejor dejar de correr. «¡Hazle frente, Miller!», pero las piernas, ajenas a sus pensamientos y al aguijoneo del orgullo, corrían cada vez más. «Lucha siempre hasta el final». Las calles cruzaban a toda velocidad delante de sus ojos y, casi sin darse cuenta, se adentró en el laberinto de prohibidos callejones que como venas ponzoñosas componían el corazón oscuro de la ciudad.

Al doblar una esquina, los ojos de Jason tropezaron con un fulgurante neón rosa. Falken Games. Dos palabras, dos tipografías distintas, casi opuestas. Una fina, que imitaba una letra escrita a mano, y la otra pesada, basada sin duda en las tipografías de moda en los años ochenta. La última palabra se encendía y se pagaba con un leve zumbido; Jason no habría sabido decir si se trataba de una avería o una marca de la casa. Falken Games. Jason escuchó el trote de La Jauría acercándose y los gritos de Grasso amortiguados por el runrún de la tormenta.

—¡Te voy a matar, Miller! ¡Pronto verás a tu papaíto!

La luz rosa del neón le bañaba la mitad de la cara. Resoplando y muerto de miedo, Jason entró en la tienda. Las campanillas de latón de la puerta repiquetearon inquietas anunciando su visita.

Capítulo 4
Falken Games

Jason irrumpió en el pequeño local empapado hasta el tuétano y con el corazón en modo estampida. Falken Games parecía mucho más pequeño desde la calle. Cientos de juegos se apiñaban en estanterías, rebosaban de cajones contenedores y ascendían al techo en pilas amontonadas sin orden ni concierto. Jason pensó que aquel lugar era una especie de Arca de Noé de videojuegos, donde todas las marcas de

consolas de todas las épocas y todos los formatos —cartuchos, tarjetas, discos— tenían representación. El mostrador, situado al fondo de la tienda, justo en frente de la entrada, lucía coronado por el mismo neón rosa en versión reducida que daba la bienvenida en el exterior. Ahora ya no había duda, el parpadeo del exterior era involuntario. Por un momento, Jason pensó que estaba soñando. Era imposible que un lugar como aquel existiera en la ciudad y que él o Fredo no lo conocieran. Improbable no. Imposible. Un sonido de pisadas le llegó a través de la cortina de bambú que separaba el mostrador de lo que con toda probabilidad sería un almacén o un taller. Tras un leve tintineo, de sus entrañas emergió un hombre orondo, con barba de cuatro días, pelo peinado con esmero quirúrgico y una raya al lado que trataba de ocultar sin mucho éxito una calva prominente. Tenía las gafas apoyadas sobre la nariz y unas ojeras que parecían pintadas con carboncillo por un colegial algo torpe.

—Buenas tardes, socio. —Su voz sonaba nasal y afilada—: Bienvenido a Falken Games…, perdón —dijo el hombre—, quiero decir: ¡Bienvenido a Falken Games! —gritó con energía fingida y abriendo los brazos—. ¡Tres juegos, un dólar! No, mierda…, era al revés —murmuró contrariado.

—¿Esta tienda es nueva? —preguntó Jason.

Desde luego, no parecía una tienda nueva; todo lo contrario, se caía a cachos.

—Verás, hijo, en realidad acabo de trasladarme, y este es el único cuchitril que he encontrado a buen precio —dijo intentando poner algo de orden en los juegos desperdigados por el mostrador, pero aquello era como intentar ordenar los granos de arena en una playa—. Es todo provisional. «Casual», como decís ahora los chavales. Soy Joshua Falken, encantado —dijo el hombre extendiendo la mano. Jason se acercó al mostrador y se la estrechó, no muy convencido.

—¡Date una vuelta! —propuso Falken—. ¡Sin compromiso!

Jason curioseó entre los juegos y las consolas que se amontonaban a cada paso. Había algunas de disco y otras de cartucho; unas, muy

modernas, y otras, antiguallas olvidadas. El señor Falken poseía también una buena colección de revistas con todos los números de *Computer Gaming World* y *Zero*.

—¿Qué te ha pasado en la cara, chaval? —preguntó el señor Falken con franca curiosidad.

—Soy alérgico a los puños, nada más. Me salen estas cosas si estoy demasiado cerca de ellos. Usted ya me entiende —respondió sin apartar la vista de los juegos.

El hombre bajó la vista y se rascó la barba.

—Entiendo —murmuró Falken—. ¿Y estás buscando algo en concreto o solo un búnker hasta que Grasso pase de largo?

De repente fue como si todo el sonido del mundo hubiese desaparecido. Jason solo podía escuchar su corazón latiéndole en las sienes.

—Perdón, ¿cómo ha dicho?

—Digo que si te vas a pasar huyendo de ese pollaboba de Burt Grasso toda tu vida.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Todo el mundo en el pueblo lo sabe, hijo.

—Pero usted ha dicho que acaba de llegar.

Falken no respondió y, sin mediar palabra, se adentró en los misterios de la cortina de bambú que repiqueteó de nuevo, juguetona.

Jason escuchó de nuevo el sonido de los zapatos del viejo y un traqueteo de cajas que se fue transformando *in crescendo* en un estruendo. «Quizás debería ayudarle», pensó, pero Falken emergió de nuevo de su almacén con un maletín púrpura en la mano. Con cuidado, lo posó sobre la mesa y lo giró ciento ochenta grados, de forma que los dos cierres de seguridad (que tenían una F y una G entrelazadas como serpientes en cada uno de ellos) quedaran mirando hacia el crío.

—No te va a morder. Ábrelo —ordenó Falken.

—¿Qué es? —preguntó Jason, inquieto. La mera presencia del maletín cargó el aire de una electricidad extraña; la notaba en la piel.

—Una jirafa troceada. Estás en Falken Games, Jason Miller, ¿tú qué crees? Ábrelo.

Aunque las manos le temblaban, las apoyó en los cierres del maletín que, tras presionarlos, se abrieron con un *clac* sordo. Una cálida luz violeta tiñó su rostro. Jason nunca había visto un aparato como aquel.

Tenía forma ovalada y brillaba con ese fulgor que tienen las cosas aún no estrenadas. Era sólido, con un diseño elegante y solo un botón. El chaval inquirió a Falken con la mirada, que asintió de un modo casi imperceptible. Jason lo pulsó y, de la nada, se formó una abertura en la parte superior del aparato.

—Parece un aspirador en miniatura.

—Es mucho más que eso, chaval —apuntó Falken ofendido—. Si quieres puedes llevártelo y probarlo, ya sabes. Si te gusta, creo que podré hacerte un buen precio.

—¿Así sin más? —dijo Jason. La pregunta estaba cargada de desconfianza.

—Bueno, socio, puedes tomártelo como mi oferta de lanzamiento. Soy nuevo en el barrio, seré tu camello particular de juegos, pero primero tengo que captarte, ¿no? Así que el primer vistazo al mundo de Falken Games es gratis —dijo a la vez que le guiñaba un ojo.

—¿Funciona con cartucho?

—¡Sí! ¡Con cartucho! A pesar de lo que digan esas revistuchas, el cartucho no ha muerto.

—Si usted lo dice… Quizás en breve volvamos a las velas para iluminar las casas, la electricidad está sobrevalorada y…

—Qué gracioso eres, Jason —interrumpió Falken—. Lo que quiero decir es que los cartuchos también tienen su encanto. Son como los vinilos. Nunca morirán.

—Haberlo explicado así —dijo Jason.

—Solo hay un pequeño detalle que tener en cuenta —añadió Falken.

Jason levantó una ceja y uno de los moretones verdes le hizo ver

las estrellas.

—Esta consola solo tiene un juego —dijo el hombre sacando de debajo del mostrador una pequeña caja de cartón del tamaño de una funda de VHS.

En la portada había una fotografía, o quizás fuese una ilustración hiperrealista de un hombre grande, muy grande; vestía una raída camisa amarillenta, con manchurrones marrones de sangre seca. La penumbra ocultaba su rostro en las sombras. Portaba un hacha ensangrentada en una mano, y en la otra se adivinaba la silueta de una cabeza goteante que el hombre gigante agarraba por los pelos. Sobre el dibujo, con trazos angulosos y rectos escritos en rojo sangre, destacaba el nombre del juego.

KILL´EM ALL ™

De Gen Inc.

—Te lo presto durante una semana con la condición de que, si te gusta, corras la voz de que Falken ha llegado a la ciudad.

—¿De qué va?

—Es un *slasher*. Como *Viernes 13* o *Halloween*. Podrás darle rienda suelta a tu rabia, socio. Te garantizo que no has jugado a nada parecido en tu vida, ya verás.

Jason seguía sin estar convencido. Demasiado fácil.

—Eso es mucho «garantizar» ¿Y los mandos?

—¿Mandos? Esto no funciona con mandos. Qué anticuado eres.

—¿Anticuado? El de los cartuchos es usted, no yo.

—Tú solo sigue las instrucciones —murmuró Falken—. Déjate llevar. Te sentirás liberado. Garantizado, ya verás. Y, si no, te devolvemos tu dinero.

—Pero si no he pagado un pavo.

—Es una forma de hablar. Después de probarla te dejarás muchos «pavos» en Falken Games. ¿Te la llevas o no? La oferta expira en el momento en que alguien más entre por esa puerta —dijo señalando la

salida con un movimiento de cabeza.

***

Jason se despidió del viejo Falken pensando que era la persona más peculiar que había conocido nunca. Antes de salir a la calle comprobó que no hubiese moros en la costa y echó a correr hacia su casa. El maletín daba la sensación de pesar más a cada paso. Igual que su curiosidad. Quería saber cómo demonios funcionaba aquel aparato y cómo sería jugar a *KILL´EM ALL* ™.

Le gustaba mucho todo el universo de los *slashers*; de hecho, volvía a ser el género de moda entre los adolescentes, así que Jason sabía de qué hablaba el viejo Falken. Nancy, Fredo y él habían pasado tardes enteras viendo antiguas películas de miedo que bajaban de foros de Internet especializados en los ochenta, la edad de oro de los asesinos en serie. Nancy se moría de miedo, Fredo no paraba de hablar y conjeturar sobre la siguiente víctima, mientras él prefería hacerse el duro aunque por dentro estuviera cagado. La primera vez que se atrevió a ver una de esas películas fue como subirse a una montaña rusa. Al principio tenía miedo a montar, pero una vez lo hizo quería repetir una y otra vez. Aquel verano debieron ver al menos una treintena de películas de asesinatos: toda la saga de *Viernes 13*, *Halloween* y sus secuelas, todas las de *Pesadilla en Elm Street*, *Inocentada sangrienta*, *Candy Man*, *Mad Man*… Casi todas tan malas y previsibles como divertidas. El punto era verlas en clave de comedia. Nancy se ponía de los nervios, se tapaba la cara con las manos, pero entreabría los dedos para espiar. A veces incluso se indignaba y comenzaba a gritarle a la televisión como una loca. «¡Por ahí no, burra!», «¿Por qué no llamáis a la policía de una vez?». Jason siempre le decía lo mismo a Nancy cuando se ponía pesada con esas preguntas. «Si llamasen a la policía o corriesen hacia el lado bueno, la peli se acabaría en diez minutos. Ya me dirás quién va a pagar cinco pavos por diez minutos y un final feliz».

Pero todo eso había sido antes. Antes de lo de su padre, antes de la estampida de Nancy, antes de convertirse en carroña para Grasso y compañía.

El aguacero arreció sobre la ciudad. Jason sentía como los fríos goterones se escurrían por el cuello de su camisa. Ya estaba oscureciendo. Miró su reloj y se dio cuenta de que había pasado mucho más tiempo del que creía con el viejo Falken. Al llegar a casa, comprobó que su madre se había quedado dormida una vez más frente a la televisión. La arropó, le dio un beso y subió con el maletín hasta su cuarto. Una señal de prohibido el paso (dibujada por su padre) daba la bienvenida a cualquiera que se acercase a la habitación, cosa que no solía ocurrir desde hacía mucho tiempo. Aun así, Jason cerró la puerta con llave. Era un cuarto demasiado ordenado para un crío de dieciséis años: los libros clasificados por tamaño, los discos por estilos, los juegos por edades. Su madre solía decirle que le ponía muy fácil el trabajo de mamá. «Jason, ordena tu cuarto» era una de esas frases que no había escuchado en su vida. No todos los adolescentes son desordenados. No todos los padres mueren de viejos. Así es la vida. Incontrolable.

Con cuidado, posó el maletín encima de la enorme mesa de dibujo que ocupaba el espacio central de la habitación. Las manos le sudaban, hacía tiempo que no estaba tan excitado. Esta vez el maletín se abrió solo, como obedeciendo sus deseos, y la luz violeta le acarició la cara de nuevo. Sintió un cosquilleo en cada poro de su rostro. Nunca había visto un aparato como aquel. Jason lo sacó del maletín con un *plop* sordo y lo colocó a un lado de la mesa de dibujo de su padre. La consola era de rosa pálido, aunque parecía cambiar de color cada pocos segundos, de manera sutil, según la perspectiva. Buscó los cables, pero allí no había nada. En la zona superior del aparato sobresalía el botón ovalado con el símbolo de encendido. Lo pulsó. Un leve zumbido, casi imperceptible, inundó la habitación, y de la nada se abrió una rendija en la parte superior del aparato. Jason rebuscó en su mochila y ojeó de nuevo la portada. Sería divertido. Al sacar el

juego de su estuche, su primera sorpresa fue comprobar que el cartucho era metálico, y no de plástico. Tenía una débil tonalidad dorada que a la luz del flexo refulgía como una estrella. «Precioso», pensó Jason. Introdujo el cartucho en la consola y, como si hubiese activado un resorte oculto, una bandeja emergió del lateral de la máquina. Dentro había unas gafas de realidad virtual y unos guantes con tecnología háptica.

«¿Mandos? Esto no funciona con mandos».

Jason sonrió. Aquello era lo único bueno que le había pasado en toda la semana. ¿A quién quería engañar? Era lo mejor en meses. Rebuscó entre los discos. Una ocasión especial necesitaba una música especial. *Wet*, de The Blue Bullets. A su padre le encantaban; eran el grupo de su adolescencia. Sacó el disco de su funda (estaba como nuevo), le pasó el cepillo un par de veces por cada cara y, al acabar, lo posó con mimo sobre el plato. «Debes cuidar los discos, Jason. Son joyas muy frágiles». Con precisión quirúrgica, posó la aguja sobre los primeros surcos. Subió el volumen (ni siquiera la voz diabólica de Seth Starr podría despertar a su madre) y la habitación se salpicó de ese silencio crujiente de los surcos antes de la gran explosión.

La batería de Steve, el batería de los Bullets, atronó, y Jason volvió a sonreír. Quién iba a decirlo, pero parecía que aquel día de mierda no iba a acabar tan mal después de todo. Se puso los guantes, que eran mucho más finos de lo que parecían a simple vista y tenían un grabado de diminutos círculos concéntricos sobre la superficie; de inmediato, notó un nuevo cosquilleo en los dedos, como si acabase de meter una mano llena de azúcar en un hormiguero. Casi dolía, pero se acostumbró enseguida. Tomó las gafas entre las manos; el dispositivo consistía en un visor con auriculares incorporados. Jason se lo ajustó y ante sus ojos surgió un nuevo mundo. Durante un instante, sintió un fugaz sabor a sangre en la lengua, pero despareció enseguida. Una gran señal de *Warning* se formó delante de sus ojos; le advertía de la naturaleza beta del juego. A continuación, se abrió un segundo cuadro de diálogo sobre el primero: «La naturaleza violenta de este juego

puede herir la susceptibilidad de los estómagos más sensibles. En cuanto acabo de leer, dos botones, uno verde de OK y otro rojo de CANCEL, se materializaron delante de él. Jason extendió el brazo y «tocó» el botón verde.

La partida comenzó.

En *KILL´EM ALL* ™ el primer paso consistía en configurar el asesino en serie perfecto: el jugador debía elegir la máscara, la complexión, el tipo de arma que portaría el protagonista y el nivel de brutalidad… También podía añadir otras características como el humor o la creatividad. Tenía sentido; al fin y al cabo, esos rasgos solían estar presentes en algunas de las películas fundacionales del género. El señor Falken tenía razón. Nunca había visto unos gráficos como esos. De hecho, si le preguntasen, no los definiría como gráficos. Todo era tan nítido como una película en 4K, tan real como un sueño. Uno que podías controlar.

Media hora más tarde, Jason había creado a KillMaster, un asesino en serie que se distinguía por su fuerza bruta y su oscuro sentido del humor. Una masa de ciento treinta kilos y casi dos metros diez de altura. Su rollo eran los cuchillos, machetes, tijeras y, en definitiva, todo lo que tuviera algo de punta o se pudiera clavar. Su otro punto fuerte eran sus enormes manos, sólidas y duras como trampas para osos. Al contrario que todos los grandes iconos cinematográficos del género *slasher*, KillMaster no tenía careta, pero su rostro siempre permanecía en penumbra, como en la ilustración de la portada.

El juego consistía en sumar el mayor número posible de víctimas. Solo la muerte podría pararte. En *KILL´EM ALL* ™ los decorados virtuales estaban sacados directamente de la realidad. Una aplicación de mapeo en tiempo real permitía elegir cualquier país del mundo, cualquier ciudad, cualquier pueblo, para dar rienda suelta a una auténtica carnicería. Jason optó por San Francisco. A los diez años había pasado dos semanas de vacaciones allí con su padre y se había quedado impresionado con sus colinas de asfalto, con el Golden Gate y Lombard Street. El juego le preguntó a Jason si estaba preparado para

empezar la partida. Vaya si lo estaba.

***

KillMaster se materializó en una oscura calle de Chinatown. Las linternas rojas se mecían al ritmo del viento, pero Jason no escuchaba nada. Tras darle un par de golpecitos a su auricular, el bullicio del ajetreado barrio le sobrecargó los sentidos. Aquella tecnología iba a revolucionar el mundo. Puto Falken. Era como estar allí de verdad. KillMaster caminaba por un mercado atestado de gente; podía percibir el olor a cebolla podrida, pato asado, pan e incienso. Los farolillos rojos y amarillos que adornaban la calle hacían juego con los cientos de carteles escritos en inglés y chino. Los sonidos le llegaban nítidos: gente hablando en chino, en inglés, sonidos de coches, pasos en todas direcciones y el jaleo nocturno en el que se cerraban todo tipo de negocios.

Los guantes y el visor respondían a la perfección. Notó la hoja helada del machete apoyada en su espalda, por dentro de la camisa. Unas niñas que no debían tener más de catorce años le ofrecieron sus servicios. El rehusó. Un hombre delgado con una gorra negra calada hasta los ojos salió del local y comenzó a gritar a las crías. Jason se volvió y vio como el chulo comenzaba a pegarles. Estaban asustadas, gritaban, pero tenían que obedecer al hombre. Ese era su tipo. El juego era tan real que Jason no se sentiría bien «matando» a cualquiera. Acababa de crear un código de honor para KillMaster. Un proxeneta bien podría inaugurar su marcador.

Esperó pacientemente durante un rato en la acera de enfrente del tugurio a que su objetivo saliese, luego le siguió durante un cuarto de hora hasta que la marea acústica del mercado dejó paso a estrechos y sucios callejones solitarios. Apestaban a verduras descompuestas y a alcantarilla. Jason recortó distancia con el chulo. Una vez solos, el hombre no tuvo muchas opciones. KillMaster le agarró del cuello, lo lanzó con fuerza sobrehumana contra la pared y, tras sacar el machete

de la espalda, lo abrió en canal de un solo golpe desde el escroto hasta la garganta. Gracias a los guantes hápticos, Jason podía sentir la inútil resistencia de los huesos y los tendones a su machete. No le costaba cortarlos. KillMaster era una auténtica bestia. El chulo intentó gritar durante la sangría, pero el avatar le tapó la boca con la mano y le arrancó de cuajo la mandíbula inferior. Pronto la resistencia desapareció y, de un puñetazo, KillMaster le aplastó lo que le quedaba de cara. Los guantes le transmitían una sensación viscosa y caliente. Un millón de puntos en cifras luminosas y amarillas subió a su marcador, y KillMaster se perdió entre la multitud.

Jason siguió toda la noche recorriendo las zonas más oscuras de Chinatown. Se cargó a siete proxenetas más. Hacia las nueve de la mañana apagó el visor de realidad virtual. Llegaba tarde al colegio. Se había perdido en el juego. Dentro de *KILL´EM ALL* ™ el tiempo se aceleraba. Estaba enganchado, pero había algo más importante: durante esas horas no había pensado ni un solo segundo en Grasso, X-Treme o Nancy.

Ni siquiera en su padre.

Guardó los cambios y apagó la consola.

La señora Miller seguía dormida en el sofá. Jason sabía que se pasaba noches enteras viendo viejas grabaciones familiares en VHS. Hoy tocaba el viejo vídeo de sus vacaciones en España. Jason y su padre sonreían antes de tirarse por un tobogán gigante de un parque acuático cuyo nombre no recordaba. Arropó a su madre con una manta y preparó el desayuno para los dos. Tras devorar el suyo, metió el de su madre en el horno. La cinta de vídeo llegó a su fin con un sonido seco y comenzó a rebobinar. El canal del vídeo saltó al de la televisión de manera automática. Las noticias matinales amanecían con información internacional, los resultados deportivos y la bolsa. Besó a su madre y salió de casa.

Si solo hubiese tardado unos segundos más en salir, Jason habría escuchado al locutor informando de una noticia de última hora: un reguero de brutales asesinatos cometidos en San Francisco durante la

noche anterior.

Capítulo 5
Tu peor enemigo

Hacía mucho tiempo que Jason no comenzaba el día con otro objetivo que esquivar a Grasso y los suyos, pero ahora solo ansiaba regresar a casa tras las clases para continuar con su ascendente y flamante carrera de asesino virtual. Batiría el récord. Por lo que había podido comprobar la noche anterior, el juego premiaba los golpes de creatividad con bonus de hasta quinientos mil puntos, así que Jason paró en la librería del señor Chudak, un polaco bastante cotilla con una calva que parecía quemada por el sol durante todo el año y un aliento a mierda de castor que repelía a los clientes. Chudak tenía libros interesantes que podrían servirle de inspiración. Se disponía a pagar cuando el hombre le preguntó si le pasaba algo.

—¿Por qué lo dice? —respondió Jason mientras giraba la cabeza para huir del aliento del infierno, al tiempo que guardaba en la mochila los ejemplares de *A sangre fría* de Capote, *Asesinos en serie* de Robert K. Ressler e *Hijos de Caín* de Peter Vronsky que acababa de pagar.

—Por nada, por nada —dijo Chudak lanzando una mirada inquisitiva a los libros.

—Son para un trabajo del instituto. Tranquilo, señor Chudak, no me he vuelto loco. Por cierto, ¿tiene una escopeta?

Chudak le miró aterrado.

—Es broma, hombre.

El tendero sonrió, no muy convencido, y las cejas se le estiraron de forma casi antinatural hacia la calva.

Después del colegio Jason llamó a Fredo. El padre de su amigo tenía un auténtico videoclub en casa en el que las películas de terror

disponían de una estantería completa para ellas solitas. Habían visto casi todas al menos una vez. Recordaba que era un material muy bueno, pero ahora quería aproximarse a ellas desde una perspectiva más «académica». Analizarlas desde el punto de vista del asesino; debía compartir su historia con su mejor amigo: Fredo García, el único alumno del instituto con una tasa de popularidad más baja que la suya. Fredo era enclenque y bajito, con el pelo peinado a la taza y unas gafas que aumentaban por tres el tamaño de sus ojos. Además, hablaba por los codos y tenía por costumbre desvelar el final de una película en el primer cuarto de hora. Era un *spoiler* andante. Jason llamó al timbre de la casa de los García. Dos ráfagas cortas y una más larga. Ese era el código. El sonido de las zapatillas deportivas de Fredo deslizándose a toda velocidad por las escaleras hizo sonreír a Jason.

—¿Qué tal tu cara? Jo, macho, pareces Leatherface.

—No es tan grave como parece. ¿Te has vuelto a hacer el enfermo para no ir a insti?

—Estoy muy enfermo, Jason —dijo con una gran sonrisa.

—Ya, y un huevo.

—¿Qué llevas en esa bolsa? ¿Son pelis guarras? Una vez, en casa de mi tía Gracita, pille a mi hermano…

—¡No! —Jason se tapó los oídos—. ¡No quiero saberlo! ¡No necesito saberlo, Fredo, por favor!

Fredo lo miro a través de sus gafas lupa. Parecía un cachorro en busca de cariño.

—Está bien —dijo descolgándose la mochila de la espalda. La cara de Fredo se iluminó—. Pero tienes que prometer…

—Lo prometo —zanjó Fredo—. Sea lo que sea.

—Hablo en serio, Fredo. Tienes que prometer que no le dirás nada a nadie.

—Lo prometo por lo más sagrado que tengo, que es nuestra amistad.

Jason se dio cuenta de que realmente sentía lo que le estaba diciendo. Descorrió la cremallera de la bolsa y Fredo asomó la cabeza.

—¿Solo eso? Los he leído todos dos veces. *A sangre fría*, tres.

Jason sabía que era cierto. Su amigo era un experto, además de un fanfarrón y un bocazas.

—Hay algo más, pero antes necesito una visita guiada al «videoclub».

El «videoclub» era una pequeña sala cerrada a cal y canto en el segundo piso de los García. Su padre llevaba una copia de la llave siempre encima y no perdía la oportunidad de decir que aquella era la única copia que existía, pero Fredo sabía que su madre tenía una. Y su padre lo sabía. Es más, el mismo Fredo tenía una copia de la copia de la madre. Y su madre también lo sabía. Al final todos tenían copias, todos lo sabían, pero nadie hablaba de ello. Una vez su madre y él coincidieron buscando algo que ver en la sala. Ambos se hicieron los locos y nunca hablaron del episodio. «Vuelve a dejar lo que cojas en su sitio al acabar», fue lo único que le dijo su madre.

La pequeña habitación estaba repleta de muebles rebosantes de películas en diversos formatos que el señor García había ido recopilando con una estrategia muy eficaz. En los últimos quince años todos los videoclubs de Springlake habían cerrado, y esos eran los caladeros en los que el señor García ejercía de detective cinéfilo buscando su botín entre el catálogo de saldo del negocio en cuestión. Películas a un dólar, incluso a menos si eran malas, y olvidadas series B engordaron su colección, que entre títulos en VHS, DVD y Blu-ray ascendía a unos quince mil volúmenes. Muchos de ellos estaban apilados en cajas de almacenaje, ya que la señora García le había dado un ultimátum. No más películas. El señor García no hacía caso y las introducía en casa como un contrabandista de entretenimiento. De vez en cuando la señora García sacaba su llave a pasear y tiraba algunos títulos a la basura, procurando siempre respetar los gustos de su marido, lo que se traducía en que nunca tiraba películas de policías o ciencia ficción y sí los westerns o las de romanos. Sabía que Orlando (así se llamaba el padre de Fredo) no las echaría de menos jamás.

Los críos buscaron entre el amasijo de carátulas y decidieron

sustraer de la colección una docena de películas. Si las devolvían pronto, el padre de Fredo no las echaría de menos. Metieron el botín en la mochila y Fredo escondió de nuevo su llave.

***

La madre de Jason no estaba en casa. Un rayo de alegría mezclada con esperanza le hizo sonreír. Además, había preparado perritos calientes al horno (otro signo inequívoco de recuperación). Subieron al estudio saltando de dos en dos los escalones y allí Jason le contó a Fredo toda la historia: la huida, la entrada en la tienda del viejo Falken, *KILL´EM ALL…*, todo. Su amigo, que no había escuchado en su vida hablar de Falken Games, acusó a Jason de inventárselo todo, pero se retractó en el instante en que este le mostró la consola. Prueba irrefutable. Si en otro planeta había videojuegos, seguro que tendrían esa pinta.

Tras encenderla, la primera pregunta que les formuló la máquina fue si iban a ser uno o dos jugadores, como si el aparato hubiera detectado a Fredo con algún tipo de sensor de movimiento. Jason marcó el sí y un nuevo set de guantes y gafas surgió de su interior.

—¡Qué fuerte, Jay! ¡Parece un sueño, tío! Seré tu asistente. Como Robin, ¿eh? ¡Es un buen nombre: Robin Slasher!

Jason sonrío. Hacía tiempo que las cosas no fluían de manera tan sencilla.

Robin Slasher era aterrador. De constitución normal, acarreaba un bate de metal con pinchos en una mano y un garfio donde debería estar la otra; un trozo de metal grande, oxidado y con pequeñas protuberancias cortantes en toda su superficie, un toque perfecto para desgarrar la carne. En el tema de la cara, Fredo decidió optar por algo clásico y apostó por una realista careta de cerdo. Mientras se zampaban los perritos, Jason y Fredo estuvieron discutiendo un buen rato sobre si algo así venía a cuento. Fredo le convenció argumentando que sabía de buena tinta que algunos cerdos podían devorar seres humanos. Una vez todo quedó aclarado, y ya con el

estómago lleno, comenzaron la partida.

—Ahora vamos de caza —propuso Jason—. ¿A dónde quieres ir? La simulación es brutal, ya verás. Es como si el juego estuviera *logueado* a Google Maps o algo así, pero a lo bestia. Tienes todo el mundo a tu disposición.

—¿Por qué no aquí mismo? Demos una vuelta por la ciudad. ¡Así será más guay!

Jason estaba enfadado consigo mismo por no haberlo pensado antes. ¿KillMaster recorriendo Springlake? Sería raro matar a alguien, pero una ronda de sustos estaría bien. Un mundo de posibilidades se abría delante de ellos.

—Fredo, tío, eres un genio —dijo Jason mientras sacaba el disco de The Blue Bullets de su funda y lo posaba con cuidado sobre el plato del tocadiscos. La habitación se impregnó de guitarras afiladas y baterías galopantes.

—¿Cuántos puntos tienes? —preguntó Fredo alzando la voz sobre el *riff* de la canción.

—Casi… —Jason miró con sorpresa su marcador— diez millones. Me he cargado a siete tíos y he hecho pleno en Brutalidad, pero me falta algo de Imaginación, por eso no consigo los Bonus. De todos modos, juraría que tenía menos puntuación.

—Entiendo —dijo Fredo tocándose la barbilla con la mano en un gesto detectivesco—. Por eso los libros y las películas, ¿no?

Jason asintió con solemnidad. Los críos se tomaban el juego muy en serio.

—Muy bien —dijo —. ¿A dónde vamos? ¿Arcade World?

—Es tarde, pero podemos intentarlo —dijo Fredo mirando la hora en su móvil.

Introdujeron el nombre «Springlake» en la casilla «Ubicación» y la partida se reanudó. KillMaster y Robin se materializaron en la calle de la sala de máquinas que, en efecto, estaba a punto de cerrar. La simulación del señor Craven (tan real que daba escalofríos) invitaba a un último rezagado a dejar la partida, pero este se negaba. Jason y

Fredo reconocieron la figura incluso de espaldas. La cresta, los pendientes, el chaleco…

—¡X-Treme! —dijeron los dos a la vez y chocaron las palmas.

—Molaría hacer las prácticas de Creatividad con ese cabrón —dijo Fredo.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Jason—. Podría rajarle el cuello por detrás. Este cuchillo corta la carne como si fuera mantequilla.

—¡Creatividad, tío! Eso está muy visto. No tiene *punch*. Es lo que haría el noventa y nueve por ciento de la gente —respondió Fredo.

—¿Lo abro en canal? Con estas manos y el pedazo de machete es como cortar mantequilla.

—Otro cliché. ¿Has probado a torturar a alguien? Eso sí que puede ser muy creativo. Y si alguien se lo merece es ese cabrón, aunque sea un avatar.

—¿Cómo lo hacemos? —dijo Jason.

—Espera.

Fredo se sacó el visor y durante unos cinco minutos consultó los libros de la tienda del señor Chudak, pero no pareció muy entusiasmado con el resultado. Se sentó delante del ordenador portátil de Jason y empezó a teclear a toda velocidad.

—Recuerda borrar el historial, Jay. A tu madre le daría un infarto si leyera estas búsquedas.

Dos minutos después, tras un ataque de risa y un par descartes, tenían una estrategia creativa.

El marcador iba a reventar.

***

El portalón de los recreativos golpeó la acera con un estruendo metálico. X-Treme recorría la calle fumando, siguiendo una trayectoria errática. No parecía tener ninguna prisa por regresar a casa. Silbaba una canción, pero se detuvo cuando KillMaster apareció de un callejón cortándole el paso. El avatar era imponente, con unos brazos gruesos como troncos y, aunque la luz de la farola le daba de lleno en la cara, su rostro permanecía entre tinieblas, como si no

existiera; era un agujero insondable de diabólica oscuridad.

—¡Cómo acojona, tío! —dijo Fredo mirando el rostro del asesino de su amigo.

—¿Qué te pasa a ti, gilipollas? Mira por dónde vas —dijo X-Treme.

KillMaster le obstruyó el paso y por primera vez en su vida Jason atisbó un poso de miedo en los ojos del matón. Aunque sabía que todo era mentira, sonrió para sí. Un personaje no jugable, un vagabundo *random*, se quedó congelado mirando la escena durante un instante, pero siguió empujando su carrito y se perdió entre las callejuelas.

—Déjame pasar, ¿estás sordo? —preguntó X-Treme en un intento frustrado por mantener algo de dignidad—. ¿Eres retrasado? Déjame pasar o se lo diré a mi padre. —La voz le temblaba.

El crío empujó con todas sus fuerzas a la masa de músculos que tenía delante, pero KillMaster no se movió ni un milímetro. Rio; tenía una risa gutural y rasgada, un sonido burbujeante que congeló la sangre de X-Treme. Detrás de él, Robin Slasher surgió de la nada, le rodeó el cuello y le hizo respirar el dulce olor del cloroformo. La verdad es que no fue como en las pelis. X-Treme estuvo unos buenos dos minutos retorciéndose, luchando hasta que cayó redondo.

Ahora empezaba lo bueno.

Doscientos mil puntos más subieron al marcador de cada uno.

***

En *KILL´EM ALL* ™ de Gen Inc. matar era muy sencillo. El encanto era hacerlo de forma creativa y sin que te pillasen. Pero había algo que, a medida que uno avanzaba en el juego, te atrapaba, te enganchaba mucho más que ningún otro. Conocer el oficio del asesino en serie no era distinto a dominar el de zapatero o escritor; se trataba de una cuestión de experiencia, de ensayo y error. Había niveles y grados de dominio del trabajo. El juego daría mucho que hablar cuando saliese a la venta: violento, adictivo y, desde luego, políticamente incorrecto. Además, se preguntaban cómo se las iban a ingeniar en la Gen Inc. para evitar la montaña de demandas que les iban a llover desde asociaciones políticas, educativas y religiosas por

utilizar personajes virtuales calcados a personas reales. Las leyes sobre inteligencia artificial estaban en pañales. Jason y Fredo supusieron que terminarían cambiando los avatares por otros menos realistas cuando el juego llegase al mercado.

Después de una ronda de perritos, torturaron a X-Treme durante un par de horas. La jugabilidad era maravillosa. Aquello fue muy *gore* y divertido; era tal el realismo del juego y las reacciones desencajadas del avatar que tuvieron que *mutear* sus gritos y bajar la definición hasta que el X-Treme virtual quedó convertido en un borrón color piel y sangre. Durante un buen rato le devolvieron, multiplicadas por diez, cada una de las palizas que X-Treme les había propinado en su vida. Aguantó bastante vivo, eso había que reconocérselo. Mucho más de lo que habían apostado, pero al final resultó que el avatar de X-Treme era un cobarde y nada duro. Lo tendrían en cuenta la próxima vez que se cruzasen con él en el mundo real. Haberlo visto suplicando por su vida, sin dientes y moqueando sangre, hacía que le perdieran el miedo.

En total, KillMaster llevaba, con aquel, ocho asesinatos en dos días y un total de catorce millones de puntos. En cuanto el indicador de latidos de la víctima llegó a cero (los indicadores aparecían sobre la víctima y marcaban el nivel de adrenalina, las pulsaciones y otra serie de parámetros que el juego tenía en cuenta a la hora de dar la puntuación final), un nuevo reto emergió en una ventana: para conseguir medio millón de puntos extra debían hacer desaparecer por completo el cuerpo de X-Treme. Así, además de los puntos de Creatividad y Tortura, KillMaster y Robin obtendrían un plus por no dejar pistas. Sin cadáver no hay delito. El crimen perfecto.

Pararon el juego y se sacaron los visores y los guantes antes de volver a los libros. Cuando tuvieron claro cómo proceder, regresaron a la partida: llenaron una bañera de cal viva y disolvieron el cuerpo en ácido. No quedó nada de X-Treme, solo una pequeña masa verdosa que KillMaster metió en un bote. Minutos más tarde, los dos «asesinos» abonaron con ella el jardín del señor Chudak, situado en la

intersección de la calle Elm y Crystal, cosa que fue una mala idea, ya que aquella mierda viscosa quemó la planta nada más tocarla. Los puntos subieron al marcador. Se levantaron las gafas y se desconectaron de la simulación.

—¡Buen trabajo, KillMaster! —dijo Fredo con orgullo.

—Gracias, Robin. Tú tampoco has estado mal.

El resto de la tarde lo invirtieron en rememorar la partida, trazar nuevas estrategias y acabar con las existencias de perritos de la señora Miller.

***

Al día siguiente la pareja se encontraba feliz, como si ser los parias más grandes del instituto no fuera realmente algo tan importante. El sol brillaba y tenían el mejor juego del mundo a su disposición. Además, aquel día nadie se metió con ellos. No hubo amenazas, ni tuvieron que escapar al galope de Grasso y los suyos. En resumen, un buen día, y eso ya era toda una victoria.

A media tarde la pareja se cruzó con Nancy. Parecía preocupada.

—Chicos, toda la ayuda que podáis prestar sería bienvenida —dijo tendiéndoles una octavilla.

—¿De qué hablas? —preguntó Jason.

—¿No os habéis enterado? Es X-Treme —dijo ella mientras la agitaba delante de sus narices—. Ha desaparecido.

Sus móviles se volvieron locos. Una foto de X-Treme con la palabra «Desaparecido» en grandes letras marrones les sonreía desde las pantallas.

Capítulo 6
La búsqueda

Jason y Fredo se unieron a las partidas que organizó la policía para buscar a X-Treme. Sus padres no se habían enterado de que el crío no

había ido a dormir, y solo repararon en ello cuando el señor Parrish, el director del instituto, llamó para informar de que su hijo acumulaba más de seis faltas en lo que iba de mes. Al principio los Papp, una familia humilde de ascendencia húngara, pensaron que su hijo había vuelto a pasar la noche de juerga en casa de los Grasso, pero la preocupación de la familia y la policía se disparó cuando Burt declaró que no sabía nada de X-Treme desde la tarde anterior. No había más información. Los críos peinaron el pueblo y los bosques de los alrededores, sobre todo Black River, el lugar de moda entre la juventud para organizar fiestas clandestinas lejos de la mirada reprobadora de los adultos. Las autoridades no se cansaban de advertir que la orilla de un río caudaloso no era un lugar apropiado para ir a beber —o lo que sea que hiciera el pequeño ejército de Grasso—, pero las protestas caían en saco roto. En invierno los días eran muy cortos y una tormenta (histórica según los noticiarios) amenazaba Springlake, así que los más de cien voluntarios tuvieron que dejar la búsqueda poco después de las cinco de la tarde.

Los alumnos del instituto no decían nada (de momento solo habían interrogado a Grasso), pero todos sabían que la banda acampaba allí noches enteras, incluso en invierno, en los márgenes del Black, inspeccionado las estructuras de madera apiladas, fósiles de la vieja fábrica de celulosa en busca de «cabañas» en las que esconderse y fumar tranquilos. En realidad, cualquier cosa valía con tal de no volver a casa a pensar en un futuro inexistente. Se pasaban las noches escuchando música en el bosque, donde no molestaban a nadie, tragando vodka y las malditas pastillas azules. Cuando iban muy ciegos, se marcaban retos estúpidos como cruzar de un margen del río al otro caminando sobre las piedras y cosas así.

Fredo mantuvo durante toda la búsqueda una expresión en la cara difícil de leer. Algo le rondaba por la cabeza. Grasso mentía. Seguro. ¿Qué otra cosa podría haberle pasado al cabrón de X-Treme?

***

Al día siguiente la cosa se puso muy fea. X-Treme seguía sin

aparecer. Ni el mínimo rastro de su paradero. ¿Fuga? ¿Muerte accidental? La policía hizo una visita oficial al colegio. Nunca había ocurrido nada parecido en todo el condado. Una vez, Tony Ceasar, el hijo mayor del dueño de Spring Oil, la gasolinera más céntrica de la ciudad, también se esfumó como por arte de magia, pero regresó una semana después, tras haberse gastado los ahorros de su padre en una buena juerga en Las Vegas. Alegó que era el sueño de su vida. Si coincides con él en un pub te contará la historia con pelos y señales, pero, al contrario que en aquella ocasión en la que todos se olían el final, un halo de inquietud rodeaba la desaparición de X-Treme. El comisario Moss en persona, enfundado en un viejo traje marrón que le quedaba algo pequeño, visitó clase por clase informando de las novedades. Jason pensó que hubiera sido mucho más práctico reunir a todo el mundo en el salón de actos, pero llevaba todo el curso pasado y lo que iba de este en obras. El policía tenía ojeras y se secaba el sudor de la frente con un pañuelo de papel.

—Hola, chicos. Soy el comisario Edward Moss. Iré al grano —dijo guardándose el pañuelo en el bolsillo—. Estamos investigando la desaparición de vuestro compañero Robert Papp. —Los murmullos llenaron el aula—. Hemos localizado a la última persona que le vio y, bueno, estamos buscando a un sospechoso que…

—¿Está diciendo que alguien le secuestró o algo así? —soltó una voz entre la muchedumbre. El director Parrish le fulminó con la mirada.

—Estoy diciendo —contestó con voz firme Moss— que el que tenga algún tipo de información sobre este hombre, que me lo haga saber —dijo desplegando un retrato robot.

Jason y Fredo dejaron de respirar durante unos segundos.

—Es un hombre alto. Muy alto y muy fuerte. No pasaría desapercibido en una multitud. No podemos daros muchos más datos, el testigo no logró verle la cara con claridad.

El comisario decidió omitir que su *testigo* era el viejo Hall Thomas, el borrachín más ilustre de Springlake. Durante los meses de invierno,

Moss solía detenerlo para ahorrarle las dormidas a la intemperie. A veces, Hall aparecía ciego como una cuba y se metía él solito en la celda. No es que fuese un gran testigo, pero de momento era la única pista que tenían. Hall aseguró que aquel hombre, gigante como un molino, no tenía rostro, solo un «hueco de oscuridad». Esas fueron sus palabras exactas. Moss, agobiado por lo ceñido del traje y las miradas de los críos, pensó que eran detalles por evitar ante un público tan impresionable como el adolescente. Solo había que echar un vistazo a la cara de algunos de ellos. Pálidos como cadáveres.

—Al parecer, el sospechoso no trabaja solo, tiene un socio, pero nuestra fuente no ha podido contarnos nada al respecto—. Mentira. Hall le había hablado de un cerdo con patas, pero Moss sabía que era el ron el que le había proporcionado esa descripción—. Así que, por favor —dijo mientras hacía circular unas copias del retrato entre los alumnos—, haced memoria. Cualquier información será útil.

Nada más salir por la puerta, Jason y Fredo se dirigieron al estudio sin intercambiar una sola palabra; bajaron al sótano y cerraron con llave. Fredo cogió un bolígrafo, un papel y garabateó algo. Se lo mostró a Jason.

«Apaga el móvil. Pueden estar escuchándonos».

Jason asintió. Desconectó el móvil y el ordenador.

—¡Joder, Jay! —gritó Fredo fuera de sí—. ¡Es KillMaster, tío! —dijo agitando las octavillas en el aire—. ¡KillMaster! ¿Qué cojones es esa mierda? —preguntó señalando la consola.

—En primer lugar, baja el tono, y, en segundo lugar, eso que dices es una estupidez —Jason dudó y el silencio invadió el cuarto—. Tiene que ser una casualidad.

—Una casualidad, ya —dijo Fredo—. ¡Y una mierda!

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Diez minutos más tarde Jason y Fredo pateaban los callejones del centro de la ciudad. De noche parecían todos iguales y de día costaba reconocerlos con los neones apagados y los contenedores de basura como único mobiliario.

—Juraría que era aquí. Busca en el móvil. Falken Games.

Fredo tecleó el nombre en tiempo récord.

—No sale nada. ¿Cómo se escribe Falken?

—F-A-L-K-E-N.

—No existe o no está en Google, lo que viene a ser lo mismo.

Jason calló.

—Te juro por mi padre que estaba aquí mismo. Con un gran neón rosa sacado de los ochenta.

—Supongamos que esa mierda es real —dijo Fredo.

—¿Cómo vamos a suponer eso, tío? Si suponemos eso somos asesinos en serie.

—En realidad, no. Supongo que podremos alegar que…

—¿Qué? —preguntó Jason desquiciado—. ¡Nos meterán en un manicomio de cabeza!

—¡Joder, Jason, pues mejor un manicomio que la silla eléctrica! ¿Sabes lo que pasa cuando te sientan en una? ¡Dos mil voltios, tío!

Se quedaron en silencio durante unos segundos.

—Si fuese verdad, y es un «si» del tamaño de un avión, nunca lo encontrarán —dijo Jason—. Ni siquiera nosotros podríamos.

—Piensa —murmuró Fredo para sí—. Tiene que haber una forma de comprobar si estamos locos o no.

Cuando Fredo se concentraba, fruncía el ceño y entrecerraba los ojos hasta que se le ponía cara de chino. Jason casi podía ver el humo saliendo de su cabeza. Y entonces encontró la clave.

—¡El humo! La planta quemada del jardín del señor Chudak. Si de verdad está quemada, estamos metidos en un lío de pelotas.

Los chicos montaron en sus bicicletas y pedalearon presos de un frenesí nervioso. La casa del señor Chudak estaba apenas a un kilómetro: cuando llegaron, el hombre había desenterrado las plantas de la parte del jardín que daba a la calle. Jason y Fredo estaban decepcionados.

—¡Hola, chicos! ¡Bonito día! Claro y fresco. Mis preferidos. La gente habla mucho de los días de verano, pero los días soleados en

invierno son mágicos, sí señor, claro que sí —dijo mientras se secaba el sudor de la frente—. ¿Qué tal te ha ido el trabajo, Jason?

—¿Qué trabajo?

—El de los asesinos en serie. No es que quiera meterme donde no me llaman, pero no me parece un tema para perder el tiempo en la escuela. En mis tiempos…

—No pretendemos ser maleducados, pero tenemos que irnos, señor Chudak, ¿verdad, Jason? —soltó Fredo ante la inminente chapa que con seguridad se remontaría a algún oscuro lugar de los años sesenta.

—Tranquilos, chicos. Nadie quiere escuchar las batallas de un carcamal, lo entiendo. Solo una cosa, acercaros un momento… Vosotros sois dos chavales espabilados y, a juzgar por vuestras lecturas, estoy seguro de que ahí dentro —dijo señalando las cabezas de Jason y Fredo— hay dos detectives ansiosos por llevarse a la boca algún caso por resolver.

Los chicos le miraban incrédulos, sin saber de qué les estaba hablando el viejo Chudak.

—Tened —el hombre sacó dos billetes de veinte pavos del bolsillo, le tendió uno a cada uno y les guiñó un ojo—. Consideradlo un adelanto. Tengo veinte más para cada uno si me conseguís el nombre del cabrón que me quemó las plantas ayer por la noche.

Capítulo 7
Récord

Jason y Fredo llevaban más de media hora sentados en el sofá cama del sótano de los Miller en silencio, sin poder quitarle el ojo de encima a la consola de Falken Games.

—Es un prototipo militar —dijo Fredo.

—Ni de coña. Es de origen extraterrestre. De todas formas, da igual. ¿Qué hacemos con ella? —preguntó Jason.

—Supongo que no puedes cambiarla por una Play 5.

—Supongo que no.

Otra vez el silencio.

—¿Nos hemos cargado a X-Treme? —dijo Fredo con voz temblorosa.

—No, no, de eso nada —respondió Jason—. Tú y yo, no. Ha sido esa cosa —dijo señalando el aparato.

Jason se levantó de la cama y se sentó delante del ordenador. Volvió a buscar Falken Games, pero no salió nada relacionado con la tienda. Después introdujo el nombre del juego *KILL ´EM ALL*. Los resultados que copaban las dos primeras páginas hacían referencia al disco de Metallica, letras, acordes, historia… Jason y Fredo incluyeron términos de búsqueda avanzada, pero no consiguieron nada. ¿Cómo era posible? Gen Inc. Nada. Ese juego tenía que haber sido jugado antes por alguien, en algún lugar. De eso estaban seguros.

—Sigamos buscando —dijo Fredo—, tiene que estar enterrado en algún lugar de la red. Sé que tiene que estar ahí.

Al escuchar esas palabras, Jason dio un respingo y se abalanzó sobre el móvil.

—¡Eso es! ¡Eres un genio, enano!

—¿Qué he dicho? —preguntó Fredo sin entender la reacción de su amigo.

—Mierda —dijo Jason mientras recorría la agenda de su teléfono—, no tengo su teléfono. ¿Por qué iba a tenerlo? —susurró entre dientes.

—¿Me puedes explicar qué te pasa? ¿El número de quién?

—Tenemos que buscar mejor en la web, y creo que sé quién puede ayudarnos —dijo Jason sin levantar la mirada de su terminal.

—¿Quién es, tío? Déjate de misterios.

Jason se llevó el teléfono a la oreja y le hizo a Fredo un gesto con la mano pidiéndole calma.

—¿Nancy? Creo que sé qué le ocurrió a X-Treme. Necesito tu ayuda.

***

Media hora después, el ronroneo del motor del Audi TT de Glenn Lance anunció su llegada. Jason les hizo pasar al estudio sin pronunciar una palabra. Ese halo de secretismo hacía que Nancy estuviera más incómoda de lo habitual, si es que eso era posible.

—¿De qué va esto? —preguntó impaciente.

Llevaba el pelo recogido en una coleta y estaba más guapa que nunca, aunque Jason sabía por la arruga que se le formaba en el ceño que su paciencia estaba llegando al límite.

—No sabemos «de qué va esto» exactamente, por eso necesitamos vuestra ayuda; en concreto, la tuya —dijo Jason señalando a Glenn.

Glenn curioseaba entre los libros y cómics de la habitación.

—Buena colección, tío. No me he leído ninguno, pero seguro que molan.

Dejó de acariciar los lomos de los gruesos volúmenes que se apilaban en las vidrieras del estudio y adoptó un gesto serio.

—Ahora en serio, chicos. Me caéis bien, pero tenéis que contarme qué coño está pasando aquí.

—Por favor, Glenn, primero échanos un cable y, después, las explicaciones. Confía en nosotros, por favor.

Glenn los miró con esa caída de ojos que rebosaba «interesantía» y se quitó las gafas de sol. Vio que los chicos estaban nerviosos, puede que incluso algo asustados. Se acercó a Jason y le puso la mano en el hombro.

—¿Estás bien, tío?

—Estaré mejor en cuanto me eches ese cable.

Glenn miró a Nancy.

—Tienes unos amigos muy raros —dijo.

Nancy rebotó la mirada hacia Jason y, aunque el cabreó seguía presente, por un instante sonrío con complicidad.

—Lo sé —fue lo único que dijo. Jason le devolvió la sonrisa.

—Está bien, ¿qué tengo que hacer?

Fredo se acercó a Glenn con un halo sobreactuado de misterio.

—Verás, Glenn —carraspeó e intentó que su voz sonase más grave—, necesitamos una información que ni siquiera sabemos si existe —susurró—. Necesitamos que entres en la Dark Web.

—¿Dark Web? Ahí hay mucha mierda, ¿en qué andáis metidos? Y ahora habló en serio, Jason —dijo volviéndose hacia el crío.

—Es información sobre este juego —respondió Jason mientras le tendía el cartucho.

—*KILL ´EM ALL* —leyó en alto Glenn —. No lo había oído en mi vida.

—Solo quiero que busques una reseña. No hay rastro de este juego por ningún lado, y eso es imposible. Sabemos que es una versión beta, pero quizás haya un foro privado o algo parecido. Es muy importante.

—Cuestión de vida o muerte —apostilló Fredo, que ahora incluso había bajado más el tono de su voz.

—¿Qué tiene que ver todo esto con X-Treme? —preguntó Nancy—. Dijiste que tenías una pista.

—Si te lo cuento ahora vas a pensar que estoy loco. En serio, Nancy, confía en mí. Glenn, por favor —suplicó Jason. Su voz tenía un matiz de desesperación que acabó por convencer a la pareja.

—¡Está bien! Vamos allá —dijo mientras se acomodaba en el sillón y comenzaba a teclear—. En realidad, hay mucha leyenda en torno a la Dark Web —Jason y Fredo nunca habían visto a nadie teclear a tal velocidad—, pero la cosa no es para tanto. Aunque a veces encuentras cosas interesantes.

Las pantallas empezaron a abrirse y cerrarse; era como si cada una de ellas cavase más y más profundo en la web.

—¡No es tan complicado acceder a las cloacas, amigos! Solos necesitas descargarte esto —dijo mientras hacía clic en un botón—, instalarlo, meterte en este buscador y tener paciencia.

Durante un buen rato estuvieron navegando en busca de algún foro sobre *KILL ´EM ALL*, pero no apareció nada. Jason pensó que quizás no hubiese nada sobre ese maldito juego en la red. Glenn pareció leerle la mente.

—Si este cartucho es real —dijo golpeándolo con los nudillos—, tiene que haber algo aquí. Eso seguro.

—Prueba con «Falken Games» —propuso Fredo.

Glenn aceleraba el tempo de sus pulsaciones en el teclado, pero el buscador no arrojaba ningún resultado.

—Prueba «Gen Inc.».

Nada.

—Joder, ¿¡cómo es posible!? —preguntó Glenn.

—¿El juego va de asesinatos? —preguntó Nancy.

Fredo y Jason asintieron.

—¿Cómo se llama el asesino? —dijo ella.

—KillMaster —dijeron ambos al unísono.

—¡Eso es! Busca eso, Glenn, busca «KillMaster» —dijo Nancy.

—Buen intento, pero ese nombre es mío, yo lo bauticé así…

—¡Lo tengo! —dijo Glenn—. *Rise of KillMaster.* ¡Joder, es un foro!

Llevado por la emoción, Glenn se registró de manera casi inconsciente.

—Solo hay un mensaje —dijo Jason, decepcionado.

Escrito hacía tres meses por un usuario con el *nick* @thecrow2001. Una pequeña muesca en el abismo insondable del ciberespacio, una mota de polvo indetectable a simple vista de tan solo dos palabras:

KillMaster vive

—Déjale un mensaje —dijo Glenn.

—No —respondió Glenn—, ni de coña. Al menos no hasta que nos contéis por qué cojones un juego que no conoce nadie es tan importante y qué tiene que ver con la desaparición del imbécil de X-Treme.

Jason y Fredo intercambiaron una mirada de resignación, suspiraron al unísono y le contaron la historia. Nancy y Glenn escucharon con atención, intentando asimilar toda la información. Cuando acabaron, los cuatro permanecieron en silencio un largo rato

hasta que Glenn estalló en carcajadas.

—Nancy —dijo—, tus amigos están mucho peor de lo que pensaba. Me piro.

Nancy observó a Jason. Parecía preocupada. Sabía que Jay no era un mentiroso, y de repente sintió una punzada de culpabilidad por no haber estado a su lado, por haberlo abandonado en el momento más difícil de su vida. Quizás Jason se viera superado por todo lo ocurrido en los últimos tiempos, quizás se estaba volviendo loco y su escudero Fredo le seguiría a cualquier parte con tal de estar con él. Sin duda aquello era…

La alarma de una notificación sonó en los altavoces.

Tienes un mensaje de @thecrow2001

Los cuatro se quedaron de piedra, inmovilizados. Jason tardó unos segundos en reaccionar, pero cuando se dio cuenta estaba abriendo el chat.

@thecrow2001: ¡Hola! ¡Cuidado con KillMaster!

@jaymiller: ¿Cómo conoces el juego?

@thecrow2001 está escribiendo…

@thecrow2001: Ese juego me ha cambiado la vida. A ti también te la cambiará, ya verás.

@jaymiller: Quiero dejar la partida. Están pasando cosas muy raras.

@thecrow2001 está escribiendo…

@thecrow2001: No puedes dejar de jugar. Si tú paras, KillMaster seguirá jugando.

@jaymiller: ¿Qué quieres decir?

@thecrow2021 está escribiendo…

@thecrow2001 ¿No te has dado cuenta aún? Una vez en marcha, KillMaster es imparable. Sigue sumando puntos. Escoge víctimas al azar en el entorno elegido. ¡Es el mejor juego de la historia! ¡Te va a cambiar la vida, ya verás!

@jaymiller: ¿Cuándo acaba la partida?

@thecrow2001: Como todas las partidas de la historia. Game over. O tú o él. Recordad que todos jugáis.

@jaymiller: ¿Dónde lo encontraste?

@thecrow2001: No debo decir más. Enhorabuena.

@thecrow2001 se ha desconectado del chat.

—¡Menuda secta! En serio, chicos, andad con cuidado, hay mucho loco suelto por ahí —dijo Glenn señalando el ordenador. Nancy, vámonos, hay que buscar a X-Treme mientras sea de día.

Pero Nancy no se movió. Tenía la mirada fija en el móvil que temblaba en sus manos.

—El señor Chudak. También ha desaparecido.

Jason saltó como un resorte y encendió la consola. Se enfundó los guantes y las gafas. La puntuación de KM había subido dos millones de puntos. En el historial de víctimas había un nombre nuevo.

Samuel Chudak.

Estado: eliminado.

Capítulo 8
Fredo

—Esta noche me desharé de ella.

—«Me desharé de ella» —repitió Fredo impostando la voz—. Ahora hablas como un mafioso. ¿Y si se lo decimos a la policía?

—Me parece bien. Solo intenta una cosa: intenta formar una sola frase que tenga sentido en todo esto, grábatela en el móvil y vuelve a escucharla. Si después sigues pensando que contarle *eso* —dijo señalando la consola— a la poli es una buena idea, pues adelante. Yo mismo compraré unas palomitas y te acompañaré a comisaría.

—Me voy a casa, Jason —Fredo echo un vistazo al móvil—. Deshazte de esa máquina o vamos a tener problemas serios.

Jason se prometió que cenaría y enterraría la consola, pero no lo hizo. Al fin y al cabo, X-Treme era una mala persona. Entonces recordó San Francisco, Chinatown y sus otras siete víctimas. Con un temblor ingobernable en las manos, hizo una búsqueda en la sección noticias de Google. Era una locura. Joder, ahí estaban. Los chulos

muertos. En las noticias hablaban de cuatro víctimas. Al ver las fotografías, se le heló la sangre. Eran ellos. Nadie los echaría de menos, se dijo, quizás incluso el mundo sería un lugar mejor sin ellos, pero otra voz le argumentaba que él no era nadie para jugar así con la vida de los demás. Esa escoria tenía madres, hermanas, padres… «¡Joder, no lo sabía! ¡No lo sabía!», «Pensaba que era un juego». Y ahora el señor Chudak. Todo estaba fuera de control.

Envolvió la consola en una manta, la enterró en lo más hondo del contenedor de la basura y cerró con fuerza la tapa. ¡No era un asesino!

Jason tardó bastante en quedarse dormido. Soñó con X-Treme, que emergía de la oscuridad y le acusaba con su dedo huesudo, del que colgaban jirones de carne putrefacta. «¡Tú me hiciste esto, Jason!», bramaba con media cara llena de pústulas y la otra mitad fundida por el ácido. «¡Tú! No eres mejor que yo, Miller. El poder te ha convertido en un monstruo». Jason despertó empapado en sudor. Volvió la vista hacia la mesa de dibujo de su padre. El aparato volvía a estar en su sitio. Resplandeciente y brillante. Por un momento le dio la impresión de que aquello se estaba burlando de él. ¿Quién estaba jugando con quién?

***

Fredo decidió hacer un parada en la sala de máquinas antes de recogerse por el toque de queda. El comisario Moss decidió que aquella era la medida adecuada, al menos hasta que las cosas estuvieran más claras. Introdujo una moneda en el *Pac-Man* y empezó a recorrer los laberintos. Jugar le relajaba. Entraba en un estado de consciencia cercano al piloto automático en el que su mente se activaba. Era como existir en dos planos de la realidad al mismo tiempo. «Como KillMaster», pensó. Al contrario de lo que le ocurría a Jason, que utilizaba las máquinas para evadirse del mundo, a Fredo las largas partidas le ayudaban a pensar, a concentrarse en un solo problema. Había leído sobre inteligencias artificiales y su aplicación en videojuegos, personajes que aprendían y evolucionaban, pero hasta ahora creía que todo eso pertenecía al mundo de la ciencia ficción.

Mientras recorría las distintas pantallas, su cerebro buscaba soluciones en segundo plano. No dejaba de repetirse que habían torturado a un chico. «Nosotros, no. Esa cosa». En eso Jason tenía razón. Fredo sabía que sentirse culpable era una estupidez, pero el remordimiento empezaba a darle bocados enormes a su conciencia. Y cada vez dolían más. Hablaría con Jason y se entregarían. Pensó en que no tenía que haberle dicho que se deshiciera de la consola; al fin y al cabo era la única prueba de que aquello era real, y no un invento de dos adolescentes inadaptados. Deberían entregarse con ella para que el FBI o los putos cazafantasmas desmantelaran el aparato hasta el último chip. Quizás así podrían demostrar que eran ellos las auténticas víctimas de la tecnología diabólica que poseía esa máquina. La decisión estaba tomada. Hacer lo correcto le hizo sentir bien. Se relajó durante unos segundos, y solo entonces se dio cuenta de que estaba a punto de batir el récord del *Pac-Man*. Nunca había conseguido algo así. Soltó el mando durante un segundo por la impresión, pero enseguida volvió a la Tierra y toda su atención recayó en la pantalla. Batir el récord del *Pac-Man* era una gesta imposible; nadie había conseguido acercarse, ni siquiera Jason. Y él lo estaba logrando. La puntuación máxima estaba firmada con las iniciales «BM», y la leyenda urbana (Fredo creía que era una bola; había buscado en Google y no había encontrado nada, pero nunca se sabe) aseguraba que el mismísimo Billy Mitchell, The King of Kong, era el autor del millón de puntos del marcador de la máquina de *Pac-man* de la sala del señor Craven. El corazón le latía a toda velocidad. ¡Acababa de superar el récord! Apenas quedaban quince minutos para el toque de queda cuando perdió la última vida; solo le quedaba firmar la partida. Grasso apareció de la nada y le lanzó un golpe en la nuca que estaba más cerca del puñetazo que de la colleja.

—Gracias, Fredo. La verdad es que necesitaba un buen récord más que nunca. Ha sido una semana dura, pero detalles como este hacen que la vida valga la pena.

Grasso sonrío y, tras apartar a Fredo de un codazo, comenzó a

cincelar sus iniciales en el flamante récord. No vio venir el golpe. No se lo esperaba. De la misma manera que un tiburón no espera que un pececillo le muerda. El puño de Fredo se estrelló contra la nariz de Grasso, que comenzó a sangrar como un cerdo, tambaleándose. El señor Craven irrumpió en la escena a gritos.

—Joder, ¿de verdad tenéis que hacerme esto antes de cerrar? ¡Grasso, creí haberte dicho que no quería verte más por aquí!

Grasso huyó del local con la mano en la nariz; en su retirada fue dejando un reguero de sangre sobre la moqueta del señor Craven.

—Y tú —continuó—, vete a casa, anda. Buena partida, chaval. Y buen directo de izquierda. A veces, hijo, no hay otra forma de ganarse el respeto con los tipos como ese. Es muy triste, pero es así.

Fredo asintió, pero antes se dio la vuelta, se plantó enfrente de la máquina y firmó su récord. Después se hizo un selfi con la pantalla de fondo y la subió a su canal de LifeLink con los hashtags #pacman, #record y #arcade. La foto tuvo seis reacciones en apenas un minuto. Más de las que había provocado cualquiera de sus publicaciones en toda su vida. Tenía ganas de contárselo a su padre, ya que había sido él quien lo había metido en el mundo de los videojuegos, pero esa noche Fredo no llegó a casa.

***

Jason lo intentó todo para deshacerse de la máquina. La golpeó con su bate de metal, arremetió contra ella con un hacha de hoja oxidada que rescató de entre los trastos del garaje. Ni siquiera le hizo una muesca. Lo único que consiguió fue lastimarse el hombro. Nada funcionaba. Ya ni siquiera era capaz de moverla un milímetro de la mesa. Ni el maldito Thor podría moverla. Aquella consola estaba clavada en la mesa como Excalibur en la piedra. Pensaba en cuál sería su próximo movimiento cuando su móvil empezó a echar humo. Entró en su cuenta de LifeLink y vio el récord de Fredo en el *Pac-Man*. ¡Increíble! ¡El enano lo había conseguido! Empezó a leer los mensajes de felicitación de la gente. Se puso contento por Fredo, eso era un *bonus* de popularidad garantizada, al menos durante un tiempo, y si a

alguien le venía bien algo así era a su amigo. Siguió leyendo el hilo de los mensajes, pero el tono de los comentarios cambió de repente. Laurie Curtis escribió que había visto a Fredo recibir una paliza. Bobby Kincaid aseguraba que una ambulancia lo había recogido cerca de la sala de máquinas y lo había trasladado al St. James. El hilo era un tsunami de rumores: que si había sido el tío del retrato robot, que si Fredo había muerto… Además, estaban los *haters* anónimos y cobardes que esperaban que le hubiesen dejado la cara mejor de lo que la tenía. «Ahora ya tiene disfraz para Halloween». A Jason le dieron ganas de vomitar. Se conectó de nuevo a *KILL ´EM ALL* con el corazón en vilo y suplicó no ver el nombre de Fredo en el historial de eliminados. No estaba. Corrió hacia el hospital, y al llegar preguntó a la enfermera por la habitación de su amigo. La puerta estaba entreabierta; se disponía a entrar cuando desde el interior le sorprendió la voz del comisario Moss. Tenía aspecto cansado y el traje parecía que le quedaba algo más suelto. Hablaba con los padres de Fredo, que se abrazaban en silencio con una expresión que a Jason le recordó a aquella del salón de su casa tres años antes. La señora García hundía la cara en el hombro de su marido, que tenía la mirada perdida, clavada en el suelo como si quisiera perforar un túnel con ella y escapar. Era la expresión de la desesperación. Jason la conocía bien. El semblante de alguien cuya cordura pende de un hilo, de alguien que sabe que puede perderlo todo en apenas un segundo. Jason alcanzó a ver a Fredo por un instante. Estaba rodeado de tubos por todos lados, entraban en su boca, salían de su nariz, de sus brazos. La cara era un amasijo de carne hinchada. Le habían rapado la mitad del cráneo, y una herida profunda y suturada le atravesaba la parte derecha bajando hasta la ceja. Si le enseñasen una foto de su mejor amigo, jamás adivinaría quién era. Entonces Moss reparó en él.

—Miller. Contigo quería hablar. Si me disculpan —dijo Moss a los padres bajando la cabeza en señal de respeto.

El comisario le invitó a sentarse en una de las salas de espera del pasillo. No había nadie más.

—¿Cómo está Fredo? —preguntó Jason con un miedo abismal a la respuesta del comisario.

—No soy médico, Jason, pero si tu amigo pasa de esta noche será el milagro más grande que haya visto en mis treinta años de carrera. Lo siento, chico.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Jason; el crío se la enjugó sin mirar a Moss a la cara.

—¿Qué le ha pasado?

—Grasso. Lo esperó a la salida de la sala de máquinas. Está todo grabado —dijo Moss, cuyas ojeras parecían más oscuras cada segundo—. Lo estamos buscando. Esta vez se le ha ido de las manos, Jason. Ese chaval se va a pasar la vida en reformatorios y cárceles. Estuviste con Fredo ayer, ¿verdad?

—Sí, estuvimos en casa. Echando unas partidas.

—Solo es para hacerme un cronograma de lo sucedido —dijo Moss mientras sacaba un pequeño bloc de notas de su bolsillo. Jason asintió sin dejar de mirar el suelo frío y aséptico del hospital.

—El señor Craven dice que Fredo agredió a Grasso en la sala de máquinas. —Jason se giró sorprendido hacia Moss—. Por lo que he estado investigando, no parece un comportamiento muy típico de Fredo. ¿Sabes si había algo que le preocupara? ¿Algo que solo te contara a ti?

—No —la respuesta fue más tajante de lo que Jason pretendía—, quiero decir —Jason relajó el tono—: no que yo sepa.

—Está bien. Eso es todo. Vete a casa e intenta descansar un poco. Aquí no puedes hacer nada.

El policía se levantó del banco que compartían y el eco de sus pasos resonó en el pasillo del hospital, pero antes de llegar a la puerta Moss se paró en seco y se dio la vuelta hacia Jason, como si algo le empujase a darle una explicación.

—Grasso no tiene escapatoria —dijo. Se giró y continúo hacia la salida.

Jason sabía que en eso el comisario Moss no se equivocaba.

Capítulo 9
La venganza final

La tormenta que todos estaban temiendo se desató sobre Springlake. La lluvia le empapaba su camiseta, el pelo y la mirada, pero Jason no paraba de pedalear. Un destello de rabia de un color rojo intenso hervía ante sus ojos y le empujaba como un imán hacia su casa. Lo haría. Sin remordimientos. Su único amigo estaba a punto de morir, quizás no pudiese evitarlo, pero no tenía pensado perder a nadie más en su vida sin que hubiese represalias. Ahora tenía el control. Grasso pagaría. Ya no estaba atenazado por el miedo, solo ansiaba la venganza. Quizás Jason Miller no tuviera mucho que hacer contra Grasso, pero KillMaster era otro cantar. Esta vez Jason no escuchó ninguna voz intentando aplacar su ira, todo su ser le gritaba de manera unívoca que lo que estaba a punto de hacer era lo correcto. Al llegar a la entrada de su casa dejó caer la bicicleta en el jardín y subió corriendo a su habitación. Se sentó delante de la consola. La conectó y pulsó el botón de encendido. El logo de *KILL ´EM ALL* apareció de nuevo en pantalla. Esta vez notó que había una corriente casi física entre él y aquel aparato, como si lo llamase con su irresistible canto de sirena. Jason se dejó de llevar. Tenía sed de sangre. Introdujo la ubicación y tecleó el nombre de Burt Grasso en el buscador.

La partida comenzó.

***

Los márgenes de Black River estaban inundados de inmensas construcciones de troncos apilados que formaban una enorme metrópolis abandonada de madera. Cuando la fábrica de papel se mudó de Springlake a algún lugar del país que Burt Grasso no sabía ni pronunciar, aquellos mamotretos gigantes se convirtieron en el refugio de los intrépidos que se atrevían a colarse en sus entrañas y recorrer los laberintos imposibles que se formaban en el interior. Aunque ya

casi nadie se dejaba caer por ahí, los adultos corrieron la voz de que aquellos troncos, podridos y carcomidos por la lluvia, podrían desprenderse en cualquier momento, sepultando vivos a aquellos que fueran tan temerarios de «acampar» en su interior.

Antes del traslado, la empresa había prometido a las familias afectadas que les proporcionaría un trabajo y una nueva casa en la futura ubicación de la fábrica, pero todo quedó en eso: promesas. Su viejo, que no tenía un pavo en el bolsillo (solo lo justo para las cervezas de rigor), decidió que pagar un abogado con la perspectiva de empezar una larga y cara batalla legal perdida de antemano no entraba en sus planes. Así que los Grasso se quedaron en Springlake.

Sin futuro y, aún peor, sin presente. Burt solía escaparse de casa y callejeaba con su bicicleta entre las cabañas, inspeccionando cada una de ellas hasta encontrar una en cuyo interior los troncos hubiesen creado pasillos naturales con el espacio suficiente para pasar entre ellos. Si tenía suerte, descubría pequeños cubículos que transformaba en una sala de estar en la que pasar las noches en que se veía obligado a escapar de casa para evitar una paliza o algo peor. Ahora estaba en su rincón preferido. Era casi como un pequeño y acogedor apartamento. Disponía de comida, bebida y tabaco, una linterna, un par de mantas y un póster de Karen Gillan en la «pared». Aquel era su escondite secreto.

La lluvia arreció, pero Grasso estaba preparado; desplegó una lona impermeable que tenía guardada para días así. Había compartido algunas cabañas con su banda, pero aquel refugio era especial y había preferido guardárselo para el solo, por lo que pudiera pasar. Y «lo que pudiera pasar» había ocurrido. Sabía que le estarían buscando. También sabía que se había pasado con el imbécil de Fredo, pero en el fondo no le importaba mucho. Tenía la mente nublada, no podía pensar con claridad. A veces, una voz le hablaba, resonaba en su cabeza y tenía que hacer lo que le pedía. Quería matar a ese subnormal. Estaba casi seguro de que lo había conseguido. Se tragó su último par de pastillas azules. Desde la desaparición de X-Treme

escaseaba la mercancía. Grasso sabía que X-Treme estaba muerto. Lo presentía. Percibía que algo extraño y maléfico, algo parecido a esa voz que le hablaba, la que le obligaba a hacer cosas, había recalado en la ciudad. Era como si la voz de su cabeza y esa presencia estuvieran sintonizadas en la misma frecuencia de alguna manera. De repente, como si alguien hubiese apagado un interruptor, la lluvia paró.

Grasso escuchó pasos fuera de la cabaña. Lentos, firmes, pesados. Contuvo la respiración. Nadie sabía que estaba ahí. Nadie *podía* saberlo. Miró a través de las pequeñas aberturas que dejaban los troncos, pero no vio nada. El sonido de las pisadas había desaparecido. Lo siguiente ocurrió a toda velocidad. Los troncos del refugio que hacían las veces de techo sobre su cabeza salieron volando y dejaron su escondite al descubierto. Al principio Grasso pensó que estaba en medio de un huracán, pero no había viento. Nada podría levantar esos troncos así, cada uno debía pesar más de doscientos kilos. Y aquello los había levantado como si fuesen hojas secas. Una figura imponente, de brazos fuertes, se alzaba ante él. Grasso no le podía ver la cara, sus facciones se mantenían en la penumbra, pero sabía que le estaba mirando. Juzgando. El hombre le agarró del pelo y lo levantó con una sola mano, sin esfuerzo. Grasso gritó de dolor, pero su grito se transformó en horror al ver el machete afilado y con manchas de sangre seca que sostenía en la otra mano. Empezó a llover de nuevo.

Grasso suplicó por su vida. El hombre del machete lo sostenía, sin esfuerzo, en el aire, pero su verdugo no hizo nada, y de alguna manera sintió que aquello (desde luego parecía un hombre, pero no lo era) dudaba.

***

Encontrar a Grasso fue sencillo. Jason solo tuvo que introducir su nombre en el buscador y la consola lo transportó, si bien no al lugar exacto, sí a los alrededores. Era parte del encanto del juego: buscar, acechar y meterle el miedo en el cuerpo a la víctima hasta el ataque final. Conocía las cabañas de troncos, todos los chavales de Springlake

las conocían, pero ninguno con dos dedos de frente se atrevería a adentrarse solo en una de esas trampas mortales. Por lo visto, Grasso sí. Jason, en el cuerpo de KillMaster, recorría las calles (auténticas avenidas en algunos casos) formadas por las construcciones de madera mientras pensaba en Fredo, en esa cama de hospital que podía convertirse en su lecho de muerte, y en todos esos tubos que le entraban y salían del cuerpo como serpientes de plástico que le iban drenando la vida. La rabia seguía tamborileándole en la sien. A medida que uno avanzaba en *KILL ´EM ALL*, elevaba la puntuación y su avatar conseguía mejoras: KillMaster había conseguido desbloquear los modos de Sigilo y Ubicuidad que, combinados, le permitían aparecer de la nada al lado de cualquiera de sus víctimas (un clásico de cualquier *slasher* que se precie); eso, unido a su descomunal fuerza, hacía que cazar a Grasso fuese cuestión de tiempo. Jason agudizó el oído, sabía que, si se concentraba lo suficiente, podría escuchar su respiración, oler su terror y conseguir la ubicación exacta. Esa búsqueda era parte del juego. Cuanto más miedo tenía la potencial víctima, más visible se volvía en su radar, un indicador formado por tres circunferencias concéntricas en las que se iluminaban dos puntos, uno marcaba la posición de KillMaster, y el otro, el paradero de la víctima.

A juzgar por cómo brillaba el punto de Grasso en el radar, Jason dedujo que la valentía le había abandonado de sopetón. Parpadeaba como una licorería en plena noche. Se lanzó sobre él como lo que era: un depredador.

Y ahora lo tenía a su merced. Indefenso. Sorbiendo los mocos, suplicando. Pero Jason solo pensaba en Fredo. Estaba a punto de ejecutarlo, de rebanarle el cuello con su machete, cuando vio su reflejo en la cuchilla. No vio el pozo de oscuridad que era la cara de KillMaster, sino su propia cara, la de Jason Miller, desfigurada por el odio. Se asustó. Dudó. Y pudo sentir como Grasso advertía esa duda. No supo cómo, pero entretanto el chaval sacó una navaja y le cortó en el antebrazo, si bien fue inútil. El puño de KillMaster ejercía tanta

presión sobre la caballera del crío como una prensa hidráulica. Jason se quedó inmóvil, sin controlar al jugador. Grasso comenzó a patalear y a gritar. KillMaster no reaccionaba y el matón aprovechó para cortarse el pelo con la navaja, dejando media cabellera en el puño de KillMaster. Grasso echó a correr. El machete cayó al suelo. La puntuación general de KillMaster comenzó a bajar de golpe, como el altímetro de un avión a punto de estrellarse, y es que al fin y al cabo *KILL ´EM ALL* era un juego de dos. Si la víctima conseguía escapar, el juego penalizaba al asesino.

***

Jason estaba paralizado en su habitación. No era un asesino. No era capaz de ejecutar a un crío, aunque ese crío fuera Burt Grasso. KillMaster permanecía quieto. En el juego el mundo se había congelado. KillMaster esperaba, la lluvia mojaba su ropa. Los pasos de Grasso se alejaban. Entonces ocurrió: KillMaster movió la cabeza y clavó su profunda mirada de abismo en Jason Miller. Esperó unos segundos. Jason notó una vibración en el mando. KillMaster recogió el machete y desapareció. Ya no lo controlaba.

Lo siguiente que vio Jason fue a Grasso correteando, desorientado por la tormenta entre los enormes muros de troncos que lo rodeaban por todas partes; estos se habían convertido en un laberinto. Jason intentó recuperar el control del juego, pero no podía. KillMaster tenía voluntad propia. «Una vez en marcha, KillMaster es imparable». Grasso resollaba, doblaba una esquina tras otra en busca de la salida, pero le daba la impresión de que las cabañas se multiplicaban por segundos. Grasso tropezó y cayó de bruces en el barro. Se levantó como pudo. A pesar de la lluvia y de sus latidos, escuchaba las pisadas de KillMaster, siempre con la misma cadencia, sin prisa, sin humanidad. Estaba agotado. Por más que corría, le daba la sensación de volver siempre al mismo lugar. De súbito, KillMaster apareció a su lado. Jason intentó desconectar la consola, pero no fue capaz. Grasso, de rodillas en el barro, lloraba de miedo. KillMaster sonreía. Burt lo sabía, Jason lo sabía. Con un solo movimiento, rápido y brutal,

decapitó a Grasso, cuyo cuerpo cayó de rodillas, sin vida, a los pies de su ejecutor. Jason gritó en su habitación. Aquello ya no era opinable, era culpa suya. La venganza le había cegado y ahora Grasso estaba muerto.

En el visor, Jason vio que KillMaster caminaba despacio, se agachaba y cogía por los pelos la cabeza de Grasso. Un millón de puntos subió al marcador de Jason. Los mandos seguían sin responder. Una ventana emergió ante sus ojos: próxima víctima. Decenas de caras por segundo iban cambiando antes sus ojos como una ruleta macabra. Volvió a intentar recuperar el control, pero fue en vano. KillMaster controlaba el juego. De repente la ruleta de caras se detuvo. Y a Jason Miller se le congeló el corazón.

Capítulo 10

Final girl

Nancy estaba preocupada. Las cosas se habían vuelto extrañas, el aire estaba viciado de inquietud. X-Treme, Fredo, el señor Chudak, los delirios de Jason. Demasiado para digerir en poco más de cuarenta y ocho horas. De alguna manera sabía que todo aquello no encajaba. Sentía como si algo maléfico sobrevolará la ciudad, y Jason tenía algo que ver con todo eso, pero esas historias que había inventado… eran demasiado, incluso para él, y ahora Nancy se sentía culpable. Culpable por haberle abandonado, culpable por no creerle. Estaba enfadada consigo misma por sentirse de esa manera. Si cambió su vida, no fue para ser popular; eso le daba igual. Lo único que anhelaba era vivir tranquila y no ser el blanco de las bromas de todos.

Eran las diez de la noche cuando Glenn tiró un par de piedras a su ventana. Nancy se descolgó por las enredaderas y subió al coche. Necesitaba su compañía, quería entregarse a él de una vez por todas. Se sentía nerviosa y al mismo tiempo parecía anestesiada.

—¿Crees que Fredo se salvará? —preguntó.

—No lo sé. Espero que sí, pero no lo sé —respondió Glenn.

Nancy rompió a llorar y él la abrazó. Se besaron como nunca antes lo habían hecho. Por primera vez en sus vidas, Glenn y Nancy hicieron el amor.

***

El coche de Glenn Lance era silencioso. Doscientos metros antes de llegar al portal de Nancy, apagó el motor y recorrió el último tramo de la calle sin hacer ruido. Nancy y él se despidieron con un último beso.

—Mañana te recojo a las ocho —dijo Glenn—, le llevaremos unos cómics a Fredo.

Nancy asintió, y una sombra de tristeza al pensar en Fredo empañó el momento; se arregló el pelo y trepó por la enredadera con la gracia y la seguridad de una artista circense.

Glenn esperó a que entrase por la ventana, arrancó el motor, que volvió a la vida con un suave ronroneo, y se desvaneció en la distancia.

Nancy no se cambió de ropa para dormir; la sudadera que llevaba puesta todavía olía a Glenn. Se metió en la cama y apagó las luces. Se quedó dormida enseguida, pero se despertó de nuevo sin saber por qué. Le pareció que un ruido de cristal roto resonaba en la casa. El viento mecía las copas de los árboles, y la luz de la luna llena iluminaba la habitación proyectando las sombras retorcidas y demoníacas de las ramas en la pared de su habitación. De pequeña, le aterraban aquellas formas que parecían manos de bruja señalándola. Un miedo irracional se apoderó de ella. No podía moverse, sudaba, era incapaz de levantarse de la cama, no sabía si estaba despierta o dormida. ¡Dios, cómo le costaba respirar! Una mano gigante le oprimía el pecho.

Entonces vio la silueta emerger a los pies de la cama. Era el tipo del retrato robot, el mismo de la carátula del juego de Jason. Quiso gritar, pero no pudo. Nada salió de su garganta. Solo un mudo hilo de pánico. Ansiedad. Nancy creía morir. El hombre llevaba un machete en una mano y agarraba algo con la otra. Levantó el brazo delante de sus ojos. La cabeza de Glenn. Parecía que se la hubiese arrancado de

cuajo. Se la lanzó y cayó en la almohada, a su lado. Ella seguía paralizada. Ahora no podía ni siquiera moverse, no sabía si estaba soñando o despierta, o si estaba a punto de entrar en una especie de *shock*. Intentó gritar una vez más, pero solo un silbido agónico surgió de su garganta. Aquel ser le miraba, pero ella no era capaz de distinguir ningún rasgo en su cara.

KillMaster la miró y levantó el machete. Nancy sentía sus miembros atenazados, como si sus articulaciones fuesen de acero, imposibles de doblar. Le parecía que sus huesos estuvieran llenos de cemento. Intentó girarse utilizando cada ápice de fuerza y consiguió rodar al suelo en el mismo instante en que KillMaster asestaba un violento golpe que partió en dos la cama. El machete quedó encajado en el somier; el gigante luchó por desenterrarlo.

Entonces, ella lo vio. Detrás de KillMaster, en la ventana de su cuarto. Jason blandiendo un bate de béisbol, llevándose un dedo a los labios, pidiéndole silencio. Nancy no reaccionó. No habría podido, aunque hubiese querido. Jason descargó un golpe con todas sus fuerzas en la cabeza de KillMaster, que cayó de bruces en el suelo. Eso les dio el tiempo suficiente para que Jason pudiera cargar con Nancy, salir de la habitación y bajar las escaleras. A mitad de trayecto hacia la puerta de entrada oyeron como KillMaster se levantaba. Nancy comenzó a sentir que su cuerpo despertaba del letargo, como cuando un brazo o una pierna se ha adormecido.

—¿Qué es eso, Jason? —preguntó con más rabia que miedo en su voz.

—Eso es lo que se ha cargado a X-Treme, a Grasso y, si le dejamos, a todo lo que se le ponga por delante —respondió él tirándole de la mano y saliendo a la calle.

KillMaster caminaba con decisión, como si supiera mejor que ellos dos hacia dónde se dirigían. Jason solo se estaba dando tiempo para pensar.

—¡Hay que acabar con él! —dijo Nancy.

—¡No podemos! ¡Un *slasher* nunca muere! —dijo Jason, y de

repente se paró en seco. KillMaster estaba a unos cien metros, seguía caminando hacia ellos, sin inmutarse.

—Eso es —murmuró. Nancy tiraba de él.

—Por el amor de Dios, Jason, ¿te has vuelto loco? ¡Corre! ¡Vamos! —dijo Nancy tirando de él, pero Jason no se movió. Se quedó plantado mirando como KillMaster iba acercándose sin pausa hacia ellos.

—¿No te das cuenta? —preguntó—. No podemos acabar con él. ¡Es más fuerte que nosotros! ¡Es superior! ¡Inevitable! —Nancy seguía tirando de Jason, pero este no se movía—. Un buen asesino en serie siempre vuelve, resurge de sus cenizas —prosiguió Jason—. Puedes quemarlo, descuartizarlo, hacerle volar en mil pedazos, decapitarlo o coserle a tiros; nada de eso importa. No podemos matarlo, Nancy —Jason dio un paso hacia KillMaster—, porque es solo miedo encarnado, solo eso: miedo.

KillMaster paró en seco. Jason se acercó un poco más a él.

—Estoy cansado de tener miedo, Nancy. Miedo a perderlo todo, miedo a ser un paria, miedo a que mi madre no vuelva a ser la misma, miedo a Grasso, a perderte de nuevo, pero ¿sabes una cosa? Hay algo a lo que no tengo miedo —ahora Jason estaba a un palmo de KillMaster —, y es a que este tío acabe conmigo.

KillMaster levantó el machete y lo dejo caer sobre la cabeza de Jason.

Nancy gritó.

Siempre hay alguien que grita.

Capítulo 11
Despertar

Jason despertó en su habitación con un dolor de cabeza de campeonato. Un rayo de luz blanca se colaba entre las rendijas de la persiana. Quizás todo hubiese sido un sueño. En la mesa de la

habitación no había ni rastro de la consola de Falken ni de *KILL ΈΜ ALL*. Se sentía fuerte, cambiado…, vivo. Bajó las escaleras con cuidado, llevaba dos años bajándolas con cuidado, por inercia, por no despertar a su madre; era una rutina tan interiorizada que no se dio cuenta de la música. Su madre estaba en la cocina, preparando un desayuno de los de verdad. Estaba radiante y, aunque en su mirada notó un poso de tristeza, uno que quizás nunca la abandonaría del todo, también había algo más en sus ojos, algo parecido a la esperanza. Ella había puesto el disco de The Beatles preferido de su padre, *Abbey Road*; ahora sonaban los primeros acordes de «Here comes the sun».

—Esta tarde, cuando vuelvas del colegio, podríamos ir al centro comercial. Necesito ropa. El lunes vuelvo al trabajo —anunció su madre.

—Claro, mamá —dijo Jason—. Pero antes quiero pasar a ver a Fredo…

—¡Es cierto! ¡Casi me olvidaba! Te acaba de llamar, no paraba de decir cosas raras. Tienes que quitarle esa manía de llamar a horas inadecuadas, hijo.

—¿Fredo acaba de llamar?

—Sí, parecía algo nervioso, es decir, más que de costumbre. Dijo que salía corriendo hacia aquí y que…

Sonó el timbre de la puerta.

Jason abrió. Era Fredo. No el Fredo moribundo de la noche anterior, sino el Fredo de siempre, con cara de pánfilo y gafas gruesas. Jason lo abrazó.

—¡Estás vivo, tío!

—Joder, sí. Ha sido una pesadilla. Aún me notó entumecido de la paliza.

—¡Nancy! —recordó Jason y, sin mediar palabra, corrió hacia su casa, pero ella estaba esperándole en la puerta. Se abrazaron.

—Gracias —le susurró ella al oído. Glenn entró en escena, recogió a Nancy y les guiñó un ojo.

En el instituto todos, excepto los implicados, habían olvidado lo sucedido en los dos últimos días. X-Treme estaba vivo y también Grasso. Ya no había amenazas. Tanto Grasso como X-Treme cambiaron, se volvieron grises y esquivaban las miradas cada vez que se cruzaban con Jason o Fredo en el instituto. Grasso solo se dirigió una vez más a Jason. Fue para devolverle la pequeña máquina que su padre le había regalado.

—Lo siento —dijo con la mirada clavada en el suelo—. Siento lo de la foto.

Jason aceptó las disculpas, pero cuando Grasso se dio la vuelta para largarse, le llamó.

—Grasso —dijo lanzándole la máquina—, puedes quedártela. Avísame cuando superes el récord. Ya sabes, para firmarlo.

Dos semanas después el mundo había vuelto a una nueva normalidad. A la normalidad después de KillMaster. ¿Había sido una simulación compartida? ¿Una alucinación? Jason no lo sabía, pero ahora parecía que el mundo volvía a girar. Casi se había olvidado de KillMaster y de Falken Games cuando una notificación de correo electrónico emergió con una vibración de la pantalla de su móvil.

Remitente: @thecrow2001

Asunto: ¡Enhorabuena!

¿Verdad que es el mejor juego al que has jugado nunca? Te dije que te cambiaría la vida.

Epílogo

John Risher corría como alma que lleva el diablo. Escapaba de una banda de matones que querían robarle la comida y, de paso, quedarse con el poco dinero que llevaba en los bolsillos. Era la tercera vez que huía de ellos en menos de una semana. John escuchaba sus voces en el cogote, hizo acopio de fuerzas y se perdió entre las callejuelas oscuras que apestaban a orín y a alcohol rancio. Entonces vio el cartel. Falken Games.

No dudó en entrar.

II

EL FORZADOR

EL FORZADOR

El tiempo es una telaraña infinita, un número indeterminado de hilos que se entremezclan y superponen dando lugar a incontables encrucijadas. Cada una de ellas sirve de semilla para un nuevo universo de realidades incontables. El centro de esa telaraña es 1985, el año del descubrimiento de los viajes en el tiempo y de la fundación de la Agencia. No puedo creer que hayan pasado ya treinta y cinco años.

Me llamo Noah Baines, aunque en la oficina todos me conocen como Agente Alpha. Fui el primer agente de la historia especializado en saltos temporales y hoy es mi último día de trabajo. A lo largo de mi carrera me han asignado misiones en todas las épocas: he seguido a Elvis durante días, he viajado cinco veces en el vuelo 11 de American Airlines que se estrelló contra las Torres Gemelas y he visto morir a Lennon en diez ocasiones. Nuestro objetivo como Agencia es recabar información. Punto. No se nos permite interferir. Ni siquiera para evitar grandes catástrofes. Esas son las reglas. En realidad, no podríamos hacerlo, aunque quisiéramos, pero si eso lo descubres, si caes en la tentación…, implica que estás fuera. Esa es la primera prueba para los candidatos. Al fin y al cabo, el viaje en el tiempo es en realidad una especie de eco temporal que te permite ver, escuchar, sentir y oler; no se trata de una simulación avanzada ni nada por el estilo, el viaje es real al cien por cien. Sin embargo, aunque lo intentases, no podrías interferir en la historia ni interactuar con los sujetos a estudio. No es posible, de la misma manera que uno no puede cortar el aire, y eso no hace al aire menos real, ¿no? Es como

un mecanismo de defensa. Cíñete a escuchar y a recabar los datos pertinentes para tu informe. Esa es la misión.

Decía que hoy es mi último día de trabajo. Los agentes jóvenes me llaman «El Abuelo». Son unos sinvergüenzas, pero sí, supongo que eso es lo que soy, una reliquia de otro tiempo, un pionero dispuesto a contarte un par de batallitas si le invitas a un café en la máquina (descafeinado, que después no hay quien duerma). Últimamente un pensamiento ronda mi cabeza con fuerza. Veréis, creo que uno no se hace mayor cuando algún barbilampiño con cara de higo le trata de usted, en absoluto: uno se hace mayor cuando el novato de turno le llama «señor» y a uno no solo no le disgusta, sino que le parece bien. Así que sí, debo ser un abuelo. A pesar de mi edad, me gusta pensar que tengo buena sintonía con los nuevos agentes, aunque no todos suelen ser jóvenes; en realidad, la juventud no es un requisito para trabajar en la Agencia; hemos tenido agentes novatos con más de cincuenta años. Durante más de tres décadas he compaginado mis Incursiones Temporales con la formación de la mayoría de los agentes que componen la Agencia Temporal. Y estoy muy orgulloso de ello. Los agentes entienden las normas. Salvo aquella vez en Nueva York, ninguno de ellos ha intentado interferir con el flujo temporal de la época.

Hoy ha sido un día intenso. El papeleo, rápido. Antes de las doce de la mañana, mi estatus había cambiado de agente «activo» a «jubilado». Llevo treinta y cinco años sin existir oficialmente, así que he tenido una sensación que debe asemejarse mucho a la de Brooks en la película *Cadena perpetua*, un preso anciano al que liberan de Shawshank tras una interminable condena de más de medio siglo. El pobre diablo no sabe qué hacer con su vida. Privado de su rutina carcelaria y perdido en un mundo que ya no comprende, el viejo acaba colgándose en una triste habitación alquilada. Creo que el tal Brooks y yo tenemos mucho en común, solo que yo no tengo planeado hacer ninguna estupidez por muy desubicado que me encuentre. Una vez que salga por la puerta de la Agencia, no podré volver a entrar, no

se me permitirá hablar de ella con nadie ni tener contacto con ningún agente vinculado a ella. Son las reglas. Yo mismo las escribí. Es una nueva vida y, si he de ser sincero, no sé qué voy a hacer con ella. Cada día pienso más en Josh. Sé que cuanto más tiempo libre tenga, más pensaré en él. Eso sí va a ser un problema.

Los chicos me han preparado una gran fiesta sorpresa de despedida de cuya existencia me enteré hace más de dos semanas, pero no he querido desilusionarlos. No me ha quedado otro remedio que fingir que me daban la sorpresa de mi vida. Hubo gritos, ponche, globos, chistes verdes y mucho Duke Ellington. Cada uno de los compañeros colaboró aportando al bufé un plato casero de su cosecha: pasteles de carne, pizza, croquetas de marisco…; la mayoría incomibles. En realidad, creo que casi todos podrían considerarse armas biológicas. De hecho, de los diez agentes que forman la agencia —hombres y mujeres intrépidos—, ninguno se atrevió a probar la mayonesa de la Agente Kappa, una pelirroja irlandesa que apenas lleva dos años y medio en la Agencia. Ni siquiera ella.

Los agentes temporales no tenemos familia. Esto evita muchas tentaciones en el trabajo diario. Aquellos que forman el Equipo de Saltos Temporales consagran su vida a sus misiones, en soledad. Deben ser fantasmas, no solo en su año de destino, sino también en su época de procedencia. Pocos amigos y superficiales. Caras confiables cuyo recuerdo se desvanece como el vapor nada más terminar la conversación.

Los chicos decoraron la oficina como pudieron, con una mezcla apocalíptica y colorida de Navidad y Halloween. «Gran trabajo, Agente Alpha», rezaba la gran pancarta escrita por el Agente Delta con una caligrafía enrevesada y saltarina. El Agente Delta era un ruso de dos metros con memoria fotográfica, habilidad de extrema utilidad en las misiones, ya que los viajeros en el tiempo no pueden llevar ni traer ningún objeto. Delta es sin duda uno de los mejores agentes de campo, pero como calígrafo de pancartas era un desastre. A pesar de ello, aquella muestra torpe y tierna de afecto me conmovió. Charlamos

durante un buen rato. ¡*Nasdrovia*! Los agentes sí tenían autorizado entablar relaciones más cercanas (pero no íntimas) fuera del horario laboral, siempre y cuando no intercambiaran información sobre sus misiones. Quebrantar las normas conllevaría su expulsión inmediata. Son las reglas.

Mi discurso de despedida fue escueto y muy aplaudido. Deslicé un par de chistes sobre el vestuario de Gamma cada vez que le tocaba visitar los ochenta, que levantaron una carcajada gruesa y unánime. Beta, mi sucesor en el cargo, me tendió, entre los aplausos y vítores del resto del equipo, un pequeño paquete envuelto en un papel de regalo que solo podría haber sido elegido por un daltónico terminal. Sabía lo que contenía desde hacía más de treinta años, cuando tuve que diseñar el protocolo que seguiría la Agencia cuando llegase la primera jubilación, así que podría decirse que yo mismo elegí mi regalo. Solo que ellos no lo sabían. Un reloj de bolsillo con el logo de la Agencia, un reloj de arena en posición horizontal emulando el símbolo de infinito, grabado en el dorso. Mi única duda era saber si habrían elegido el plateado o el dorado. Mientras rasgaba el papel, pensé que me gustaría algo más el plateado. Era el dorado. «¡Sorpresa!». Era un reloj sobrio, elegante, con una esfera blanca y números arábigos de color negro. Recuerdo que cuando escribí el protocolo estuve tentado de incluir como regalo una tostadora, pero la elección del reloj parecía cargada de un simbolismo infantil, obvio y romántico a la vez. Ahora hubiera preferido la tostadora. «El Abuelo». Los ojos de los compañeros brillaban con emoción mientras Duke paseaba por las teclas con un solo cálido que jugueteaba en mis oídos, mezclándose con el murmullo animado de la sala.

Mis chicos. Los echaría de menos, no puedo negarlo. La selección de los «activos» de la Agencia ha ido optimizándose con los años, y me gusta pensar que he colaborado eligiendo a los mejores agentes posibles. No ha sido una tarea sencilla. Los requisitos para formar parte de este selecto grupo no son asequibles para la mayoría de la población. Cada uno de los diez agentes exclusivos que formamos la

Agencia somos el fruto de un accidente improbable, una mezcla de suerte, genética y tragedia. En los informes estamos definidos como individuos «especiales», hipersensibles, con un don obtenido tras una experiencia traumática, una especie de marca psíquica que nos permite detectar y atravesar los portales temporales, invisibles e inocuos para el resto. Con el tiempo, descubrimos que la tragedia no es más que un disparador que pone en marcha esa sensibilidad latente. Ese es el perfil. Como podéis imaginar, cuando necesitamos a alguien no publicamos un anuncio en el periódico.

A principios de 1985 trabajaba en la Otra Agencia, esa que persigue a ladrones, asesinos y evasores de impuestos dependiendo del departamento. Un buen día, la plantilla al completo tuvo que pasar un «test de personalidad»; camufladas entre las preguntas de rutina, se deslizaron otras pequeñas cuestiones de control, baladíes a simple vista, que podrían sacar a la luz el perfil deseado por el Gobierno. Más de treinta mil agentes en medio centenar de oficinas se sometieron a esas pruebas, pero no solo el sector de la seguridad conformó el caldo de cultivo de la Agencia. Al fin y al cabo, el don no era algo exclusivo de las fuerzas del orden. Cualquiera podría convertirse en un agente. Más de tres millones de personas de todo tipo y condición tuvieron que enfrentarse al dichoso test en 1985; vendedores de coches, profesores, científicos y hasta alumnos de instituto. En total, más de treinta y cinco millones de personas formaron parte, sin saberlo, del experimento. Más del ochenta y cinco por ciento tenían familia y fueron descartados de inmediato, incluso antes de comenzar la prueba, pero era un paripé necesario para no levantar sospechas. Y eso el primer año. De todo ellos, solo hubo tres candidatos aptos para acceder al siguiente nivel. Al resto se le envío un «informe de personalidad», una excusa sólida para justificar la prueba. No fue hasta muchos años después cuando me enteré de que, de los tres finalistas, yo era el único candidato en el que la Agencia tenía depositada alguna esperanza. Por aquel entonces, yo tenía veintiocho años y hacía menos de uno que había perdido a Josh.

Josh

El día de la desaparición de Josh, desperté con uno de sus pequeños pies haciendo presión contra mi mejilla. Todas las noches se dormía en su cama, pero amanecía en la nuestra, en una posición solo al alcance de algún faquir experimentado. Aquella mañana de invierno, mientras intentaba mover el cuerpo dormido de mi hijo a algún lugar de la cama menos molesto, pensé que con toda seguridad me encontraba viviendo el mejor momento de mi vida. Josh acababa de cumplir cinco años. Era un chaval despierto, alegre, lleno de curiosidad, y con esa mirada de sorpresa perpetua con la que descubría un mundo que le deparaba algo nuevo cada día. Maggie había salido temprano para rematar las compras de última hora, y yo me quedé en casa con Josh. Jugamos durante un buen rato con sus muñecos (él se inventó una historia sobre un mago y un lobo violeta que no entendí muy bien), desayunamos y salimos a dar una vuelta.

En Cosmos las calles estaban atestadas de gente con paquetes, apresurada y feliz. De pronto, empezó a nevar. Josh nunca había visto la nieve. Y yo, solo cuando me enviaban a alguna misión, a algún lugar remoto en el que realmente solo tenía tiempo para trabajar. Aquella nevada fue algo mágico. Las bolas de nieve empezaron a silbar por todas partes. La risa cantarina de Josh me contagiaba; no solo a mí, cualquiera que la escuchaba esbozaba una sonrisa. Cuando se cansó de la batalla, decidimos dar un paseo, visitar algunas tiendas de juguetes, y entonces ocurrió. En el centro de la ciudad, la marea de gente era cada vez más densa. Josh se soltó de mi mano y se detuvo frente a un escaparate. Durante los años venideros pasaría cientos de veces por allí y me pararía en ese mismo lugar intentado averiguar qué habría llamado su atención. «Vamos, Josh, mamá ya está en casa». Las luces violetas y amarillas del escaparate se reflejaban cambiantes en su rostro. El profesor Hanks me saludó desde la acera de enfrente.

—¡Feliz Navidad! —dijo el hombre, que vivía también su propio calvario intentando controlar a sus dos hijos pequeños.

Le devolví el saludo y me giré hacia el escaparate. No habían pasado ni diez segundos, pero Josh ya no estaba. Entré en la tienda. Nada. «¡Josh!». Tropezaba con la riada de gente que me miraba con extrañeza mientras gritaba su nombre. El pánico hizo que mi estómago se cerrase de golpe. Como si alguien me hubiese propinado una patada. «¡Josh!». Desesperación. «¡¿Ha visto a un niño?!».

Nadie volvió a ver nunca más a mi hijo. Maggie no pudo soportarlo. Se fue y yo me quedé solo.

Así es la vida.

Tres meses después de las pruebas, recibí un sobre negro con un sello violeta. En su interior solo figuraba una dirección (el corazón me dio un vuelco al leerla) y una frase escrita en la parte de atrás: «Venga caminando». Me pareció una indicación estúpida, pero la seguí a pies juntillas. Conocía bien el lugar. Era la pequeña juguetería en la calle Grimm en la que desapareció Josh. Visitaba la zona casi a diario, pero nunca había vuelto a estar tan cerca. Al aproximarme al lugar, sentí un mareo y un pitido en los oídos lacerándome los tímpanos. Me sentía como cuando uno sufre un cambio de presión brusco en un avión. Cerré los ojos para intentar centrarme; al abrirlos, todo a mi alrededor había cambiado. Era la misma calle, pero los coches flotaban en al aire; una infinidad de pantallas delgadas, casi transparentes, sustituían a los escaparates. El cielo tenía una tonalidad ocre, como si estuviera oxidado. Aquello era el futuro.

Volví a cerrar los ojos pensando que sería una alucinación, pero, al abrirlos de nuevo, la ciudad había vuelto a cambiar. Ahora no era más que una calle tranquila de mediados de los años cincuenta, los chicos tonteaban con las chicas, Chuck Berry sonaba a lo lejos, supuse que en una *jukebox*; en la puerta de la juguetería había un gran letrero de colores que anunciaba su próxima apertura. Un chico hizo sonar el timbre de su bicicleta y pasó a toda velocidad, rozándome. Casi me atropella. Otra vez el mareo. Sentí de nuevo el cambio de presión y el mareo.

Estaba de nuevo en 1985.

Entré en la juguetería. La empleada se extrañó al verme. Supuse que habría oído la historia de la desaparición de Josh.

—Señor, Baines…, me…, me alegro de verle —dijo sin poder disimular su perplejidad.

Miré alrededor, buscando algo inusual, pero no veía nada extraño, aunque sí lo sentía. Un hormigueo en las extremidades, amainando, desapareciendo a la par que el pitido en mis oídos. Sonreí a la muchacha y abandoné el local. Supongo que pensó que estaba loco, trastornado por la desaparición de mi hijo. ¿Y quién no lo estaría? Nada más poner un pie en la calle, dos agentes de paisano me flanquearon y me metieron en un coche.

«Enhorabuena. Ha cuadriplicado usted su sueldo».

Eso fue lo único que dijeron.

En las oficinas de la Agencia me explicaron qué había sucedido. Hay casi mil (957, para ser exactos) agujeros de gusano (algunos los llaman «portales» para simplificar) que rompen el tejido del tiempo y permiten que personas como yo, con una sensibilidad especial, puedan viajar entre dos periodos concretos. En 1985 se descubrió la primera anomalía y, una vez que se supo cómo buscarlas, empezaron a florecer como hongos debajo de una escalera húmeda. Los portales eran invisibles e inocuos para todo el mundo, pero había un pequeño porcentaje de individuos que podíamos desplazarnos a través de ellos. Solo había que aprender a manejarlos: una disciplinada mezcla de autocontrol, sensibilidad y mucho entrenamiento. Teníamos que aprender a dispararlos cuando queríamos.

***

Zero, mi jefe, es un hombre excepcional, en realidad el único amigo de verdad que tengo; cariñoso, ejemplar y comprensivo. Me hace una seña para que le acompañe a su despacho. Cierro la puerta y el murmullo de la fiesta se apaga por completo. Me ofrece un puro, pero lo rechazo; él, sin embargo, lo enciende y rocía la estancia con el olor dulce y terroso del cigarro.

—Noah, tengo algo para ti —dice tendiéndome un pequeño

paquete rectangular.

—No tenías que hacerlo, pero gracias —respondo—. No sé si podré soportar otro reloj.

Rasgo el papel y, al comprobar su contenido, enmudezco. Miró con extrañeza a Zero. Él no debería hacer algo así. Va contra todo lo que hemos levantado juntos durante estos años.

—¿Qué es esto?

—Es un forzador.

—Era una pregunta retórica. Ya lo veo. Creía que estaban prohibidos después de lo de Dallas en el 63.

Un forzador es un botón de emergencia que te lleva a una época preprogramada, pero solo durante un minuto; después regresas al punto inicial. Normalmente conectan con la central, en el presente. Se solían utilizar para pedir ayuda en situaciones límite.

—No es un forzador al uso —matiza—. Le he hecho un par de ajustes. Ahora permite interactuar con el pasado. Incluso podrías traerte algo. —Hizo una pausa—. O a alguien.

—Eso es imposible, además de ilegal.

—Viajar en el tiempo era imposible hace nada. Seguimos investigando, Alpha, y créeme cuando te digo que no te cuento todos los avances. Las reglas son las reglas.

—No sé si te has dado cuenta, Zero, pero es el día de mi retiro, no quiero líos con la Agencia.

—Esa es otra cosa que tenemos en común —bromea mientras expulsa una gran bocanada de humo y remueve los hielos de su *whisky* describiendo pequeños círculos con el vaso—. Tú solo prométeme que no se lo dirás a nadie, ¿de acuerdo?

Silencio.

—Me salvaste la vida, Alpha —dice Zero sin levantar la vista de su copa—. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Es nuestro trabajo. Tú hubieses hecho lo mismo.

—Y eso es exactamente lo que estoy haciendo, amigo. Solo te estoy regalando un minuto. Nada más. No es para tanto. No hagas una

montaña de un grano de arena. Ahora si me disculpas, Alpha, tengo mucho lío con un montón de cosas de las que no puedo hablar, ya sabes. Las reglas son las reglas.

No hablamos más. Salgo del despacho y conduzco hasta casa. Oigo como el forzador rueda dentro de la caja apoyada en el asiento del copiloto. Ya en casa, jugueteo con el forzador entre los dedos. Es como una canica. Solo hay que presionarla y un portal a otro tiempo se abrirá bajo mis pies. Pongo un viejo disco de vinilo de Duke Ellington en el tocadiscos. Cuando termina la primera cara, aprieto la esfera. Hay un destello blanco y un cambio de presión familiar. Con la práctica ya no duele. Me encuentro en la calle Grimm. Escucho una voz que me pone la piel de gallina. Es Josh. Camina al lado de mi versión de 1985. Se para delante de un escaparate. Mi yo del 85 saluda al profesor Hanks. Desde mi posición, veo a un hombre con sombrero acercándose a mi hijo por detrás. Sé que es él. Solo me quedan unos segundos.

Esta vez no te lo llevarás.

III

EL LADRÓN DE VOCES

EL LADRÓN DE VOCES

Nick

Nick Harris estuvo muy cerca de ser una estrella del rock.

A los veinte años su vida giraba en torno a su banda: quería tocar por todo el país, acostarse con chicas de ojos color miel y todo eso, pero, aunque la fama siempre le estuvo rondado —Nick era uno de esos tipos que lo tenía todo a su favor—, nunca le llegó su gran oportunidad.

Ahora, a sus treinta y cinco recién cumplidos, lo que perduraba de aquellos sueños era un amor incombustible por la música, sus canciones y sus conciertos. No era poco. Sus compañeros de grupo habían colgado la guitarra, enterrado las baquetas y desterrado los teclados al rincón más oscuro de sus desvanes. Quizás algún día sus hijos reiniciarían el ciclo, pero de momento aquellos instrumentos curtidos en mil y una batallas eran trastos olvidados de una época lejana, rescoldos de un sueño incumplido.

Pero él seguía en la brecha.

Nick era un tipo alto y desgarbado, dueño de un ensortijado pelo cobrizo y una sonrisa limpia. Solía tocar en pequeños clubs con aforos de entre cien y doscientas personas, y hacía años que llevaba una vida de nómada; viajaba por todo el estado de ciudad en ciudad, de bolo en bolo. El esfuerzo había dado su fruto y las cosas le iban cada vez mejor. En una buena semana podía hacer unos cuatrocientos o quinientos dólares con su música, y esa cantidad podía multiplicarse por tres durante el verano.

Más que suficiente. A Nick le gustaba su vida.

Su último concierto comenzó con la rutina de siempre: condujo su vieja furgoneta Fiat hasta el Black Devil, la meca de la música en vivo de Cosmos. Allí Nick ostentaba la categoría de músico residente, es decir, tenía fechas reservadas todos los meses; concretamente, el primer y el tercer viernes del mes. La primera de las dos citas era la más cotizada por los músicos locales. El motivo era fácil de entender: a principios de mes los clientes disfrutaban de unas cuentas saneadas y un buen puñado de billetes para gastar. Más dinero, más consumiciones. Una combinación que solía terminar con un plus sobre el caché inicial.

Descargó su equipo —a veces le pagaba diez dólares a la pandilla de mocosos de Bryce, Thomas y Lucy para que lo hicieran por él— y montó en el escenario el revoltijo de cables, pedales y cajas. Después se consagró con paciencia a la prueba de sonido —no solía llevarle más de media hora— y cenó la acostumbrada basura comestible en el garito más cercano. Para él, eso era algo muy parecido a la felicidad. ¿Qué más podía pedir?

Aunque Nick estaba a años luz de ser una celebridad, había logrado crear una buena base de seguidores en sus redes sociales, que alimentaba con vídeos acústicos de sus temas, su formato preferido. Sus canciones gustaban, enganchaban a la gente, pero era en directo cuando conectaban de una manera especial con el público. Para Nick las canciones eran lo más importante. Sin ellas no había nada. Podía pasarse horas encerrado, trabajando en ellas. Componer era su terapia, su trabajo y su pasión. Sus letras hablaban de secretos, de sentimientos muy profundos que le ayudaban a catalizar sus comeduras de cabeza, pero Nick se había dado cuenta de que, en algún punto del proceso, sus historias se volvían universales. Nunca dejaba de sorprenderle que después de un concierto algunos de sus seguidores le confesasen que tal o cual canción parecía escrita para ellos.

Ver a Nick en directo solo podía definirse como un espectáculo casi

acrobático. En el mundillo, a los músicos como él se los conocía como *loopers*, artistas capaces de crear una banda entera utilizando un par de pedaleras, un micro y mucho talento. En cada concierto su pequeño ejército de *fans* crecía un poco más. Pero si había algo que dejaba al público boquiabierto era su voz: versátil y cálida; redonda y consistente en los graves, afilada como una navaja en los agudos. Nick, consciente de la suerte que tenía de poseer ese instrumento, dedicó gran parte de su vida a cultivarlo. Poco antes de la adolescencia pensó que podría ganarse la vida con ella y empezó a considerarla su instrumento de trabajo. Un carnicero tenía un cuchillo y un jugador de baloncesto un balón. Él tenía su voz y debía cuidarla. Aunque se había pasado media vida en antros de rock y clubs de música en directo, jamás se había drogado, no fumaba ni bebía. Un bicho raro en un mundo de excesos contagiosos.

Aquel concierto en Cosmos fue uno de los mejores de su vida. Tenía previsto tocar una hora y media, pero por aclamación popular el bolo se alargó hasta casi tres horas. Al terminar, después de los aplausos, de los piropos a su voz y de todo el ritual posconcierto, la gente empezó a abandonar el local. Pronto se quedó solo con uno de los camareros, que le echó una mano para recoger el equipo. Con su ayuda, Nick cargó la furgoneta y cobró la actuación. Había sido una buena noche. El sobre pesaba más o menos cuatrocientos cincuenta dólares.

—¡Buen concierto, Harris! Un diez como siempre —le dijo el encargado cuando le tendió el dinero—. Te he metido una pequeña propina. ¡La barra funcionó como un tiro, amigo!

Nick dio las gracias y salió del local con el único anhelo de llegar pronto a casa. Necesitaba meterse en la cama y dormir al menos nueve horas del tirón. Era parte de su protocolo para cuidarse la voz. Habían sido días intensos y, si algo sabía por experiencia, es que la voz se recupera durmiendo.

No había nadie en la calle. Parecía que el bolo hubiese sido hacía mil años, pero todavía notaba el chute de adrenalina del directo

cosquilleando en su pecho y un pequeño pitido dentro del oído, un hilo de sonido. Se desvanecería en un rato. Una ráfaga de viento caliente se levantó de la nada y se coló en su chaquetón. Estaba a punto de subir a la furgoneta cuando una voz rasgada le sorprendió a su espalda.

—Gran concierto, amigo —dijo el hombre.

—Eh, gracias, muchas gracias —respondió Nick.

El dueño de la voz de motor de coche ahogado llevaba unas gafas de sol con cristales morados, una gorra de KISS calada hasta las cejas y un abrigo de piel púrpura con cuello de lana blanca subido hasta las orejas. Una indumentaria extravagante que resaltaba como un borrón violeta en un folio en blanco.

—He comprado uno de tus cedés. ¿Podrías firmármelo? No sabía que la gente seguía fabricándolos —dijo observando el objeto con curiosidad.

—En realidad, nadie los escucha, pero se firma muy bien sobre ellos —bromeó Nick—. Más que como un disco hay que verlo como un *souvenir*—. Debo tener un bolígrafo por aquí, deme un segundo.

Las dedicatorias se le daban fatal. Nunca sabía qué demonios escribirle a un desconocido. La presión por escribir algo brillante e irrepetible era demasiado, y jamás brotaba nada decente. Desde luego, aquello era mucho más difícil que escribir una canción. Mucho más.

—¿Cómo se llama? —preguntó Nick mientras rebuscaba en la guantera entre las multas sin pagar y los cedés sin abrir. Se giró hacia el hombre—. Espere un segundo, no encuentro…

El hombre se quitó las gafas de sol color sangre y Nick se quedó con la boca abierta. Su mandíbula se abrió como si un hilo invisible estuviera tirando de ella hacia abajo.

—¿Es usted…?

Nick no fue capaz de acabar la frase.

—Soy —zanjó el hombre con una sonrisa afilada.

—¡Joder! ¡No me lo puedo creer! ¡Crecí con sus canciones! ¡Canto gracias a usted! —dijo Nick sin poder disimular su asombro. En

realidad, una parte de él se avergonzaba de su comportamiento. Parecía un niño pequeño delante de Santa Claus, pero no podía evitarlo—. ¿De verdad ha estado en mi concierto?

—Trátame de tú, por favor. Que me trates de usted me hace sentir más viejo de lo que en realidad soy —dijo el hombre—. Me han encantado tus canciones. —El hombre lo miró con curiosidad—. Tienes mucho talento —concluyó con su voz de lija—. Y una voz única.

Nick no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Aquel momento era un sueño hecho realidad.

—¿Una voz única? ¡Es increíble!

—¿Me lo firmas o no? —preguntó impaciente el hombre, manteniendo una sonrisa tirante en su rostro. Nick podía ver sus dientes perfectos, resplandecientes como estrellas.

—¡Claro, claro!

El bolígrafo seguía sin aparecer y el hombre le tendió una pluma dorada. Nick calculó que debía valer lo que él ganaba en un buen verano. Al cogerla sintió un pinchazo en el dedo, agitó la mano y una gota de sangre cayó sobre el disco.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre.

—Sí, no ha sido nada. Solo un pinchazo. Te he puesto perdida la portada —dijo mientras acababa de firmar—. Espero que te guste. El segundo corte es el mejor.

—Pues deberías haberlo puesto de primero —dijo la voz grumosa, al tiempo que le solaba un guiño.

Una vez que Nick hubo estampado la firma en el disco, el hombre se giró sin decir nada y subió a la limusina blanca que le esperaba con el motor en marcha. Su rugido se desvaneció en el silencio de la ciudad.

—¡Mañana iré a tu concierto! —gritó Nick al puntito en el que se había convertido el coche en el horizonte, pero era imposible que el hombre le escuchase—. Rufus Tyler —murmuró—. ¡No me creo que acabe de firmarle uno de mis discos al puto Rufus Tyler!

Al llegar a casa, Nick cogió su guitarra acústica y se pasó toda la noche cantando las viejas canciones de su ídolo.

Fue la última vez que cantó algo en su vida.

Una semana después Nick se suicidó arrojándose al vacío desde un sexto piso.

Rufus

¿Quién no ha cantado nunca alguna canción de Rufus Tyler?

La gente como Rufus nace llena de defectos, como cualquiera de nosotros, pero Dios les toca con su dedo omnipotente y les regala una garganta prodigiosa. Bueno, en realidad, no hay gente como Rufus. Punto final.

Rufus Tyler, nacido Robert Pavel, montó su primera banda a los catorce años. El grupo en cuestión se llamaba For June, y no era más que el típico grupo de versiones de instituto; peores que pegarle una paliza a un perro callejero. Solo un detalle los diferenciaba de los miles de novatos que se juntaban cada día en los locales de ensayo con el sueño de comerse el mundo. Ese detalle era Rufus. La voz de Rufus, para ser exactos. Cuando cantaba, el público parecía entrar en trance. Su garganta era de otro mundo, una voz de oro que le catapultó hacia su primer contrato discográfico con solo diecisiete años. La compañía, *Pacific Records*, despidió (cómo no) al resto del grupo, le cambió el apellido, «Pavel suena demasiado étnico, chico», y le hizo grabar un par de discos al estilo *crooner* con los clásicos de rock de ahora y siempre. Rufus, por aquel entonces un chaval apocado y bastante tranquilo, los grabó sin rechistar. Los mejores músicos de estudio, los mejores productores. ¡Ni siquiera sabía qué hacía un productor! Los álbumes se convirtieron en un gran éxito de la noche a la mañana. No hay nada que una buena inversión no pueda conseguir si sabes qué teclas tocar.

Las cosas iban bien, pero en el negocio del rock nada «suele ir bien» durante mucho tiempo. Todo empezó a torcerse durante la gira:

primeras borracheras, coqueteos con las drogas, dinero por castigo… El *pack* de clichés de niño prodigio lo atropelló en menos de un verano. Cuando llegó septiembre, el crío tímido y dócil había dejado paso a un artista consentido con inquietudes más allá de hacer versiones de versiones de Frank Sinatra. La bomba estalló el día en que Rufus cantaba en el estudio de grabación una versión *bossa* de «Love me tender». No había terminado la segunda estrofa cuando el cantante estampó con rabia un micrófono de doce mil dólares contra la pared. «¡Esto es una puta mierda!», gritó. Rufus salió del edificio irradiando furia, recorrió en su Lamborghini los cinco quilómetros que separaban el estudio de grabación de *Pacific Records* y amenazó —al menos eso cuenta la leyenda— nada menos que a Joey Capello, el presidente de la compañía, poniéndole un cuchillo en la garganta. Amenazar a Capello era de por sí un síntoma de que algo no te funcionaba bien en la mollera. Capello era peligroso. Italiano con poder. Hay que ser imbécil para no sumar dos y dos. Lo cierto es que nadie sabe qué ocurrió en realidad en ese despacho, pero el caso es que el ejecutivo le firmó la carta de libertad. Tres meses después, Rufus volvía al ruedo con sus propios temas, una nueva banda y una actitud más agresiva. Cuentan algunos periodistas musicales de la época que hasta los reyes del rock por aquel entonces, The Blue Bullets, se echaron a temblar ante el nuevo yo de Rufus y, aunque no vivieron para verlo, no les faltaba razón. Nada podía pararle. El éxito y la fama de Rufus se multiplicaron por diez en apenas una década, en la cual publicó ocho discos. Seis de ellos alcanzaron el número uno. Las giras eran mastodónticas y extenuantes. Solo en 1992 ofreció ciento setenta conciertos; en 1993 la cifra subió a doscientos. «Quiero tocar en cada maldita ciudad del planeta. En el desierto si hace falta. Y llenarlo. Dos veces», declaraba en sus entrevistas con una buena dosis de chulería enmarcada por su sonrisa de vencedor. Sin duda iba camino de conseguirlo.

Los problemas vocales de Rufus comenzaron en la gira del año 1997. Fue durante un concierto en el Madison. En la tercera canción

la voz de Rufus se quebró, como si alguien hubiese serrado de golpe sus cuerdas vocales. Solo fue durante un estribillo. La gente lo coreó a gritos sin reparar en nada raro. Rufus arrugó una mueca de sorpresa durante un segundo, pero siguió adelante como si nada. El problema se fue repitiendo y agravando a medida que la gira avanzaba.

El 31 de octubre de 1997 Rufus Tyler se quedó sin voz y canceló la gira.

***

La Gaceta de Cosmos

31 de octubre de 2022

Muere a los 34 años el músico local Nick* Looper *Harris

Nick Looper *Harris (Cosmos, 1988), conocido músico local, ha muerto la pasada noche al precipitarse por una de las ventanas de la Residencia St. James, en la que estaba ingresado por la pérdida de su voz desde hacía casi una semana. Harris era un artista muy conocido en la ciudad, con una gran repercusión en redes sociales, y su peso en el circuito musical local era cada vez mayor. Según fuentes cercanas al St. James, Harris ingresó voluntariamente, sumido en una fuerte depresión por la pérdida repentina de su voz. La familia no ha querido hacer declaraciones al respecto.*

Los amigos y familiares de Harris ruegan una oración por su alma.

Oliver

Oliver. Un buscador de joyas musicales que se montó un pequeño estudio casero desde donde grabar su pódcast *Tesoros sónicos*. En él recomendaba, descubría y recordaba canciones que devoraban a diario sus casi dos millones de seguidores. El público recurría a él para filtrar la selva enmarañada de canciones en la que se habían convertido las plataformas de *streaming*. Desde su habitación, y sin pretenderlo, Oli se convirtió en un auténtico *influencer*, en uno de los responsables de que los grupos de moda estuvieran de moda. En otra época eran los *DJ*

´s de las emisoras los que llevaban la batuta. Si ellos se enamoraban de un tema y lo pinchaban, la canción acababa siendo un éxito. En el siglo XXI ese poder recaía en gente como Oliver.

Se enteró de la noticia muy temprano por la mañana, antes de desayunar. A la hora de la cena Oliver seguía sin poder reaccionar. Hacía apenas una semana Oliver le había pedido entradas para el concierto de Rufus Tyler en Cosmos. El gran evento musical del año. Aún no las había conseguido, pero le prometió que lo haría. No podía creer que Nick *Looper* Harris se hubiese suicidado. Aquello no tenía sentido. No es que se llamasen todos los días ni mucho menos, pero tenían una conexión más allá de lo profesional. Se caían bien. Oliver lo había entrevistado en un par de ocasiones, habían cenado después de las entrevistas y charlado durante horas. Se seguían mutuamente en redes y hablaban a menudo. Pensándolo bien, si *Looper* no había sido su amigo, había estado muy cerca de serlo. *Looper* Harris. Un músico fantástico que no consumía drogas; sano y equilibrado, un tipo que disfrutaba entreteniendo a los demás con sus canciones. El artículo del periódico contaba que se había lanzado desde el sexto piso del St. James. «Sumido en un fuerte proceso de depresión», rezaba el texto. Nada más. Raro. ¿*Looper* deprimido? Nunca había conocido a nadie tan optimista y centrado como Harris. Era una especie rara en el mundo de locos ególatras que es la música. Oliver no podía sacarse a *Looper* de la cabeza. Tuvo la idea de dedicarle un capítulo de *Tesoros* a título póstumo, o quizás podría reunir a algunos de los mejores *loopers* del estado y montar algo chulo. Entre todos podrían rendirle a Nick el homenaje que se merecía.

Aunque conocía a fondo la carrera de Nick, Oliver decidió estudiarla con más detenimiento. Se pasó la noche entera escuchando sus discos. Eran brillantes. No es que lo estuviese descubriendo ahora. Que Nick era un genio ya lo sabía. Sin duda, uno de sus artistas preferidos, pero, ya se sabe, la muerte hace que uno se fije más en el talento que nunca volverá. Oliver tenía la sensación de que *Looper* había dejado muchas canciones huérfanas. Canciones que jamás

compondría y que nadie escucharía jamás. Aquello le entristeció. El proyecto comenzó a crecer. Se puso en contacto con la familia de Harris, que le abrió las puertas de su pequeño estudio en el sótano de su casa: un bajo espacioso en uno de los barrios periféricos de clase media de la ciudad, el patio de recreo en el que *Looper* ensayaba, componía y soñaba. Su refugio de creatividad. La madre de Nick Harris le recibió con unas ojeras hasta las mejillas y una mirada vidriosa enmarcada por unas arrugas profundas como cortes. A Oliver le pareció que la mujer estaba al borde del colapso.

—Podía pasarse días enteros aquí. Era feliz haciendo su música —dijo ella mientras se sentaba con esfuerzo en un pequeño sofá—. A veces, por no bajar las escaleras, le llamaba por teléfono —recordó la anciana—. Nicky no sabía si era de día o de noche. Era un desastre para los horarios, pero solo cuando estaba haciendo su música. El resto del tiempo era muy formal. Él decía que estaba «incubando canciones». —La mujer esbozó un amago de sonrisa al recordar la expresión.

—¿Qué le pasó, señora Harris? No me creo nada de lo que cuentan los periódicos.

—No lo sé, hijo. Nosotros no supimos nada hasta que nos enteramos por la televisión. Llevábamos una semana sin verlo, pero tampoco es que fuera nada raro en época de conciertos —dijo la mujer con la mirada planeando por la habitación en busca de respuestas—. Nos mandaba mensajes todos los días, eso sí. Decía que estaba bien. Ahora sé que solo lo hacía para que no nos preocupásemos. —La anciana calló—. Nos enteramos —hizo una pausa— de lo que ocurrió por la televisión.

Oliver se imaginó cómo sería estar cenando y ver la foto de tu único hijo en las noticias de las nueve con las palabras «músico local muerto» parpadeando en rojo en la pantalla.

—Lo siento, señora Harris.

—¿Conocía usted mucho a Nicky?

—Tráteme de tú, por favor —le pidió Oliver—. Le entrevistaba de

vez en cuando y cenamos en un par de ocasiones. Tenía mucho talento y esa mirada curiosa. —La señora Harris sonrío de nuevo—. Créame, señora. Nick era un buen chico, se cuidaba mucho, nada de drogas y esas cosas.

Oliver no sabía por qué le decía eso, supuso que solo quería ayudar a esa anciana de mirada desangrada a descansar tranquila y sin dudas sobre su hijo recién muerto. Un silencio casi sólido invadió la habitación.

—Ojalá hubiera más música de Nick —dijo Oliver observando el pequeño estudio.

La anciana le miró con gesto serio, sin decir nada. Le examinaba. Tras unos segundos, rompió el silencio.

—Nicky comenzó de muy niño a tocar la guitarra y a trastear con esos aparatos del suelo —dijo la mujer señalando los coloridos pedales de efectos unidos por cables enroscados como serpientes—. En el caso hipotético de que hubiese más música de Nick, ¿qué haría usted…? ¿Qué harías con ella, Oliver?

—Si el material fuese bueno, lo publicaría sin dudarlo. Hay mucha gente que seguía a su hijo, cada vez más. El dinero lo donaría a alguna asociación para la prevención del suicidio.

La señora Harris se quedó de nuevo unos segundos mirándolo y le tendió su mano arrugada. «Examen aprobado», pensó Oliver.

—Ayuda a esta vieja a levantarse, anda.

Oliver le tendió la mano y la anciana fue directa a un enorme armario empotrado que acaparaba por completo la pared derecha de la habitación. Era uno de esos con puerta correndiza. La mujer removió ropa, revistas y libros hasta encontrar lo que buscaba.

—Aquí tienes —dijo la anciana señalándole varias cajas con discos duros, cintas de casete y cedés.

—¿Qué es esto? —preguntó Oliver, extrañado por la inédita ensalada de tecnología que tenía delante.

—La música de mi Nicky. Tenía cientos de canciones acumuladas desde que era un chaval —dijo la mujer—. Eso le llenaba. Tocar y

componer. Seguro que hay cosas muy bonitas. Mi hijo solo quería llegar a cuanta más gente mejor. Eso le hacía feliz y, si puedes conseguir que estas canciones las escuche más gente, pues que así sea. Solo hay una condición. La caja no puede salir de esta habitación. ¿Tenemos un trato?

Oliver asintió.

—Puedes quedarte aquí, escuchando, el tiempo que quieras. Te daré una llave si es necesario. Pareces un buen chico —sentenció la anciana acariciándole con suavidad la mejilla.

Oliver no sabía qué decir. ¿Cuánto material tendría *Looper* en esos discos? Quizás solo fueran las sesiones en bruto de sus discos, maquetas caseras o ideas sin acabar, pero desde luego tenía curiosidad por descubrirlo.

—¿Cuándo quieres empezar, Oliver?

—Ahora mismo —dijo descolgándose la mochila del hombro y sacando su portátil.

—Lo suponía —dijo la mujer—. Te bajaré algo de comer.

Curiosidad

Oliver se pasó cinco días enteros y al menos dos noches en vela en el estudio de *Looper* Harris. Con cada descubrimiento, su admiración por el artista no paraba de crecer. Sabía que era un genio, pero desde luego no uno tan prolífico. Empezó por las cintas. Las canciones registradas en ese formato, las más antiguas, no eran muy buenas; atrevidas, pero poco más. De todas formas, eran más que notables para un imberbe de doce años. Poco a poco los temas fueron mejorando. *Looper* lo tenía todo clasificado por meses y años. Su producción era asombrosa y extensa. El salto cualitativo se produjo en el año 2003, cuando Nick Harris descubrió el pedal de *loop* y se convirtió en una especie de hombre orquesta del futuro. Su música comenzó a complicarse durante el proceso de aprendizaje, pero a partir del año 2010 las composiciones fueron refinándose, al igual que

su voz.

Tras la inmersión en el legado de Nick, Oliver llegó a la conclusión de que lo mejor de *Looper* estaba todavía sin publicar.

Su flujo de trabajo no era el de una persona deprimida ni por asomo, eso desde luego. *Looper* tenía un método para componer y lo hacía todos los días. Tras dos meses visitando el estudio, Oliver llegó al final del material. La última canción estaba fechada seis días antes de su muerte. Nunca logró acabarla.

En la grabación su voz sonaba distinta. Afónica y desgarrada. Aquello era raro en *Looper*, conocido entre el resto de los músicos por tener una voz blindada a prueba de catarros, exceso de bolos y cansancio.

Una vez terminada la fase de investigación, Oliver debía comenzar la de selección, y eso le iba a llevar mucho tiempo. Desde luego, el pequeño programa homenaje que había planeado al principio se le había quedado pequeño.

Oliver decidió clasificar el material por épocas. Había cientos de canciones, algunas eran casi ejercicios, melodías compuestas a la caída con letras extrañas, poco más que experimentos musicales, pero otras eran auténticos himnos perdidos en el fondo de esos discos duros. Le recorrió un escalofrío al pensar que podían haberse extraviado para siempre.

Además de las canciones, Nick había dejado carpetas con letras y poemas manuscritos. A Oliver le llamó la atención el título de una de ellas, escrita un día antes de morir: «La maldición de Rufus». Hizo doble clic en el documento.

Aquello no era una letra.

Nick había dejado escrito un diario de su última semana, aunque más que un diario parecía que *Looper* se hubiese puesto en modo escritura automática, una técnica muy utilizada por los compositores.

Oliver comenzó a leer.

***

Ha sido él. Rufus Tyler. No sé cómo, pero lo sé. Me hizo algo la otra

noche. Algo oscuro. Siniestro. No paro de darle vueltas. Sé que fue él. Me he despertado con un hilo de voz. No puedo cantar. Jamás me había pasado algo parecido. No me duele la garganta ni estoy congestionado, simplemente no puedo cantar. Cada vez que lo intento siento una mano de espinas apretándome el pecho. Siento un vacío en la garganta…, una nada. No puedo explicarlo de otra manera.

***

Anoche me quedé sin voz. Ya ni siquiera puedo hablar. Esta mañana he visitado a un foniatra. Dice que todo está bien, que no hay nada mal en mi cuerpo. «Afonía de origen desconocido», pone en el informe. No encuentra explicación. El doctor dice que debo descansar la voz. ¡No tengo voz! Dice que… dice que quizás sea algo mental. Una especie de bloqueo. He cancelado los bolos de la semana que viene. ¿Y si la voz no vuelve? ¿Qué haré entonces? Cada vez que intentó hablar, de mi tráquea brota un soplido afónico que recuerda al de un fumador moribundo. Tengo pesadillas. En ellas un ser oscuro y grande me arranca la garganta de cuajo. Son tan reales. He empezado a tomar tranquilizantes, pero me dejan todo el día tirado en el sofá, viendo programas de televisión absurdos. Necesito ayuda.

***

He ingresado en el St. James. No quiero preocupar a mis padres. Les he dicho que me han salido bolos importantes. Me comunico con ellos vía mensajes. Aquí me dan calmantes, pero la voz no va a volver. No sé por qué, pero lo sé. Empiezo a delirar. Oigo y veo cosas. Reptan dentro de mí. Me roban la voz. ¡Rufus tiene mi voz!

Looper había perdido la cabeza. Esa era la prueba. Oliver sintió una profunda lástima por él. Rufus Tyler siempre había sido una gran influencia para Nick, sí. Pero aquello tenía todos los síntomas de una obsesión o algo peor. «Empecé a cantar gracias a Rufus», recordó que le había comentado en una entrevista. Le costaba comprender cómo la mente de Nick podía haberse deteriorado a tanta velocidad.

Pobre Nick.

El Camaleón

Tras perder la voz en la gira del 97, la vida de Rufus paso del ascenso meteórico a la caída libre en cuestión de semanas. Visitó a los mejores foniatras y otorrinos del mundo, pero no había mucho que pudiesen hacer por él. Su voz se había agotado, pulida por el esfuerzo de cientos de conciertos, de noches de gloria forzando su instrumento al límite. No se podía arreglar porque no había nada que arreglar. Imagina una mosca aplastada. Pues eso. Rufus lo daba todo en cada concierto, se vaciaba en el escenario para su público y, si en alguna ocasión su voz se resentía, no dudaba en pegarse un buen chute de corticoides para salir al escenario; eso, para entendernos, es el equivalente a abrirle con una cuchilla el ojo hinchado a un boxeador: alivia durante un rato, pero si los golpes siguen cayendo… Rufus estuvo así durante años, hasta que una noche su voz *dijo* basta. Todos los especialistas coincidieron en que los daños eran irreversibles y permanentes. Rufus no volvería a cantar. «Será un milagro si llega a fin de año pudiendo hablar», le llegó a confesar una eminencia a su representante. La noticia se hizo pública el 31 de octubre de 1998, justo un año después de enmudecer sobre el escenario. Por segunda vez en su vida, Rufus desapareció de la faz de la Tierra sin dejar rastro.

Pasaron los años y las décadas. Los vinilos murieron y resucitaron, los cedés pasaron a ser una especie en peligro de extinción, las redes sociales surgieron y cambiaron las reglas del juego de la industria musical. Los grupos ya no tenían que gastar millonadas en grabar un disco, ahora cualquier mocoso con acné podía marcar tendencia con un portátil desde el cuarto de baño de sus padres.

Rufus Tyler era solo un artículo amarillento en revistas olvidadas de viejos roqueros reconvertidos en cabezas de familia obesos y nostálgicos. Había sido una leyenda, sí, pero las leyendas también terminan por olvidarse.

Y un buen día Rufus reapareció. Regresó de la nada.

Al principio, los grandes dinosaurios de la industria no daban crédito. Unos pensaban que llevaba años muerto, y otros hacía décadas que no habían pronunciado su nombre. ¿Rufus Tyler vivo? ¿No se había quedado mudo o algo así? No había rumores, noticias, nada de nada. Solo la certeza de que Rufus no podría volver a cantar jamás. La fama del artista se había diluido en el tiempo como una gota de sangre en un vaso de agua, pero sus canciones seguían vigentes. Nunca habían dejado de sonar. Seguían siendo himnos que habían saltado con sigilo de generación en generación. Un patrimonio emocional real, pero de algún modo fantasmagórico.

La promotora anunció su primer concierto. Todas las grandes estrellas del planeta comenzaron a subir versiones de sus temas preferidos de Rufus. Con semejantes prescriptores, las recién creadas cuentas de Rufus registraron cientos de miles de seguidores con solo una publicación: una con el nombre de Rufus, el *tic* azul y una gran interrogante púrpura sobre fondo negro como foto de perfil. Las entradas se agotaron apenas unas horas después de ponerse a la venta.

¡Rufus vuelve!

Por fin llegó la gran noche. El nuevo disco se publicaría en Spotify en el preciso instante en el que el primer tema del concierto comenzase a sonar. Las reproducciones de su catálogo se habían multiplicado de manera exponencial desde el anuncio. El público enloqueció con los primeros acordes de guitarra. La batería atronaba como un ejército, y el bajo abrigaba con su peso profundo y redondeado al resto del grupo. Entre el humo y las luces, Rufus. La gente enmudeció durante dos segundos. Un traje de ante púrpura, un sombrero de copa del mismo color, un bastón de cristal morado y gafas de sol con cristales tintados de un rojo sangre. No parecía que hubiesen pasado treinta años. La banda sostuvo un acorde y Rufus aulló. La gente le jaleó y vibró durante las casi dos horas y media de concierto. El gran Rufus Taylor había vuelto, pero su voz era muy distinta. Había cambiado y lo volvería hacer en cada uno de sus

discos. Rufus, El Camaleón; así le bautizaron los medios en el segundo advenimiento del auténtico rey del rock.

Sospecha

Looper murió desquiciado, pensando que Rufus Tyler le había *robado* su voz. Oliver revisó el historial de búsqueda de *Looper* y descubrió cientos de páginas relacionadas con el artista. Rufus se había convertido en una obsesión. Era como si en sus últimos días de vida Nick hubiese empleado su tiempo en escuchar a Rufus una y otra vez en bucle, como un desahuciado enganchado a una droga que no puede dejar.

La señora Harris llamó a la puerta.

—Oliver, querría pedirte un favor si es posible —dijo la mujer.

—Claro, señora Harris, ¿qué necesita?

—Me han llamado de un sitio que se llama Black Devil. Es el lugar en el que… —Las palabras parecieron atragantársele a la mujer.

—Tranquila, lo conozco. Es el lugar en el que Nick actuó por última vez. —Ella asintió con la mirada agotada.

—Al parecer, Nick se olvidó algunos de esos aparatos —dijo señalando con sus dedos temblorosos los pedales—, y me preguntaba si…

—Descuide, yo los recogeré de camino a casa y mañana se los traigo.

—Gracias, Oliver, de verdad que te lo agradezco. No creo que me ponga a aprender a manejarlos —sonrisa forzada—, pero no sé, siento que deben estar aquí.

—Lo entiendo —dijo—. No se preocupe.

La mujer se retiró y Oliver permaneció un rato en silencio, intentando buscar una explicación a la locura de su amigo, pero no encontró respuesta. Empezaba a oscurecer cuando cerró el portátil. Recogió sus cosas y condujo hasta el Black Devil. En la radio sonó la voz felina de Rufus Tyler.

Subió el volumen.

***

El Black Devil era uno de esos exámenes obligatorios para todas las bandas y solistas que aspiraban a hacerse un hueco en el circuito musical de Cosmos. Harris tocaba al menos una vez al mes en la sala, y siempre cumplía con las expectativas; en realidad, los locales como el Devil empezaban a quedársele pequeños. El chico necesitaba ya una talla más. El dueño del garito era Samuel Rocas, un dominicano de ciento veinte kilos y mirada afable que oteaba el mundo desde sus gafas de Lennon. Rocas fue un buen saxofonista que no pasó de bandas locales respetadas, pero de corto alcance. Ninguna de ellas consiguió jamás la proyección que el señor Rocas soñaba. Lejos de venirse abajo o instalarse en la frustración, Samuel abrió el Black Devil para que las bandas emergentes tuvieran un sitio donde cagarla a conciencia antes de los bolos importantes. Gracias a su generosidad, su sonrisa y su buen gusto a la hora de programar conciertos, el Devil se convirtió en un local de referencia sin que Samuel lo hubiese planeado. Al final sí había podido vivir de la música —y muy bien—, aunque no de la manera anhelada en un principio.

El local, pequeño y recogido, destilaba personalidad, y nada más entrar uno se sentía como en casa. Suelo de madera, luces tenues y cálidas, sofás de piel marrón, y ese olor a pub que conserva en el aire los ecos y secretos de la noche anterior.

—¡Oliver! ¡Qué alegría, *bro*! —dijo Samuel abriendo sus enormes brazos de oso—. No me digas nada. —El hombre cerró los ojos y puso las enormes yemas de sus dedos sobre el cráneo de Oliver—. Estoy muy metido en temas de energías y telepatía. Creo en ellas, hermano. —Oliver hizo el amago de hablar, pero Sam le cortó—: Shhhh. Ya sé a qué vienes. Es por el concierto de esta noche. ¿*Right* o no?

—Samuel, tienes un local de conciertos. Lo normal es que la gente venga a eso. No tires el dinero en esas mierdas de Internet.

—No es en Internet, señor Sabelotodo. Es un curso a distancia.

—¿Estás haciendo un curso de telepatía a distancia? —Más que una pregunta era una afirmación para cerciorarse de que había entendido bien.

—Exacto, mi hermano.

Oliver se tragó una carcajada.

—Pues no funciona, amigo. En realidad, vengo a por los pedales de Nick. Me manda la señora Harris.

—¡Qué horror lo de *Looper*! ¡Y qué pena más grande, Oli! Cómo cantaba el muy cabrón. —Samuel se persignó a toda velocidad al darse cuenta de que estaba hablando de un muerto—. Perdóname, Señor. Aún no me lo puedo creer. —Los cristales de sus gafas parecieron oscurecerse un poco, como si fuesen un indicador de su estado de ánimo.

—Estoy preparándole un homenaje, quizás podríamos hacerlo aquí.

—¡Muy buena idea! —Los cristales emitieron un destello juguetón—. Por Nicky lo que haga falta. Creo que tengo los pedales ahí dentro —dijo señalando el almacén. Ahora te los traigo, *bro*.

Samuel se dio la vuelta y entró en la sala de máquinas del Black Devil. Oliver echó un vistazo al local. Sin gente, se le antojaba más pequeño. Ben Webster sonaba tan bajito en el equipo de música (vinilos, cómo no) que no llegó a reparar en él hasta que se extinguió la conversación.

Las paredes del Devil lucían empapeladas de fotos de Samuel con celebridades de todo tipo. Le encantaba retratarse con cualquiera que le sonara de algo: músicos, actores, políticos, *influencers*…, lo que fuera. Samuel lo llamaba el «Muro de Rocas». Había una foto con The Blue Bullets, allá por los años ochenta (con un Samuel muy delgado y pelo recogido en un moño), otra foto con Bill Blakely, el famoso presentador de televisión, dos con el director de cine Steven Ford, otra con el dibujante de cómics Jim Solo, los hermanos Gallagher… Toda estrella que pisaba el Devil colgaba inmortalizada en el Muro. La mirada de Oliver barrió la estancia. Las tres mejores fotos ocupaban un lugar privilegiado: Samuel, sonriendo, pasaba su enorme brazo por encima del *Boss*; Samuel, sonriendo, pasaba su enorme brazo por encima de Bowie; y Samuel, sonriendo, pasaba su enorme brazo por encima de Bono. Misma postura, misma expresión. Como si las fotos

fueran una recopilación de corta y pega de su vida. Oliver pensó en Dorian Gray. El saxofonista volvió con los pedales en la mano en el mismo instante en que un repartidor irrumpió en el Devil.

—¡Por fin! —dijo Samuel posando los aparatos sobre la barra—. Una semana de retraso debe ser vuestro récord.

—A mí no me mire, jefe. Solo soy el mensajero —dijo el crío (gorra de la empresa, bigotito anoréxico y más pálido que un vaso de leche) mientras le tendía el paquete con una mano y una carpeta con la otra—. Firme aquí.

Samuel garabateó la casilla de recibido sin levantar la vista del crío.

—Dale recuerdos a tu madre y dile que por esta vez perdono el retraso. —Samuel le guiñó el ojo al crío, que le devolvió una sonrisa. Oliver sonrió. Por esas cosas todo el mundo quería a Samuel.

—De tu parte, Sam.

El crío abandonó el local con paso desgarbado y Samuel acarició el paquete. Los cristales de sus gafas brillaban.

—Yo me voy, Sammy—dijo Oliver acercándose al mostrador y estirando la mano hacia los pedales, pero el hombre le apartó la mano con suavidad.

—No, mi amigo, tú no te vas. Estás a punto de presenciar un momento único en la gloriosa historia del Black Devil —anunció señalando el paquete—. ¿Tú no eres periodista o algo así?

—Algo así —respondió Oliver—. ¿Qué es eso?

Samuel no respondió. Se limitó a mirarle y a estirar una sonrisa. Si existiesen los esguinces de labios, Samuel estaría a punto de sufrir uno. Se dirigió al Muro y, dándole la espalda a Oliver, descolgó una de las fotos, que posó con delicadeza encima de la barra.

—¿Descuelgas a Bono? ¿Estás loco? ¿Cuántos años lleva esa foto ahí?

—Más de los que tú tienes.

Samuel abrió el paquete, colgó la foto nueva en la pared y se dio la vuelta desplegando un gesto de prestidigitador. Sus gafas brillaban

como espejos.

—*Voilà!* —dijo señalando la fotografía.

Oliver se quedó helado.

—Es… Rufus Tyler.

—¡No! —exclamó Samuel—. Es la joya de la corona, mi hermano. ¡El puto Rufus Tyler en mi bar!

—Pero ¿cuándo…? —Oliver intentaba ordenar sus ideas, pero la impresión no le dejaba concentrarse.

—Mañana hará justo una semana.

—¿La misma noche del concierto de Nick?

—Correcto.

La cabeza de Oliver sufrió el equivalente a un pequeño ataque nuclear.

—No puedo creerlo —dijo Oliver.

—Hay tienes la prueba, *bro* —dijo Samuel señalando de nuevo la fotografía.

—¿Y qué hacía Rufus Tyler en el Black Devil?

—Yo qué sé, Oliver. No interrogo a mis ídolos, solo los acoso. Les pido fotografías y eso, pero supongo que andaría buscando teloneros.

—¿Qué quieres decir?

—Un telonero es un artista que…

—Ya sé que es un telonero, Sam. —El dueño del local esbozó su sonrisa de San Bernardo.

—Mañana toca en el Cosmos Arena, Oli. ¡Es el concierto del siglo!

Oliver no respondió y continuó examinando la fotografía colgada en la pared. La verdad es que Rufus no se conserva nada mal para su edad, la cual era un secreto de estado a la altura del expediente JFK o Roswell. Sus biógrafos discutían sobre el asunto, y parecía algo aceptable que Rufus tenía entre sesenta y tres y setenta y dos años.

—Entonces, ¿crees que vino en calidad de ojeador? ¿A ver la actuación de Nick?

—Seguro —dijo Samuel—. Y le encantó. No paraba de asentir con la cabeza y murmurar movidas a sus guardaespaldas. Eso debe ser

algo bueno, ¿no?

—¿Sabes si llegó a hablar con él o…? —preguntó Oliver.

—Los vi charlando fuera, pero solo fue un momento. Nick estaba flipando. ¿A qué vienen tantas preguntas? ¿El pódcast no era de música, Oli?

—Curiosidad, solo eso, Sam. Me cuesta creer que Nick ya no esté.

—Pobre crío. —Los cristales se ahumaron durante un segundo, pero enseguida recobraron su claridad—. Que en paz descanse —dijo haciéndose la señal de la cruz en la frente—. Bueno, Oli, toma los pedales y dale mi pésame a la madre de Nick. ¿Te veré mañana en el concierto de Rufus?

—Cuenta con ello, amigo —respondió Oliver sin levantar la vista de la fotografía—. Cuenta con ello.

El concierto

La mañana siguiente Cosmos amaneció teñida con un manto de nubes cobrizas amenazando el horizonte. Nick murió pensando que Rufus le había robado su voz. Aquello era una locura, pero la foto de Rufus que colgaba en el Black Devil invitaba a toda clase de teorías dementes. Algo dentro de Oliver, algo ínfimo y sutil, aguijoneaba su curiosidad. ¿Y si Rufus le había prometido que iba a ser su telonero? ¿Y si esa presión le había afectado a la voz hasta perderla? Había leído cosas así en revistas científicas en alguna sala de espera.

Oliver consultó su correo. Llevaba más de una semana sin hacerlo, algo inédito para él. Hizo clic en la bandeja de recibidos. Allí estaban esperándole dos entradas para el concierto de Rufus. Cortesía de la productora. A Oliver siempre lo invitaban a eventos, festivales y presentaciones de todo tipo. Todo el mundo quería que su última canción sonara en *Tesoros sónicos*, pero Olivier asistía cada vez con menos frecuencia a las grandes citas y más a pequeños conciertos en bares; a veces incluso brujuleaba sin rumbo fijo en busca de músicos callejeros, artistas a ras de suelo que pudiesen sorprenderle. Los

descubrimientos que de verdad valían la pena aparecían casi siempre en esa clase de lugares: músicos anónimos llenos de inseguridades, debutantes nerviosos, grupos primerizos que vivían el sueño de tocar para cualquiera que quisiera escucharlos…

A Oliver le encantaba descubrir esas bandas. Y encontraba verdaderos tesoros; canciones maravillosas compuestas con la bendición e ingenuidad del que hace algo por primera vez. Voces personales, irrepetibles, que conseguían ponerle la piel de gallina… También había mucha basura, claro, pero su trabajo consistía en desechar lo que no valía y desenterrar los tesoros para compartirlos con el mundo.

Oliver se sentó en su mesa, encendió la cámara y comenzó a emitir en directo en sus redes.

—¡Hola a todos! A ver, os cuento que tengo aquí muchos mensajes preguntándome que dónde me he metido y todo eso. —Sus seguidores comenzaron a conectarse en masa—. Bueno, pues ya os lo puedo decir. Iré al grano, que ya sabéis que me gusta decir las cosas claras. La muerte de *Looper* me ha afectado muchísimo. Más de lo que podría imaginar. El plan original pasaba por hacer un programa especial para rendirle homenaje, así que me puse en contacto con su familia y, bueno, resulta que he encontrado oro. Por eso he estado ausente. Llevo mucho tiempo investigando y recopilando un montón de material de Nick Harris que nadie sabía que existía. Todo esto hace que su muerte sea aún más dura. La comunidad de Nicky estaba creciendo poco a poco, sin parar, sin hacer ruido, y después de que escuchéis las joyas que tenía guardadas…, en fin, que os vais a quedar con la boca abierta, chicos. Ya veréis. El programa especial sigue en pie, pero además…, agarraos bien, estamos preparando un concierto homenaje a Nick Harris en el Black Devil. En la descripción tenéis un enlace con una cuenta atrás al día en que saldrán a la venta las entradas, pero os puedo adelantar dos cosas: la primera es que os garantizo que será una noche inolvidable y, la segunda, todo lo que se recaude irá para la Asociación de Cosmos para la Prevención del

Suicidio. En cuanto se vaya confirmando el cartel, os lo iré contando. Más cosas. ¡Esta noche concierto de Rufus Tyler en el Cosmos Arena! Os lo recomiendo. Ya sé que para muchos de vosotros es como ver cantar a vuestro abuelo, pero yo no me lo perdería. El ochenta por ciento de la música que descubrimos en este canal está influido por el puto Rufus Tyler. No, @striprock puto no es su segundo nombre, pero lo parece. ¡Ah! Y, para los que estéis cerca de Cosmos, tengo este regalito para vosotros. Una entrada para ver al Abuelo. El ganador se conocerá dentro de una hora. ¡Seguid las instrucciones en la descripción del directo, y caña! ¡Nos vemos pronto, chicos! ¡Os quiero!

Más de doce mil personas en el directo y unos quinientos comentarios en tiempo real. Al cabo de una hora, la publicación tenía cerca de veinte mil visualizaciones y unos mil trescientos comentarios.

Sus seguidores le habían echado de menos. Solo con las visualizaciones de sus vídeos y los mentores (seguidores que ayudaban económicamente al canal), Oliver podía vivir bien; muy bien en realidad. Si a la actividad *online* le sumaba presentaciones, actos, libros y charlas, la cifra se disparaba. No podía quejarse. Trató de mantenerse ocupado durante las horas previas al concierto. Después de actualizar sus redes, grabó un avance del programa especial y lo programó para el día siguiente a primera hora de la mañana; conocía a su audiencia y sabía que sus seguidores se conectaban en esa franja (prefería no imaginar desde dónde) para echar un vistazo a sus contenidos preferidos. A pesar de que intentaba no pensar en Nick, las últimas frases del diario, de caligrafía errática, se encendían en su mente una y otra vez.

«Rufus me hizo algo. Rufus me robó la voz. Lo sé».

A las 20:30 Oliver pilló un taxi. El conductor, un tipo con el pelo estilo Hendrix, también iba al concierto. Oliver lo pilló de camino. Phil Collins sonaba en la radio. Hablaron de música durante el trayecto, y el taxista le ofreció llevarlo de vuelta a casa al acabar el espectáculo. Aceptó la oferta con gusto. El metro estaría abarrotado, y encontrar un taxi sería misión imposible. Oliver le devolvió el favor

ahorrándole la cola de entrada y le dio acceso al Golden Ring (una zona privilegiada con la mejor visibilidad del recinto). Hendrix parecía un niño con zapatos nuevos, como si fuese la primera vez que asistía a un concierto*.

A las 21:00 las luces del recinto bajaron y un gran foco disparó un haz de luz púrpura que dibujó un círculo en el centro del escenario. La banda emergió de las entrañas del *backstage* arropada por la penumbra como una horda de vampiros roqueros de película de serie B. El batería marcó cuatro tiempos con las baquetas y un cañonazo de distorsión, eléctrico y nervioso, azotó al público. El recinto se inundó de luz y, de la nada, Rufus Tyler se materializó en el centro de la escena aullando como una fiera sangrante. La gente entró en esa especie de trance colectivo que impera en los grandes conciertos. Oliver, nada más escuchar a la banda, pensó que Tyler había vuelto por la puerta grande. A mayores de la clásica formación de rock (bajo, batería, dos guitarras y teclado), a la banda se le sumaban un piano, un violín, percusión, metales y una sección de tres voces para los coros. Una gran banda en toda regla. Oliver contó quince personas en el escenario. Aquello era como un complejo puzle sonoro donde cada uno aportaba su granito de arena, sutil y quirúrgico, para conseguir en conjunto un sonido equivalente a una bola de demolición musical. El público vibraba y la voz de Rufus sonaba mejor que nunca. Con la edad, su registro parecía ensancharse. Como el buen vino, mejoraba con la edad.

Sucedió en el último tramo del concierto. Las luces del Cosmos Arena se apagaron por completo. Las gradas y el foso se cubrieron con las luces multicolor de los móviles.

Rufus salió al escenario con una camiseta de asas blanca. Su sombrero púrpura, su seña de identidad, destacaba a lo lejos. Las venas le recorrían los brazos cerúleos como culebras azules. Se sentó al piano, jugueteó con unos acordes. El sudor le caía a goterones por la frente. Dio las gracias al público por no olvidarse de él y presentó el tema mientras seguía acariciando con suavidad las teclas del piano.

—Esta canción no he podido dejar de tocarla ni una sola noche desde que se publicó hace más de treinta años. Se llama «Lost Boys» y empieza así.

Los acordes se enredaron formando una melodía que quedaba grabada a fuego en todo aquel que la escuchaba. La gente reaccionó y rugió en el estadio, pero Rufus exigió silencio. Obedecieron. Todos y cada uno de los miles de almas allí reunidos obedecieron. Sin dudarlo. Rufus comenzó a cantar.

Y a Oliver se le paró el corazón.

Lo imposible

Aquella voz se parecía mucho a la de Nick. Era una sensación extraña. Cantaba Rufus, sí, con sus giros y su personalidad, pero aquella voz pertenecía a Nick. Al principio le recordó a esos vídeos de famosos imitando a famosos de los *late night*. Cosa al estilo de cómo sonaría De Niro imitando a Sinatra.

Hacia la mitad de la canción las lágrimas amenazaban a Oliver. Estaba escuchando una voz que jamás pensó que volvería a sentir, muerta hacía diez días; diez días en los que la había escuchado en bucle sin descanso. Conocía cada giro, cada sílaba, el timbre y el color de cada frase. Ese era Nick. Su timbre, su sensibilidad, su alma estaban allí, en la garganta de Rufus. «Me robó la voz». Por primera vez aquella afirmación pasó de ser un delirio a una duda. «Era imposible, ¿o no?». No tenía lógica, pero era real. Lo estaba escuchando. Su oído (del que siempre se había fiado y le había ido bien) no le engañaba.

El tema acabó y la gente rindió a Rufus una gran ovación. El artista se levantó del piano y se inclinó en muestra de respeto a su público. Sin duda fue el momento de la noche. Un par de bises después, Rufus se confirmó como la fuerza de la naturaleza que siempre había sido; su voz lucía sana y fuerte. A pesar de su aspecto frágil, cuando salía al

escenario Rufus se convertía en un monstruo escénico. Era imposible no dejar de mirarlo; parecía que tuviese un imán.

Rufus terminó el concierto, el público se fue a casa con la sensación de haber visto algo histórico y Oliver volvió en taxi con Hendrix con más dudas que nunca. Algo extraño había ocurrido, pero no sabía qué podía ser. Solo había dos opciones: una gran casualidad o algo diabólico que no era siquiera capaz de comenzar a imaginar.

Investigación

Aquella noche Oliver soñó con Nick. El cantante repetía una y otra vez la frase «Rufus el rey del rock, Rufus el ladrón de voces», y a partir de esa frase comenzaba a construir una canción. Un *loop*, y otra capa y otra, pero siempre la misma frase. El suelo del pequeño escenario en el que Nick cantaba como un disco rayado se abrió bajo sus pies y las llamas rodearon a *Looper* que, flotando en el aire, no podía dejar de cantar mientras se abrasaba. «Rufus el rey del rock, Rufus el ladrón de voces». Oliver se despertó con aquella frase en la cabeza y con la sensación, por primera vez, de que quizás Nick no estuviese tan loco cuando vomitó todo aquello en su diario. Trató de dormir, pero no consiguió conciliar el sueño. Dio vueltas y más vueltas en la cama tarareando la dichosa frase. «Rufus el rey del rock, Rufus el ladrón de voces». Seguía haciéndolo cuando salió el sol.

***

Hacia el mediodía, Oliver se pegó una ducha y se preparó un café tan oscuro como los temores que le acechaban. Se plantó delante del portátil y emitió en directo para sus seguidores la crítica del concierto de la noche anterior; sin duda, uno de los mejores de su vida. A juzgar por las reacciones, los emojis y los comentarios que vomitaban en el *feed* los fieles de la comunidad, aquel era el sentimiento mayoritario.

Al terminar la transmisión, Oliver comenzó a investigar sobre Rufus. Se dijo a sí mismo que debía tener la mente abierta a cualquier

posibilidad. Tras pasarse la mañana leyendo sobre la estrella del rock, le parecía imposible que ninguna plataforma de contenidos hubiese desarrollado una serie sobre el cantante.

En el cielo las estrellas brillan, pero también están rodeadas de oscuridad. En el rock ocurría lo mismo. Y Rufus era una de las estrellas más grandes. Su historia estaba salpicada aquí y allá, como uno de esos cuadros modernos, por escándalos y leyendas de todo pelaje: oscuras sectas sexuales, drogas, peleas, ego a toneladas… Pero, en realidad, nada distinto a las habladurías sobre otras bandas legendarias. Por lo general, se trataba de bulos que los propios grupos se esmeraban en extender (o al menos no desmentir) para que su leyenda creciese. Lo cierto era que no solía haber más misterio que un buen plan de marketing.

Tras un par de días de investigación, su interés por Rufus decayó. Lo publicado en la red era un castillo de anécdotas rocambolescas y delirios sobre su regreso: que si el verdadero Rufus llevaba años muerto y el actual era un sustituto, que si era un reptiliano, un clon; chorradas en definitiva. Oliver se volvió a centrar en el homenaje a Harris. Había que pasar página. Nick había muerto. Rufus era una estrella, y el encuentro entre Harris y Rufus, una gran casualidad. A veces la explicación más simple es la correcta. Rufus fue al concierto de Nick. Nick lo deslumbró. Rufus se quedó con los giros y el timbre de Nick y los adaptó a su estilo. Al fin y al cabo, no le llamaban El Camaleón por nada. Nick perdió la voz y se volvió loco. Y la hubiese perdido, aunque no hubiese conocido aquella noche a Tyler.

Caso cerrado.

***

El homenaje tuvo lugar tres meses después y hubo dos fases. La primera, el concierto tributo en el Black Devil, en el que participaron la plana mayor de los artistas locales de Cosmos. Las entradas se agotaron a toda velocidad. Nadie quería perderse lo que se intuía como una noche inolvidable para todos. Los padres de Nick, al

principio reacios, optaron (a última hora) por asistir al recital. Ninguno de los dos pudo disimular su emoción —ni cierta sorpresa culpable— ante la belleza de la obra de su hijo. Sabían que se ganaba bien la vida con su música, pero no tenían ni idea de la admiración y el amor de sus colegas y sus seguidores.

Estuviese donde estuviese, *Looper* podía descansar en paz.

La segunda parte consistió en un programa especial de dos horas sobre Nick, pero sobre todo sobre su música. Oliver se encargó de la publicación del nuevo disco de *Looper* en Spotify una semana antes del especial. La gente tuvo tiempo para familiarizarse con el material. En esos siete días el álbum se convirtió en el trabajo más escuchado de Harris. En la música no hay mejor campaña de publicidad que una muerte prematura. El programa batió récord de reproducciones en el canal. Al terminar, Oliver se sintió satisfecho en lo personal y en lo profesional. Dos días después el programa tenía más de un millón de visualizaciones, los fieles le dejaban mensajes de agradecimiento por descubrirles esa música y condolencias para la familia de *Looper*. ¡Miles de mensajes!

Oliver implementó el botón «Unirse al canal», que ofrecía diferentes niveles de suscripción por un módico precio. Había fieles que le donaban pequeñas cantidades y otros se rascaban más el bolsillo. Cada nivel tenía unos derechos; entre ellos, por ejemplo, la respuesta directa de Oliver a cualquier duda. @jack_punx era un buen fiel. Su suscripción era de tipo «Diamante»; entre otras cosas, eso conllevaba respuesta directa a todos sus mensajes.

@jack_punx: ¡Hey, aquí @jack_punx! Enhorabuena, Oliver. La música de Nick es genial, pero deberías dedicarle también un programa a mi amigo Brian. Acaba de morirse con 22 años y te aseguro que vale la pena que la gente lo descubra. Una vez pusiste una de sus canciones y le hizo mucha ilusión. ¡Te dejó un enlace para que le eches un ojo!

Oliver negó con la cabeza. Una pena lo de ese chico, pero tampoco le atraía la idea de convertir su pódcast en una sección de necrológicas. Quiso dejarlo correr, pero no fue capaz. Al fin y al cabo,

su objetivo era descubrir canciones al margen de si sus autores estaban vivos o muertos. Pinchó en el enlace. La verdad es que Brian sonaba muy bien. Tenía un vago recuerdo de haber recomendado una de sus canciones. Sin duda, una voz peculiar. Consultó la información del usuario. Si era real, el tal @jack_punx vivía al otro extremo del país. Oliver le envió un mensaje.

¡Hola, Jack! He leído tu mensaje y escuchado a Brian. La verdad que es una maravilla. ¿Qué le pasó?

Quizás una sección era algo excesivo, pero hacerse eco del talento truncado no tenía nada de malo. *Canciones rotas* sería un buen título. *@jack_punx está escribiendo…* Solo debía estudiar la fórmula adecuada para no caer en el amarillismo, pero dar la oportunidad a esas canciones para que buscasen sus oyentes podría ser una buena idea.

@jack_punx: Brian era mi pareja. Murió de sobredosis. Se quedó sin voz de un día para otro y no pudo soportarlo. Tenía mucho talento y unas canciones muy bonitas. Ojalá puedas hacer que tus seguidores las escuchen.

El corazón de Oliver se paró durante un segundo. Sintió el impulso de no preguntar más, quiso cerrar el portátil y lanzarlo por la ventana, pero nunca había tenido una intuición tan grande. Las sienes le latían con tanta fuerza que casi le dolían.

Oliver: ¿Qué se te viene a la mente si te digo Rufus Tyler?

No sabía ni por qué había escrito eso. *@jack_punx está escribiendo…* Era un brindis al sol, una tontería sin fundamento, pero *algo* le empujó a escribir esas palabras. A los diez segundos Oliver se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

@jack_punx: ¡Brian era muy fan!

Lo siguiente dejó a Oliver fuera de combate. Jack le envió una foto. En ella, Brian y Jack desplegaban una sonrisa de oreja a oreja al lado de Rufus Tyler, que miraba a cámara con gesto serio.

Tenía que pensar. Hasta las casualidades tienen unos límites. Su mente no lo comprendía, pero el resto de su cuerpo sabía que Rufus era el culpable de esas muertes, un ladrón de voces. Pero él era un tío

con un canal de música, no un detective ni nada por el estilo. Había querido darle carpetazo al asunto, pero este le perseguía. Harris se pegaba a él como el aceite a la piel. ¿Cómo podría él investigar algo así? No tenía experiencia ni recursos. Mientras miraba aquella fotografía en su móvil, la respuesta le golpeó de repente.

Lo tenía delante de sus narices.

Red de redes

Oliver iluminó su pequeño set. En al aire flotaba un aroma agradable a incienso y té de vainilla recién preparado. Encendió el micro y encaró la cámara. Sus seguidores comenzaron a conectarse. Aprovechaba esos primeros momentos mientras la gente se acomodaba para contar curiosidades sobre viejas canciones, recomendar alguna lista de Spotify y responder las preguntas de sus fieles.

Hacía un mes de su charla con Jack. Tras esos mensajes, hablaron por teléfono un par de veces. La historia de Brian tenía muchos puntos en común con la de Nick. La gran diferencia era que Brian era el opuesto de *Looper*, un viva la vida, jaranero y enganchado hasta al pegamento. A los doctores no les costó mucho achacar a sus adicciones la culpabilidad de su afonía. Todos los expertos coincidían en que el vicio había corroído (literalmente) sus cuerdas vocales. No podría cantar nunca más. El tal Brian apareció muerto por sobredosis cuatro días después del diagnóstico. Jack fue quien lo encontró. Dos cantantes muertos en circunstancias similares a miles de kilómetros de distancia. Los dos estuvieron con Rufus días antes de su muerte. Los dos perdieron la voz. Lo dicho: «Hasta las casualidades tienen un límite». Oliver se pasó días escuchando las canciones de Brian. Al igual que Nick, tenía una gran voz, pero muy distinta, más áspera y gutural. Le bastaron un par de clics para comprobar sus sospechas. Rufus había dado un concierto apenas una semana después en la ciudad de Brian, y había decenas de vídeos colgados del evento. Oliver

los estudió uno por uno hasta que escuchó lo que esperaba y temía. Rufus, sentado a su piano, pálido como la cera, con sus uñas pintadas de púrpura sobre las teclas del piano. Presentó «Lost Boys». La voz que surgió del fondo de su garganta no era la suya. Era la de Brian. Oliver tuvo la misma sensación que en el concierto de Cosmos. Esa voz que escuchaba eran los giros de Brian, su manera de pronunciar. Rufus seguía estando ahí, sí, pero lo que predominaba era Brian.

Entonces tuvo claro qué hacer.

En ese momento había más de tres mil personas conectadas, y cada segundo sumaba nuevos seguidores al directo. Una vez colgase el vídeo, las reproducciones llegarían sin mucho esfuerzo a los dos millones. Dos millones de agentes era un buen debut para una agencia de investigación, aunque fuese *amateur*.

—Bueno, chicos, ahora sí que arrancamos. Lo de *Looper* ha sido una tragedia, pero también me ha abierto los ojos en muchos sentidos. Sois un montón los que me habéis pedido que descubra a los talentos que por desgracia nos dejan antes de tiempo. Y tenéis razón. Lo mejor de *Looper* estaba sin publicar, y tengo la convicción de que debe haber más artistas olvidados con un montón de himnos cogiendo moho en el fondo de un armario.

Los comentarios, reacciones y emojis se sucedían a velocidad de vértigo. A Oliver no le daba tiempo a leerlos.

—¡Guau! ¡Veo que os mola la idea! Pues vamos a darle impulso. Y digo «vamos» porque para esto necesito vuestra ayuda. ¿Qué artista de vuestra comunidad que ya no camine entre nosotros creéis que merece un programa? Y como la lista puede ser interminable, acotemos la búsqueda a los últimos seis meses, por ejemplo. Contadme las historias, y entre todos descubriremos nuevos tesoros. ¡Nos vemos pronto, chicos!

Oliver acababa de tejer una red de dos millones de centinelas haciendo el trabajo sucio sin ni siquiera saberlo. Durante los siguientes días sus redes echaban humo. Los mensajes inundaron sus buzones y los resultados le pusieron la piel de gallina. Le llegaron cientos de

candidatos de todo el mundo. Tras la criba, en la que solo dejó a cantantes masculinos y residentes en el país, se encontró con que el número había bajado a treinta y dos. Era todavía un número muy elevado, así que optó por seguir su corazonada y cotejó los lugares de los últimos conciertos de Rufus. La gira llevaba ya tres meses en la carretera.

Había veintidós coincidencias.

***

Oliver no daba crédito a lo que tenía enfrente. Durante dos semanas «su investigación» había acaparado cada segundo de su vida: decenas de llamadas, noches de hemeroteca e Internet. Dos grandes pizarras de corcho ocupaban el centro del salón. Cada una de ellas, rebosante de fotografías, mapas y un ejército de notas multicolor garabateadas. Oliver había descubierto algunos hechos irrefutables. Rufus había tenido contacto cercano y contrastado con al menos diecisiete de las veintidós víctimas; cuando no había fotos o algún vídeo subido a la red, había testigos. Rufus no solía pasar desapercibido. Todos aquellos críos habían muerto entre tres y seis días tras el contacto. Ninguno de ellos tenía antecedentes de depresión ni nada por el estilo. Por lo general, eran jóvenes sanos. Artistas prometedores a los que *algo* les había arrebatado su sueño a dentelladas. La mayoría de ellos estaban en lo mejor de la vida, descubriendo su música y explorando qué podían ofrecerle al mundo. Otro dato. Rufus había actuado en todas esas ciudades siete días después del primer contacto. Debía haber un motivo para eso.

Después el círculo volvía a empezar.

El índice de suicidios en el país es la sexta causa de muerte. Si tomamos una muestra de jóvenes de entre quince y veinticuatro años, las cifras dan miedo. Casi cincuenta mil muertes anuales. Pero Oliver sabía que en aquellos casos que estaba investigando no se trataba de suicidios. Eran asesinatos. Y Rufus era el culpable. Un asesino en serie imposible de imaginar y, por lo tanto, de atrapar. Oliver sabía que todos esos datos eran ciertos; no albergaba ninguna duda, pero jamás

podría demostrar su teoría. ¿Un cantante que roba voces de artistas que después se suicidan? Seguía en la casilla de salida con todas las certezas y ninguna prueba sólida.

Oliver tuvo una idea. Comprobó el lugar del siguiente concierto de Rufus. Sería al cabo de nueve días en Santa Carla. Aún tenía tiempo.

Quizás hubiese una opción.

La entrevista

Conseguir la entrevista con Rufus no sería fácil. Su canal le había abierto puertas inimaginables, pero un cara a cara como ese era algo demasiado grande incluso para él. Además, Oliver tenía que lidiar con un pequeño detalle. Hacía años que Rufus no ofrecía entrevistas. Utilizó todos sus contactos, pero ninguno logró acercarle más a su objetivo. Entrevistar a Rufus Tyler no era posible. Sería más fácil llamar al Vaticano y que el papa descolgase el teléfono. A pesar del fracaso, Oliver tenía una ventaja. Si estaba en lo cierto, si su teoría era correcta, Rufus era una especie de asesino diabólico, y él sabía con exactitud cuáles serían sus próximos movimientos: su próxima parada sería Santa Carla. Era como una partida de ajedrez, solo que su contrincante no sabía que estaba jugando. Si Oliver tenía razón, Rufus haría acto de presencia en alguno de los locales del circuito de Santa Carla exactamente una semana antes del concierto, buscando a alguna víctima a la que robarle la voz para incorporarla a su catálogo de voces fantasma.

En la década de los noventa, Santa Carla era un hervidero de bandas, locura y diversión. Los fines de semana el gran paseo marítimo del puerto rezumaba acordes que se pegaban a la piel, ya de por sí aceitosa por la brisa veraniega. Moteros, *hippies*, roqueros, punkis, *heavys* y *grunges*. Todos ellos coexistían (no siempre pacíficamente) y se tropezaban durante aquellas noches de fiesta perpetua. Chicas en patines, esculpidas a golpe de gimnasio y bisturí, repartían octavillas (con la primera copa incluida) para los conciertos

en sus salas. La asistencia se vendía cara. El nivel era alto. Los mejores grupos de la última mitad de los noventa se habían curtido sobre las tablas mugrientas de sus escenarios, pero poco después la gente se evaporó. Fue como si una bomba termonuclear de madurez hubiese acabado con toda esa generación de un plumazo, y Santa Carla pasó a ser una ciudad fantasma.

A pesar de la estampida, hubo un par de locales que consiguieron mantenerse en pie y convertirse, con los años, en santuarios de la música en directo. Además, en los últimos tiempos parecía que Santa Carla comenzaba a recuperar algo de su antiguo estatus; o al menos esos eran los gigantes que algunos quijotes veteranos deseaban ver. Dos locales quedaban en pie. The Riff Temple y Go-Go. Los mejores habían pasado por allí.

Oliver chequeó a los artistas que tocaban esa noche en ambos locales. Tras apenas cinco segundos de escucha, descartó a la banda que actuaba en el Temple. Una grupo de metal que casi le perfora el cerebro antes de llegar al primer verso. La chica que actuaba en el Go-Go era otra cosa. Janis Sativa. La conocía bastante bien. No en persona, pero la había pinchado muchas veces en su programa. Tenía una voz feroz y emotiva, de esas que te ponen el pelo de punta nada más despegar los labios, un timbre imposible de olvidar. Uno cree de verdad que hay algo allí arriba cuando escucha a alguien cantar así. Sativa era muy buena.

Oliver echó un vistazo a su reloj. Apenas quedaba media hora para el concierto. El Go-Go era uno de esos locales que parecía congelado en ámbar en el tiempo. A juzgar por las fotos que colgaban en la pared, todo seguía igual que hacía veinte años. Era un sitio muy pequeño, desde luego mucho más que su fama. Esa noche había una buena entrada, pero no espectacular. Unas cien personas, poco más. Oliver barrió con la mirada el local, pero no localizó a Rufus entre el público. Quizás todo fuese una locura. Las luces bajaron y Janis salió ante el público. Tenía una presencia imponente sobre el escenario, con una larga melena verde, tatuajes en los brazos y un chaleco de cuero

marrón vino.

Comenzó el concierto, y Oliver supo que tenía delante a alguien especial. El directo de Janis era abrasador.

—Canta bien la chica, ¿eh? —dijo una voz a su espalda—. Y además es un bombón.

Oliver se dio la vuelta. Era Rufus. Tenía a Rufus Tyler flanqueado por sus dos gorilas con cara de mastines detrás de él, a menos de dos centímetros de su nuca. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Podía ver a Janis reflejada en los cristales color sangre de las gafas de la estrella. Rufus volvió a la carga.

—La he conocido gracias a tu programa, Oliver —dijo Rufus—. Soy un gran admirador. Haces un gran trabajo, enhorabuena.

Su voz sonaba gastada, como si le hubiesen pasado una lija a conciencia por las cuerdas vocales. Oliver no podía articular palabra. Sentía una extraña mezcla de admiración, terror y sorpresa.

—¿Me-me conoces? —Fue lo único que se le ocurrió decir.

—Claro que sí —dijo Rufus antes de darle un sorbo a su bebida—. Un placer poder hablar contigo en persona. Sigue así.

—He intentado contactar con usted para…

—Lo sé, hijo —admitió. Con cada frase su voz parecía adquirir un timbre distinto, como una de esas lámparas led que cambian de color a cada segundo. Observó a Janis con interés y apuró su copa.

—Pero no concedo entrevistas. Si me disculpas… —dijo mientras dejaba la barra para perderse en el fondo del local.

***

El concierto llegó a su fin, y el Go-Go cayó rendido al talento y la fuerza de Janis Sativa. La gente esperaba agitada pero paciente para hacerse una foto con ella, felicitarla, cortejarla…, todas esas cosas que los *fans* hacen con los artistas que saben que, más temprano que tarde, triunfarán. «Yo lo sabía», «La vi cuando empezaba». Janis sonreía, se mostraba agradecida con su público, pero no de una manera falsa o

condescendiente. Aún no estaba acostumbrada a tanta atención, aunque era una sensación agradable. Janis parecía una buena chica cumpliendo su sueño. Consciente de su talento, pero humilde.

Rufus esperó en el fondo del local a que la marabunta se disipase, y solo entonces se decidió a acercarse. La cantante comenzó a temblar de emoción al reconocerlo. Oliver observaba la escena, amedrentado, pero decidido a intervenir si era necesario. Tenía la certeza de que, fuera lo que fuera aquello que Rufus les hacía a los cantantes, ocurriría en unos segundos. Vio como Rufus le tendía una pluma dorada. Estaba a punto de pasar algo. Algo ínfimo, imperceptible, pero que acabaría con Janis Sativa muerta. No había tiempo. Oliver se lanzó sin más.

—¡Janis Sativa! —Interrumpió la escena con un empujón al mismísimo Rufus, que emitió algo parecido a un gruñido—. Soy Oliver Search, de *Tesoros sónicos* —dijo manteniendo el móvil en alto—. Estamos en directo emitiendo para la comunidad. Chicos, Janis Sativa es oro puro. Os lo aseguro.

Rufus permaneció quieto, con la mirada escondida tras las gafas color vino. Oliver podía sentir su ira hirviendo detrás de las lentes.

—Janis, antes de nada, enhorabuena por el tremendo concierto que nos acabas de regalar —dijo Oliver pasándole un brazo por encima del hombro.

—El señor Tyler quería que le firmase un autógrafo —protestó Janis mientras buscaba a su ídolo, pero Rufus había desaparecido.

Oliver improvisó la entrevista; de hecho, la alargó algo más de lo necesario y, al acabar, insistió en acompañar a la joven hasta la furgoneta. Janis agradeció la atención de Oliver y accedió a la invitación que este le hizo a visitar su estudio para alguna colaboración.

Acababa de salvarle la vida a esa chica, pero ella no lo sabría jamás. La furgoneta arrancó y, una vez que el sonido del motor se desvaneció en las entrañas de la ciudad, Oliver respiró hondo.

Aquella noche no pudo dormir pensando en Rufus Tyler. Ahora su

teoría se había convertido en una certeza.

Y era aterrador.

***

A la mañana siguiente, la página web de Tyler informaba de que el concierto de Santa Carla quedaba aplazado hasta nuevo aviso.

Oliver había roto el patrón de Rufus.

Un par de días después Rufus anunciaba un nuevo concierto, en Kingston Valley, una ciudad en el otro extremo del país. Quizás sospechara algo; quizás estuviese huyendo. Oliver buscó artistas locales y conciertos hasta encontrar el que se iba a celebrar exactamente una semana antes del recital de Rufus. Conocía al principal candidato. Recordó (no con mucha claridad) haber recomendado una de sus canciones hacía un par de años. Karl Renner no tenía una gran voz en el sentido técnico, pero transmitía como nadie. Además, era muy buen compositor, una especie de Lennon alternativo para el siglo XXI y, si Oliver no se daba prisa, correría una suerte parecida al alma de The Beatles.

Compró un billete para volar hasta el otro extremo del país y se alojó en un buen hotel. Sabía que estaba cerca de desenmascarar a Rufus, de comprender qué estaba pasando, pero también temía la reacción del cantante cuando le desbaratase sus planes por segunda vez consecutiva. Durante un instante pensó en llamar a la policía, pero desechó la idea. ¿Qué les iba a contar? Una historia que era incapaz de explicar. No. Tendría que tomar las riendas.

Lo haría por *Looper*.

Kingston Valley era una pequeña ciudad de veraneo que multiplicaba por cuatro su población en los meses de verano. Un lugar pequeño y acogedor cuyo sustento dependía de lo que se hiciese en el periodo estival. El Kingston Club era un pequeño antro a pie de playa que se había labrado una reputación solida a base de esfuerzo y una buena programación. Renner salió a la hora en punto, como hacen los grandes, con una pequeña guitarra acústica roja y un micro. Nada

más. Oliver apenas disfrutó del concierto. Tenía todos sus sentidos puestos en Tyler. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho. Intentaba prever su reacción al encontrarse de nuevo cara a cara con el artista, pero Rufus no apareció.

El concierto terminó con una gran ovación y un par de bises. Karl reconoció a Oliver entre la multitud y, al acabar el concierto, le agradeció su apoyo en el pódcast. Esa era otra de las cosas buenas de su trabajo. La gratitud de los artistas, en especial la de aquellos que estaban empezando; una vez que triunfaban, todos sin excepción se volvían gilipollas durante un par de años. Algunos se daban cuenta y corregían a tiempo, y otros se quedaban imbéciles para siempre. Lo había visto muchas veces. Karl y Oliver se despidieron en la puerta del local.

Ninguno de los dos reparó en la figura que les observaba desde las sombras.

***

Eran las tres de la mañana cuando le despertó una brisa helada que le puso la piel de gallina. Oliver no recordaba haber abierto la ventana. Pulsó el interruptor, pero la luz no se encendió. El chirrido de algo rascando el cristal desde fuera llamó su atención. Era como el ruido de una bisagra mal engrasada que se repetía una y otra vez. El sonido venía de allá fuera. Estaba en un sexto piso. Ese chirrido de uñas rascando una pizarra. Ahora le pareció escuchar una risa al otro lado de la ventana. Estuvo tentado de abrir la cortina, pero cada fibra de su ser le suplicó que no lo hiciese. Otra vez ese sonido lacerante y esa risa ahogada por el viento. Había algo allí fuera. Lo sentía. Casi podía olerlo. Entonces escuchó con claridad. Entre el chirrido y el viento, se alzó una melodía. La reconoció enseguida. «Lost Boys». Reconoció la voz de Renner.

Oliver se armó de valor y descorrió la cortina de golpe con un movimiento brusco. Allí no había nadie. ¡Era un puto sexto piso, por el amor de Dios! ¿A quién esperaba? ¿A Drácula? ¡Se estaba volviendo

loco! Oliver cerró la persiana, se dio la vuelta y se encontró a Rufus Tyler sentado en uno de los sillones de la habitación, protegido por las sombras. Su sombrero de copa y el bastón recortaban su silueta.

—Sé lo que estás haciendo, Oliver.

Oliver calló. Casi podía escuchar la sangre arañando sus venas a toda velocidad.

—Eres listo. No pensé que alguien pudiese descubrir mi historia, así que enhorabuena, chaval, será un placer compartirla contigo —dijo Rufus.

El pacto

A finales de los noventa, cuando el mundo se postraba a sus pies, Rufus Tyler no tenía miedo a nada ni a nadie. Creía ser (en realidad lo era) el Rey del Mundo, una especie de dios del espectáculo capaz de poner cada noche en trance a cincuenta mil personas que apenas ofrecían resistencia. Un chute de ego y adrenalina que solo entienden los pocos elegidos que lo han vivido. Cuando estaba en lo más alto, tan arriba que el mundo real se difuminaba bajo sus pies, Rufus perdió la voz. En realidad, se debió a su irresponsabilidad. No la cuidó y cometió el peor error que puede cometer un cantante con su instrumento: pensar que su don era eterno. Prefirió forzarla a darle descanso. Quería saborear cada segundo de esa sensación de omnipotencia que uno tiene encima de un escenario. Podría enterrar con su dinero a médicos y especialistas, pero la cura no existía. Cuando la ciencia le dio la espalda, dilapidó casi toda su fortuna en curanderos, magos y chamanes a lo largo y ancho del mundo. Y todo eso para nada. Quemar su dinero le habría ahorrado tiempo.

Rufus llegó a un punto en el que apenas podía pronunciar más de dos o tres palabras seguidas sin agotarse.

Tan desesperado estaba que decidió ir un paso más allá.

El cantante conocía la existencia de un submundo en el rock de

sacrificios, sectas satánicas y abusos. Un circuito del que nadie hablaba y que solo de vez en cuando dejaba algún rastro en el mundo real. Tenía que recuperar su voz y no le importaba el precio que hubiera que pagar. Compró libros, visitó a médiums y declamó oscuros conjuros, pero nada funcionó. Patrañas. Investigó las sectas del país para ir descubriendo que todas y cada una de ellas eran bulos diseñados para arruinar a aquellos pobres ingenuos que se morían por formar parte de algo.

Una noche, tras casi veinte años de búsqueda fallida, recibió una visita. El hombre se presentó a sí mismo como el señor Belia. Rufus le cerró de golpe la puerta en las narices alegando, con un esfuerzo casi inaudible, que no quería comprar nada. Unos segundos después el timbre sonó de nuevo con insistencia. Rufus abrió la puerta, no sin antes agarrar un bate de metal que le ayudaría a dejar las cosas claras sin tener que abrir la boca.

—No es manera de dar la bienvenida a quien le ofrece la solución que lleva buscando durante dos décadas —dijo el hombre cuyo rostro permanecía en la oscuridad—. Puedo devolverle su voz; bueno, su voz o la que usted quiera.

A punto estaba de blandir el bate hacia la cabeza del señor Belia cuando este salió de las sombras para acercar su dedo escuálido y alargado a la garganta de Rufus. El roquero escrutó el rostro afable del hombre, pero se quedó paralizado. Sintió un hormigueo ardiente durante unos segundos. De repente el cosquilleo desapareció.

—Cánteme algo, señor Tyler. Ardo en deseos de escucharle.

Tyler permaneció mirándole sin pestañear. Los ojos de Belia, enmarcados en unos rasgos oscuros y angulosos, parecían refulgir en las cuencas como dos pequeños carbones.

—Adelante, maestro —repitió el hombre—. Cánteme algo.

Rufus se acarició la garganta y cantó los dos primeros versos de uno de sus primeros éxitos. Mientras lo hacía, un nudo se le formó en el estómago y las lágrimas se derramaron por sus mejillas, pero siguió cantando. Cada vez más fuerte. Su voz sonaba limpia, redonda y

potente.

Los dedos del señor Belia chasquearon y la voz de Rufus se volvió apagar como una bombilla fundida; sonaba de nuevo moribunda.

—Haré lo que usted quiera, lo que quiera —jadeó Rufus—. Le daré lo que me pida.

—¿Cuál es su mayor miedo, señor Tyler?

—Que la gente se olvidé de mí —respondió Rufus entre sollozos.

El señor Belia rio. A pesar de estar acostumbrado a ver a los mortales arrastrarse y humillarse por motivos patéticos, siempre le hacía gracia lo vulgar de sus deseos.

—Le daré mi alma si eso es lo que quiere —dijo Rufus, arrodillado ante la figura.

—Hace mucho tiempo que ya no trabajo así —informó Belia con media sonrisa—. No es rentable a nivel espiritual. Pactar para conseguir una sola alma es absurdo, algo del pasado. No necesito tu alma, Rufus.

—¿Entonces qué? —preguntó el cantante.

—¿A qué estarías dispuesto?

—A todo.

El diablo se quedó pensativo durante unos segundos.

—Levántese, señor Tyler. Su desesperanza me avergüenza. Esto es lo que vamos a hacer. Puede guardarse su alma, al menos de momento. Lo que necesito es que me traiga usted más almas a mi colección, muchas más. Este es el trato.

En realidad, el pacto entre el señor Belia y Rufus Tyler condenaba su alma desde el primer momento. Para mantener la voz, el señor Rufus tenía que provocar la muerte de aquella persona de cuya voz quisiera servirse. Lo único que tenía que hacer era conseguir una gota de su sangre. El señor Belia se encargaría del resto con sus artes y conocimientos. La nueva voz se sumaría a la de Rufus, que podría continuar con su vida de excesos y fama. El único escollo era que el efecto solo duraba unos días. Así que Rufus se veía en la necesidad de alimentar su garganta con más y más voces de todos los registros y

colores.

Al principio Rufus se negó. Desechó la idea. Era un artista. Creaba, no destruía. Pero claudicó al cabo de unos días. Tras las emociones contradictorias de los primeros asesinatos, Rufus empezó a no sentir nada. Poco después empezó a disfrutarlos. Empujar por la ventana a Nick *Looper* le había causado placer (nunca había visto un cuerpo golpear con tanta fuerza el pavimento). Sus asesinatos parecían suicidios, pero hacía poco se le había despertado cierto orgullo por «su obra». Al fin y al cabo, él era el artífice y, de alguna manera retorcida, no le importaría que alguien reconociera su labor. Así que Rufus Tyler se sintió sorprendido pero contento al descubrir que ni más ni menos que Oliver Search había sido capaz, él solito, de conectar la línea de puntos de su historia.

***

La habitación seguía a oscuras. El batir del estor en el cristal marcaba el tempo de forma irregular, como un reloj estropeado.

—Y esta es la historia, Oliver. Este es el gran misterio —dijo Rufus levantándose despacio del sillón—. Y que seas precisamente tú el que haya llegado al fondo de la cuestión me halaga. Al fin y al cabo, me has ayudado mucho.

—¿Ayudarte?

—¡Muchísimo! ¡Ni te lo imaginas! Solo puedo estarte agradecido. —Rufus parecía contento de verdad—. ¡Piensa, Oliver! ¿Qué manera tendría yo de encontrar buenas voces a lo largo y ancho del país? Cuando descubrí tu programa, todo resultó mucho más sencillo. Tú has sido mi Departamento de Calidad, por llamarlo así, mi primer filtro. —Rio entre espasmos durante unos segundos—. Por eso, que seas tú es sorprendente, pero lógico hasta cierto punto. ¿Ironía o descuido? No sabría decirte. Eres mi cómplice, querido amigo. Yo soy Batman, y tú, Robin.

Oliver palideció al escuchar a Rufus. Notó como sus piernas

flaqueaban y su visión se emborronaba.

—Enhorabuena, Oliver, pero todo sigue igual. No puedes hacer nada.

—Cerraré el pódcast —replicó sin dudarlo, intentando mantenerse en pie.

—Aunque lo cerrases mañana, tengo material como para seguir con este juego cien vidas. Yo no tengo la culpa de que seas tan trabajador —dijo posándole la punta del bastón en la garganta—. Podría deshacerme de ti ahora mismo, pero, aunque tienes talento, tu voz no es gran cosa. Además, está bien tener a alguien con quien hablar de vez en cuando. —Rufus ejerció más presión sobre el cuello de Oliver—. De todas formas, apártate de mi camino. Por tu bien.

Oliver sintió la sangre brotar de su cuello y cerró los ojos. Al abrirlos, Rufus ya no estaba en la habitación.

Papá Midnight

¿Era cómplice de Rufus? La parte racional de Oliver sabía que no era así. El único culpable de aquellos asesinatos era Rufus, un monstruo al que el ego le había hecho perder la perspectiva y la ética, pero otra parte de él se sentía culpable. Todos aquellos críos muertos, y él, le gustase o no, formaba parte de ello.

Oliver comenzó a investigar, a leer libros sobre los supuestos pactos con el diablo. Descubrió que, mientras el trato estuviese vigente, Rufus era a todos los efectos inmortal. La única manera de debilitarlo era privarlo de sus víctimas. Mientras buceaba en volúmenes inabarcables que apenas podía comprender, Rufus anunció un nuevo concierto. Oliver cotejó la ciudad con sus archivos y los conciertos previos. Llegó a la conclusión de que la voz en peligro pertenecía a un tal Henry King. No lo recordaba. Tenía que impedirlo, pero necesitaba un plan para hacer frente a Rufus.

***

Papa Midnight. Ese nombre asomaba por todas partes cuando uno se ponía a investigar sobre ritos satánicos, hechizos y demonios. Todos los caminos llevaban hacia él como el gran experto en lo sobrenatural. Contaban los artículos que Papa Midnight había llegado en algún momento de la década de los ochenta desde su Camboya natal en busca de un misterioso libro verde de páginas púrpuras llamado *Grimorio púrpura*, que habían robado a su pueblo. Según la leyenda, aquel ejemplar contenía secretos que no debían ser relevados. Un volumen mágico que abría las puertas a otro mundo. Tras leer cientos de páginas dedicadas a su figura, Oliver decidió ponerse en contacto con él.

Papa Midnight era delgado como un palo de escoba, vestía una túnica gris en la que parecía flotar y tenía los ojos de diferente color; el derecho brillaba con un azul eléctrico, mientras que el izquierdo desprendía un intenso color miel. Su consultorio rebosaba de objetos extraños: botes con criaturas a medio gestar, varios tipos de bastones apoyados por todas las esquinas, torres de libros y animales disecados.

El hombre preparó un té de color rojo y le invitó a tomar asiento en su despacho con un gesto amable. Oliver se sentó y le contó su historia. Papa Midnight permaneció impasible durante el relato, asintiendo de vez en cuando. Cuando hubo terminado, el señor Midnight siguió en silencio durante un buen rato.

—Sin duda es una historia increíble —dijo con una voz hipnótica—. Suponiendo que le creyese, ¿cómo piensa usted que puedo ayudarle?

—Usted es el dueño del *Grimorio púrpura*, quizás…

—El *Grimorio púrpura* —interrumpió Papa Midnight— no tiene dueño. Como mucho, podría tener un guardián, por emplear un término coloquial.

—¿Pero usted podría ayudarme?

El hechicero sabía que las intenciones de Oliver eran buenas, pero en términos de magia, ya sea blanca, negra o verde, una cosa era

querer hacer el bien y otra muy distinta estar preparado para ello.

—Su misión es muy difícil, señor Search. Se enfrenta a fuerzas que no comprende, energías que para la mayoría pertenecen al feudo de la fantasía.

—Tengo que intentarlo —dijo Oliver con una mirada cargada de determinación—. Se lo debo a esos chicos. Y lo haré con o sin su ayuda. Solo pensé que si usted me apoyaba, tendría al menos una oportunidad.

Oliver se dio la vuelta para salir de la habitación. Papa Midnight sintió la convicción en sus palabras. Sin duda, el joven era valiente.

—Hay un arma —dijo mientras se descolgaba una llave del cuello y abría con ella un cajón de su mesa. Oliver se volvió y observó al hombre—. En mi aldea la llamaban Kreavchongvak, algo así como Cazador de Almas—. Midnight sacó del cajón el *Grimorio púrpura* y lo puso sobre la mesa. Le enseñó un dibujo—. Es una pequeña daga. Si eres capaz de clavársela al tal Rufus en la garganta, liberarías las almas de sus víctimas, y su pacto con Belia quedaría anulado para siempre.

—¿Y dónde podría conseguirla? —preguntó Oliver sin dejar de mirar el libro.

—Verás, es difícil de localizar. Es una especie de *Mona Lisa*. Codiciada por coleccionistas y ladrones, su valor es incalculable. —El hechicero hizo una pausa—. Por eso la tengo guardada en un lugar especial. —Papa Midnight se levantó, pasó las yemas de sus dedos por los lomos de los volúmenes de su biblioteca y se paró delante de un lomo color carne. Al abrirlo, Oliver pudo ver un destello y la daga incrustada entre sus páginas.

Papa Midnight posó el pequeño volumen con la daga frente a Oliver.

—Por desgracia, he hecho un juramento de no inmiscuirme en asuntos de según qué naturaleza. Lo siento.

—Pero, señor, puedo vencerle, lo sé, si bien…

—Claro que la daga siempre podría ser sustraída sin mi

conocimiento. —El ojo color miel pareció emitir un brillo—. ¡Qué pena que tenga que irme! —Midnight comprobó su reloj—. Considérese como en casa. Acábese el té. No lo ha probado. Tómese el tiempo que necesite. Supongo que, si alguien se llevase algo de aquí, no me daría cuenta hasta dentro de, pongamos, tres días.

Oliver sonrió al hombre y el anciano asintió antes de dejar la habitación.

King

Rufus Tyler estaba débil. Las voces se agotaban cada vez más rápido, el ciclo se repetía una y otra vez, pero la frecuencia se acortaba. En realidad, estaba cansado, pero aquello seguía ardiendo día tras día dentro de él. Esas ganas de sentirse idolatrado. Ese poder en su garganta. No podía evitarlo. Era como una droga. Cada concierto, un chute de adrenalina incontrolable. Pero después de cada subidón llegaba el bajón. El mono y la vuelta a las calles en busca de talento.

El concierto de Henry King había estado bien. Buen cantante, excepcional en realidad, pero todavía verde como *frontman*, aunque apuntaba maneras. King vestía en directo de riguroso negro, heredero directo de artistas como Ozzy o Cash. Botas negras, pantalones ajustados, gabardina, gafas de sol y un sombrero de *cowboy*. Uno apenas podía distinguir un par de centímetros de piel entre tanto vestuario. Al terminar el concierto, Rufus se acercó a él, pero la reacción que despertó en King no fue la esperada. King no sabía a quién tenía delante. Rufus se sintió ultrajado, aunque no podría explicar muy bien por qué. Acostumbrado al reconocimiento instantáneo, aquella sensación le pareció extraña. Le puso furioso. La estrella hizo de tripas corazón y le tendió a Henry un bloc en blanco y la pluma.

—Lo siento, abuelo —dijo con desdén—. No firmo autógrafos. Lo veo algo estúpido. Si quiere hacerse una foto conmigo, no tengo problema.

Rufus sintió la colera reptar desde su vientre hasta su frente.

—No se enfade, abuelo. Supongo que usted está algo chapado a la antigua —dijo King mientras se fotografiaba con una joven explosiva que estaba a dos segundos de comérselo a besos—. Está bien, abuelo, le firmaré un cedé si le parece. Lo tengo en el coche, ahora vuelvo.

Henry King salió por la puerta de atrás del escenario dejando a Rufus con un palmo de narices. Sorprendido y furibundo. Si le firmaba, al menos tendría su merecido, y si no le firmaba, daba igual, el pretencioso King se había ganado un buen castigo. Pasaron diez minutos y el cantante no regresaba. A los veinte, con el local ya vacío, Rufus salió por la puerta de atrás y se encontró en un *parking* vacío. Al fondo, divisó una furgoneta color rojo y a Henry King de espaldas, rebuscando algo entre los trastos que asomaban. Rufus caminó hacia él con sigilo. Lo tenía a escasos centímetros. Rufus posó su mano sobre el hombro de King.

24 horas antes
Oliver y Henry

Los primeros insultos pillaron a Oliver desprevenido.

—¡Eres un imbécil, Oliver Search! Tienes los santos huevos de criticar mi música y ahora me vienes con no sé qué peticiones extrañas.

—¿Criticar? —preguntó Oliver—. ¿Cuándo he criticado yo tú música? Si te he pinchado en mi pódcast.

—¡Quitaste la canción en lo mejor! ¡Faltaban cuatro minutos!

—¡Duraba ocho, Henry! Cualquiera se tomaría aparecer en el programa como un halago.

—Y encima eres un pretencioso hijo de puta. —Henry clavó su mirada en Oliver y se mantuvo en silencio unos segundos—. ¿Qué quieres de mí?

Oliver sabía que no le podía decir la verdad, pero se inventó una

historia suficientemente creíble para que King quisiese colaborar. La presencia de Rufus en la ecuación, la promesa de más minutos en el programa y mil dólares hicieron el resto.

—Es lo más raro que me han propuesto en la vida.

—¿Seguro que lo has entendido? —preguntó Oliver.

—Clarísimo. Despreciar a Rufus y salir del local. Oído cocina. ¿Alguna indicación más del señor Spielberg?

—Nada más.

La noche del concierto Henry King bordó su papel. Oliver comprobó como Rufus hervía de rabia; las venas del cuello suelen ser un gran indicativo de la tensión que se acumula bajo la piel. Henry abandonó el local con una sonrisa burlona tatuada en la cara. Si no supiese la verdad, Oliver diría que disfrutaba maltratando a una verdadera estrella del rock. Ahora era su turno.

***

Rufus posó su mano encima del hombro de King. Este se quitó el sombrero y se dio la vuelta. Tyler se sorprendió al reconocer a Oliver. No reaccionó hasta que sintió que algo se le clavaba en la garganta.

—Esto es por Nick y compañía —dijo Oliver mientras apretaba los dientes y aumentaba la presión en la daga.

Rufus intentó gritar, pero no pudo. Notaba la fuerza escapándosele por la garganta, sentía los vestigios de decenas de voces abandonando su cuerpo. Algo se rompía. El aparcamiento se llenó con un grito polifónico, decenas de voces liberadas en un grito oscuro.

—Su pacto con el diablo queda revocado de forma permanente, señor Tyler.

Pequeñas luces de colores chisporrotearon en su garganta y abandonaron chillando el cuerpo de Rufus, que de repente parecía más pequeño.

—Se olvidarán de mí —silbó con un hilo de voz.

Cuando la última luz abandonó su cuerpo, Rufus cayó de rodillas, sollozando. Su historia había llegado al final.

Un año después

Aunque su legado no había desaparecido, todo el mundo se había olvidado de Rufus Tyler. Sus canciones seguían en los servicios de *streaming*, pero nadie las escuchaba. Si uno hacía una búsqueda, seguían saliendo los resultados: su biografía, hitos, etcétera, pero si le preguntabas a alguien por Rufus, sencillamente no le recordaban.

Rufus Tyler, el rey olvidado.

El pódcast seguía creciendo, las cosas iban cada vez mejor y, al final, Oliver decidió darle luz verde a su sección sobre talentos truncados.

—Chicos, me lo habéis pedido y aquí está. A partir de ahora tendremos una sección en el programa para recordar a todos aquellos talentos que ya no están con nosotros, artistas que no merecen caer en el olvido. Afinad bien los oídos porque el artista que inaugura esta sección no os va a dejar indiferentes.

Su nombre es Rufus Tyler.

IV

ZUGZWANG

ZUGZWANG

El Día del Mentor.

Una chorrada que se había sacado de la manga el Departamento de Comunicación de la Policía para salir en los medios por algo más que malas noticias. Una buena idea sobre el papel: un novato recién graduado pasa un par de días pegado al culo de un veterano para empaparse de su «sabiduría». Todo muy bonito, pero, claro, el papel lo aguanta todo; otra cosa es la realidad. Él mismo había apoyado la idea desde el principio (más que nada por no aguantar horas de agotadora insistencia), pero la cosa cambió cuando se enteró de que también él tendría que cargar con uno de esos críos. Creía que los peces gordos con galones quedarían exentos de esa patochada mediática, pero nada más lejos de la realidad.

—¡Todo lo contrario, James! Vosotros sois los que más ejemplo debéis dar —había dicho Liz Trainor, la responsable del Departamento de Comunicación y un grano en el culo desde hacía más de quince años—. Además, te vendrá bien salir de tu despacho. Estás echando barriga, James —acusó con un tono maternal que acabó por sacarlo de quicio.

—Comisario Gleeson si no te importa, Liz.

—James —insistió ella clavándole su mirada de madre superiora—, con la que nos está cayendo te aseguro que esto va a ayudar a reforzar la imagen del Departamento. Lo sabes.

—Tengo mucho trabajo, Liz. No puedo perder dos días con un mocoso para que tú quedes bien con los jefes.

Liz guardó silencio y clavó su mirada de perro guardián.

—Te diré lo que tienes, James. No tienes nada sobre él. Nada. Sé que hacéis lo que podéis, pero si el Ejecutor estuviera entre rejas no harían falta este tipo de «patochadas», como tú las llamas.

«Si la Policía no puede protegerse a sí misma cómo va a proteger a los demás». Fue la conclusión de Liz, ofrecida con una sonrisa en los labios y una mirada de reprobación.

A él se le escapaba cómo el Día del Mentor podía ayudar a desviar la atención del caso de el Ejecutor, pero al final aceptó a regañadientes. Tampoco es que tuvieran muchas más opciones. El Ejecutor. Un asesino en serie de policías que se había cargado a siete compañeros en tres meses. Una pesadilla, una sombra. No tenían ni una pista sobre su identidad. Solo rezaba para que a aquel cabrón le diese un infarto y dejase de matar.

Y ahora estaba allí, desayunando por segundo día consecutivo con Eddie Voelker, un mocoso recién salido de la Academia. Un chaval fuerte, callado y con decenas de cráteres en la cara, algunos de ellos todavía en plena erupción.

—Permiso para ir al servicio, señor —pidió Voelker.

En los tiempos en los que él era novato, aquello no sucedía. Jamás se le habría ocurrido a uno irse al baño en medio de la comida con un superior, pero los chavales de ahora eran así. Tanto Instagram y tanta mierda. Él se hubiera meado encima antes de dejar solo a un oficial de mayor rango, pero, en fin, los tiempos cambiaban, y a le había tocado el bebé con la vejiga floja. Ya hacía un buen rato que el chaval se había ausentado. El móvil interrumpió sus pensamientos.

—Dime, Mike.

—Dijiste que te llamase si había algo nuevo sobre el Ejecutor. Pues acabamos de recibir una llamada de un tipo que dice ser él. Asegura que ha matado a otros dos polis y me ha dado una dirección. Te acabo de enviar la ubicación a tu teléfono.

«No, joder. Dos polis más».

El novato volvió a la mesa. Sudaba como un cerdo. Se sentó y sorbió su refresco con una pajita. El comisario echó un ojo a la

dirección.

—Estoy… —el comisario miró a Voelker—, quiero decir que estamos cerca.

—¿Qué tal tu novato? —preguntó Mike.

—Poca cosa —dijo Gleeson observando a su «compañero» dar cuenta de una tostada—. No mandes a nadie, no quiero que esto se convierta en un hervidero de plumillas. Déjame comprobarlo en persona.

El comisario colgó el teléfono y, con un gesto, ordenó al crío que se levantara.

—Vamos, Walker… —ordenó el comisario.

—Es Voelker, se-señor —dijo el chico dejando su tostada a medio comer en el plato.

—¿Alguna vez has visto un cadáver de cerca? —preguntó el comisario. Sabía la respuesta, pero la formuló por cortesía; no quería parecer un gilipollas integral. Al fin y al cabo, el crío no tenía la culpa de las ideas de bombero del Departamento de Comunicación.

—No, señor, solo en fotografías en la Academia.

—Pues por desgracia hoy te vas a desvirgar, Walker.

Al comisario le pareció detectar cierto rubor subiendo a las mejillas del chico. ¿Sería cierto? ¿Virgen? A su edad él tenía dos hijos, un coche y una hipoteca.

La pareja subió al coche. El comisario encendió la radio.

—… sin noticias sobre el caso del Ejecutor que tiene en vilo al Departamento, son ya siete los policías…

Cambió el dial con un gruñido. Una canción terminaba en la radio en ese momento, apenas pilló el último estribillo. Era bonita. La locutora decía que se trataba de un tal Rufus Tyler. No le sonaba de nada. La siguiente canción era de los Blue Bullets, los de la carnicería de Los Ángeles. Muy ruidosos. Apagó la radio. Silencio. Era peor el remedio que la enfermedad. No sabía de qué más hablar con el chaval.

—Vamos a algo relacionado con ese caso, ¿verdad, señor? —preguntó el novato.

El hombre le miró de soslayo, como si estuviera calculando a ojo el nivel de confianza que el crío merecía.

—Tienes olfato, hijo. Es correcto, pero también *top secret* —matizó guiñándole un ojo.

—¿Y cómo saben que la llamada no es obra de uno de esos tarados de Internet?

—El sujeto ha proporcionado datos que solo el asesino podría conocer.

—¿Qué tipo de datos? —preguntó el crío, interesado.

—Secretos —zanjó el comisario.

Empezó a llover. Gleeson activó el limpiaparabrisas. No podía compartir esa información. Siete policías muertos en cuatro meses. Todos ejecutados con una bala en la nuca. Solo un pequeño grupo en el Departamento conocía la firma del Ejecutor.

Zugzwang.

Escrita con la sangre de las víctimas en la pared. Se trataba de una expresión de ajedrez. La definición era algo así como que cualquier movimiento posible empeoraba la situación. Que se lo dijeran a esos polis. *Zugzwang*.

Un asesino en serie con sentido del humor.

Llegaron al edificio. Era un inmueble gris y abandonado. La lluvia repicaba con fuerza en las ventanas.

—Tú quédate detrás de mí, hijo.

El lugar olía a cerrado; a moho y humedad. La pareja subió la escalera. Algunos peldaños estaban podridos, otros tenían agujeros y otros ni siquiera existían; crujían bajo sus pies, como si estuvieran pisando una alfombra de insectos. Llegaron a la puerta del apartamento. El comisario la empujó. Entró primero, decidido. El olor no auguraba nada nuevo. Había un cadáver en el suelo, desnudo y atado de pies y manos. Gleeson se acercó. Ejecutado a sangre fría de un tiro en la nuca. «Maldito cabrón», pensó.

—Mike habló de dos cuerpos, el otro no debía andar muy lejos —dijo Gleeson más para sí que para el novato.

«Pobre chico», pensó el comisario observando el cadáver. No debía tener más de veintidós años. Se arrodilló sobre el cuerpo. Reparó en una cartera que había al lado del muerto. La abrió y sacó la documentación. Leyó el nombre en el permiso de conducir.

Eddie Voelker.

—¿Qué cojones?

El comisario notó el frío del cañón en su nuca. Entornó los ojos al darse cuenta de su error. Suspiró. Escuchó una palabra susurrada al oído.

—*Zugzwang*.

V

SAVE LENNON!

SAVE LENNON!

—¿Entiende usted el procedimiento y todo lo que le he explicado, señor Lee? —pregunta el Bata Blanca mirándole por encima del puente de las gruesas gafas de pasta. Los tubos fluorescentes del techo se reflejan en su perfecta y brillante calva.

—Perfectamente, doctor Cross —responde el hombre tumbado en la camilla—. Cuando llegue a mi destino debo respirar hondo, tomarme una de esas pastillas con sabor a culo de mono muerto y esperar a que se me pase el mareo. Recibido, Doc. No tiene de qué preocuparse.

Tim Lee es uno de los tres aspirantes a entrar en la Agencia Temporal, una institución que no existe en ningún documento y que se financia con un presupuesto fantasma solamente conocido por un par de personas en todo el país. Desde el inicio de su reclutamiento han transcurrido tres años de pruebas, tests, estudios y todo lo que uno se pueda imaginar. Solo les ha faltado hacerle mear apuntando a una diana. El resto lo ha hecho todo.

—Perfecto, señor Lee —dice el doctor mientras esboza una sonrisa—. Todo va a salir bien. Por cierto, el doctor Strauss quiere que pase por su despacho para un control rutinario del protocolo temporal.

—Van cuatro esta semana, Doc —dice Lee mientras se incorpora y se pone la camiseta—. Un poco exagerado.

—Por eso se le llama «control rutinario», amigo —bromea el hombre de la calva cerrando con satisfacción la carpeta marrón que contiene el resultado de sus últimos análisis—. No es nada personal.

***

Tim Lee recorre los pasillos asépticos y transparentes del edificio hasta llegar a los ascensores. Por el camino se cruza con un par de Monos Blancos, varios de Monos Negros y muchos Batas Blancas. Ya en el elevador, pulsa el botón del último piso, de acceso restringido salvo para una docena de elegidos. Lo cierto es que Tim jamás había imaginado estar tan cerca de su sueño. Cuando llega a la puerta del despacho de su supervisor, se detiene y suspira. Llama con tres toques enérgicos.

—¡Adelante, señor Lee! —ordena la voz al otro lado de la puerta—. ¡Su ímpetu le ha delatado!

El agente Tim Lee abre la puerta con decisión. El despacho de Strauss es un espacio amplio, bien iluminado, con paredes blancas y una decoración minimalista limitada a una colección de fotografías antiguas relacionadas con diferentes momentos y personajes decisivos en la historia de la humanidad. Lee reconoce el hongo nuclear de Hiroshima, una foto del primer paseo lunar, un retrato de Steve Jobs y otro de Hitler agitando a las masas en la Alemania del 1941. Strauss, sentado tras su escritorio, gesticula para que se siente. Tim obedece. Su jefe es un hombre orondo, de mofletes redondos y mirada franca y afilada.

—Mañana es el gran día, agente Lee —dice Strauss—. Su primer viaje temporal. Puede ganarse el Mono Blanco, tiene potencial, pero recuerde seguir las reglas. Vivimos para las reglas.

—Lo sé, señor Strauss. Creo que me lo ha repetido unas quinientas veces esta semana.

El hombre esboza una sonrisa de compromiso.

—Es nuestro credo, hijo. Recordémoslas una última vez.

***

LAS DIEZ REGLAS DE LOS VIAJEROS EN EL TIEMPO

Primera. No cambiar el curso de la historia: El viajero en el tiempo debe tener mucho cuidado de no intervenir en eventos históricos y no

alterar el curso natural de la historia.

Segunda. No interactuar con personas clave: El viajero debe evitar interactuar con personas clave de la historia, como líderes políticos, científicos o artistas, para evitar afectar el futuro.

Tercera. No llevar objetos del futuro: El viajero no debe llevar objetos del futuro que puedan ser percibidos por los habitantes de la época a la que viaja.

Cuarta. No interferir en relaciones personales: El viajero debe evitar interferir en las relaciones personales de las personas de la época a la que viaja.

Quinta. No revelar información del futuro: El viajero no debe revelar información del futuro que pueda repercutir en los eventos históricos o la vida de las personas.

Sexta. No cambiar el medio ambiente: El viajero debe evitar cambiar el medio ambiente de la época a la que viaja, como la flora y la fauna, para no incidir en el equilibrio natural de la Tierra.

Séptima. No viajar demasiado lejos en el tiempo: El viajero debe evitar viajar demasiado lejos en el tiempo, ya que podría alterar el equilibrio del universo.

Octava. No interferir en la evolución de las especies: El viajero debe evitar interferir en la evolución de las especies animales y vegetales, para no afectar el futuro.

Novena. No cambiar el curso de la vida de las personas: El viajero debe evitar cambiar el curso de la vida de las personas de la época a la que viaja, ya que ello puede tener consecuencias impredecibles.

Décima: Reservada para Monos Blancos.

***

—Pues la verdad, jefe, si tenemos que estar con tantos miramientos, no sé para qué nos tomamos la molestia de viajar en el tiempo.

—Observar, analizar, recabar datos… No puedo compartir más información con usted. Al menos de momento. Quizás lo haga cuando consiga el Mono Blanco. —Strauss le guiña un ojo.

—Si le soy sincero, Doc, nunca he comprendido la regla número ocho. ¿Cómo se supone que voy a interferir con la evolución de las especies? ¿Cree usted que me voy a tirar a una oveja o algo así?

De nuevo esa sonrisa condescendiente.

—Las reglas existen por algo, hijo. No las subestimes y síguelas a rajatabla. Piense en el viaje en el tiempo como en un museo temporal viviente: se mira, pero no se toca. Ahora, si me disculpas, tengo otros candidatos que aguardan mi consejo.

***

Esa noche el aspirante Tim Lee no descansa bien; los nervios no le dejan dormir. Convertirse en un Viajero Temporal (V. T.) ha sido su sueño desde niño, y ahora lo roza con las yemas de los dedos. La misión parece sencilla y Lee cree que podría conseguir el Mono Blanco, el primer paso en el mundo de los Viajeros en el Tiempo. Derrotado por el insomnio, Lee pasa la noche viendo películas y escuchando viejos discos de The Beatles. Cuando no está de servicio, Tim Lee se refugia en el pasado. Le encanta la década de los sesenta, aquella época en la que las redes sociales eran los barrios y lo más parecido a la Inteligencia Artificial era una calculadora. Las paredes de su piso lucen llenas de pósteres de sus actores y cantantes preferidos: los De Niro de *Toro salvaje* y John Lennon son las joyas de la corona. En especial el de John. Un regalo de su padre antes de morir.

Lennon, con sus gafas redondas y su cabello largo y rebelde, parece estar mirándole directamente a los ojos. Su expresión es tranquila, pero tiene esa chispa de ingenio en su mirada, como si él supiera algo que los demás desconocían. La imagen cuelga enmarcada en una especie de *collage* con varios recortes de periódicos que cuentan la historia de la vida y obra de Lennon; fotos de los Beatles en su apogeo e imágenes de su carrera en solitario. Ni rastro de Yoko por ningún lado. Debajo de la foto, una cita: «La vida es aquello que te sucede mientras estás ocupado haciendo otros planes», una verdad simple y profunda que encapsula la filosofía del artista.

Para Lee, el póster de John Lennon es mucho más que una simple imagen, representa un tributo a un artista talentoso y un pensador crítico que había dejado una huella indeleble en la música y la cultura popular. El recuerdo de un hombre que había vivido una vida extraordinaria y había inspirado a generaciones de personas con su mensaje.

Ojalá los sesenta fuera su destino una vez hubiese logrado el Mono Blanco. Ya sabía que no podía interactuar, pero ver a los Beatles en directo no podía hacerle daño a nadie. De todas formas, primero debía superar la prueba de mañana.

Soñando despierto, se quedó dormido.

***

Tres aspirantes afrontan el día más importante de sus vidas y cada uno de ellos lo gestiona a su manera. A pesar de lo decisivo del momento, en el pequeño laboratorio no se respira un ambiente tenso. Los candidatos saben que más que rivales son compañeros. No es una competición. Llegar a formar parte de la Agencia está en sus manos. Los tres pueden conseguir el Mono Blanco si siguen las normas y hacen bien su trabajo. No son excluyentes y tienen mucho en común.

Lee escucha «Starting Over» con sus auriculares mientras el candidato Miles Starkey, un joven de apenas diecinueve años, cierra los ojos y estira el cuello con suaves movimientos de derecha e

izquierda. El tercer hombre, Winston, un mulato de unos cuarenta y cinco años, se limita a sudar y a rezar por lo bajo en español. Todos permanecen de pie, con gesto marcial al lado de la Máquina del Tiempo, una maravilla de la tecnología. Un objeto imponente que se yergue como una enorme lupa en el centro del laboratorio. Los Batas Blancas operan con concentración los monitores y pantallas, que parpadean con una información imposible de descifrar si uno no tiene al menos tres o cuatro ingenierías. El cristal de la lupa gigante, el corazón de la máquina, está compuesto de una sustancia desconocida, una especie de vidrio cristalino que emite una suave luz púrpura y cálida.

Strauss, vestido con sus mejores galas, irrumpe en la sala con paso firme; orgulloso, saluda a su equipo.

—¡Caballeros! Este es su momento —anuncia Strauss con ese tono que diferencia a los líderes de los superiores—. El Mono Blanco les espera. Recordemos la misión. Un portal se abrirá para cada uno de ustedes. No sabremos a qué época han saltado hasta que regresen. Su única labor es certificar la fecha para que podamos indexar la frecuencia del portal y así sumarlo a nuestro catálogo. A partir de ese momento el portal llevará su nombre y la Agencia podrá utilizarlo a discreción. Repito: certificar la fecha y volver sin causar ningún estropicio en la línea espacio temporal. Les daremos quince minutos. Tiempo más que suficiente. ¿Creen que podrán hacerlo?

—Sí, señor —responden los tres candidatos al unísono.

—Bien, pues que Dios les bendiga. Procedamos —ordena Strauss a los Batas Blancas que no paran de pulsar botones. A Tim le parecen que son todos idénticos, como clones o algo así.

El cristal de la lupa comienza a emitir una luz más intensa, acompañada de un ronroneo casi imperceptible al principio, pero que aumenta de manera exponencial. La sala entera vibra, la luz les ciega durante un segundo, como el flas de una cámara. Cuando el brillo remite, los tres hombres se quedan asombrados ante el portal que se abre frente a ellos. Es de una oscuridad magnética, como un agujero

negro en el espacio. Lee recuerda haber visto algo parecido en las películas de ciencia ficción, solo que lo que tiene delante es real. Percibe un ligero olor a plástico quemado.

—¡Portal abierto y estable! —confirma un Bata Blanca.

— Es su turno, Starkey. Buena suerte, hijo —dice Strauss.

Starkey respira tres veces profundamente, hace el saludo militar y salta hacia la negrura que se arremolina delante de él. Strauss asiente y Winston, que no ha parado de rezar en ningún momento, se deja caer en la espesa negrura.

—Es su momento, señor Lee, aprovéchelo —ordenó Strauss—, pero sobre todo vuelva sano y salvo, hijo.

Lee no puede apartar la mirada del remolino de oscuridad que no para de girar sobre sí mismo.

—Descuide, jefe —dice con una sonrisa—. He nacido para esto.

—Me alegro, muchacho. Certifique la fecha y regrese sano y salvo. Nos vemos en quince minutos.

Strauss sonríe y, por primera vez, a Lee su sonrisa le parece sincera.

***

23:01

Lee vomita. Solo escucha un pitido lacerante que le atraviesa el cerebro. Además, está mareado y ve borroso, como si de repente tuviese quince dioptrías en cada ojo. Le habían advertido que algo así podría pasar. Durante las pruebas, el equipo de Batas Blancas intentó reproducir casi a diario esa sensación, pero desde luego lo que sentía en ese momento era algo mucho más agresivo, más punzante. Era como bajar de una noria que girase a toda velocidad en marcha, pero multiplicado por mil. Le duelen las uñas. ¿Por qué le duelen? Eso nadie se lo había comentado. Lee rebusca en el bolsillo de su cazadora y se traga las dos píldoras. Saben a culo de mono, sí. Son asquerosas pero eficaces. Enseguida comienzan a hacerle efecto. En unos segundos el mundo para de girar, su visión se aclara y el pitido remite.

Sus latidos y su respiración se estabilizan.

Ha aterrizado —aunque no sabe si esa es la palabra adecuada— en un parque cubierto de nieve en el corazón de Manhattan. Conoce el lugar. Activa la cuenta atrás de su cronómetro. Tiene quince minutos. Mira a su alrededor con asombro, sorprendido por la atmósfera vibrante y llena de energía de la ciudad que se extiende ante él. Las luces de neón brillan intensamente en los grandes rascacielos, los coches pitan en las calles llenas de tráfico y la música suena desde los altavoces de los negocios que permanecen abiertos. El estribillo de «New York, New York» de Sinatra revolotea por su cabeza durante unos instantes. Lee camina hacia las luces y el murmullo de la ciudad se va intensificando. Las tiendas están decoradas con luces de Navidad y adornos festivos. El olor a castañas asadas y chocolate caliente impregna el aire. Los rascacielos parecen tocar el cielo, y los carteles publicitarios de las grandes empresas se proyectan en el cielo nocturno como faros brillantes.

El viajero se detiene en un puesto de comida callejera, donde un vendedor ambulante le ofrece un perro caliente. Huele a gloria. Pero Lee piensa en las reglas y declina la oferta.

«No comas un perrito caliente —se dice imitando a Strauss—. El destino del universo podría cambiar radicalmente, muchacho».

Los hombres visten chaquetas de cuero con hombreras, pantalones de pana ajustados y zapatillas deportivas coloridas. Las mujeres lucen mallas de colores neón, faldas de tul, *tops* cortos y zapatos de tacón alto en tonos brillantes. Las joyas y los accesorios son una parte importante del atuendo. Hombres y mujeres luciendo grandes collares de oro, pendientes brillantes y gafas de sol con monturas gruesas. El color resuena en cada esquina.

Mientras deambula por las calles, Lee se cruza con todo tipo de personas, desde artistas callejeros hasta ejecutivos de negocios, cada uno con su estilo único y personalidad.

Lee procura seguir las reglas a rajatabla. Evita el contacto visual durante más de tres segundos y se limita a rellenar el cuestionario

informativo que le han pedido en la Agencia. Tropieza con un hombre corpulento. Tras el impacto, al hombre se le cae algo al suelo. Lee se agacha con un acto reflejo para recogerlo. Es un libro. Un ejemplar de *El guardián entre el centeno.* El hombre le agradece el gesto casi con un susurro y sigue su camino. Parece algo nervioso. Solo mantienen el contacto visual durante un segundo, pero Lee tiene la extraña sensación de que ha visto antes esa cara, solo que no puede recordar dónde. El viajero sigue su camino. Está a finales de los setenta o a principios de los ochenta. Recuerda que su misión es certificar la fecha y volver a casa. Para en un puesto de periódicos y comprueba en qué día se encuentra.

Es lunes, 8 de diciembre de 1980.

Aquella le resulta una fecha conocida. Resuena. Lee tiene que leer dos veces la fecha antes de la revelación. Lunes, 8 de diciembre de 1980. Una noche histórica. Trágica. La noche en la que dispararon a Lennon. Solo entonces une la línea de puntos. Esa cara, el libro. Sabe quién era aquel tipo. Al día siguiente su cara estaría en todos los periódicos del mundo.

Su nombre es Mark David Chapman y está a punto de asesinar a John Lennon.

***

Informe policial sobre el asesinato de John Lennon

Fecha: 8 de diciembre de 1980

Hora del informe: 02:00 a. m.

El presente informe se refiere al asesinato del músico y activista John Lennon, quien fue acribillado en la entrada del edificio Dakota en la ciudad de Nueva York.

Según los testigos, el incidente tuvo lugar a las 10:50 p. m. El Sr. Lennon y su esposa, la Sra. Yoko Ono, acababan de regresar a su residencia en el edificio Dakota después de una sesión de grabación. Al salir del vehículo, fueron abordados por un hombre desconocido que se encontraba en la entrada del edificio. El individuo, posteriormente

identificado como Mark David Chapman, se acercó al Sr. Lennon y le disparó cuatro veces a quemarropa con una pistola de calibre 38. La Sra. Ono gritó pidiendo ayuda mientras el Sr. Lennon caía al suelo gravemente herido. Chapman permaneció en la escena, leyendo un ejemplar de la novela El guardián entre el centeno *mientras esperaba la llegada de la policía. Los testigos informaron que Chapman parecía estar tranquilo y que no ofreció resistencia en el momento de su arresto. El Sr. Lennon fue trasladado en una ambulancia al Hospital Roosevelt, donde fue declarado muerto a su llegada. El informe de la autopsia reveló que la causa de la muerte fue una hemorragia interna severa causada por las lesiones de bala.*

La pistola utilizada en el crimen fue recuperada en la escena y posteriormente identificada como propiedad de Chapman. Las autoridades también encontraron en su posesión una copia del álbum de Lennon Double Fantasy*, que había sido firmado por el artista horas antes del asesinato.*

Chapman, un residente de Hawái, había llegado a Nueva York unos días antes del asesinato y había sido visto merodeando cerca del edificio Dakota en los días previos al incidente. Durante los interrogatorios, Chapman afirmó que había planeado el asesinato durante semanas y que había elegido a Lennon como su objetivo debido a la fama del músico y sus declaraciones públicas sobre la religión y la política.

***

Lee conoce cada movimiento que Chapman dará esa noche. Esta noche. Lo ha leído mil veces. Mira el reloj. Son las 11:09 de la noche. El edificio Dakota está a menos de cinco minutos andando, corriendo podría estar en tres. Chapman va hacia allí. Lennon estará muerto en menos de diez minutos. Y él puede evitarlo. Las diez reglas se encienden durante un segundo en su mente, pero las borra de un plumazo. ¿Para qué querría uno viajar al pasado si no puede evitar tragedias como la que está a punto de suceder?

Lee corre como nunca en su vida. Puede ver a lo lejos la entrada del edificio Dakota. Divisa a Chapman y el coche de Lennon y Yoko

deteniéndose en la puerta. Sabe que Lennon viene de los estudios *Record Plant*, sabe que Chapman tiene la intención de dispararle y que lo hará cinco veces. La estrella morirá. Tim Lee acelera el ritmo. Lennon baja del coche. Cruza la puerta del Dakota. Chapman, detrás de él, se lleva la mano al abrigo. Saca un revólver de calibre 38. Lee se abalanza sobre Chapman y hace que falle el disparo. Lennon, aterrorizado, protege a Yoko y se pone a cubierto mientras Chapman escapa. Las sirenas de la Policía se acercan y Lennon abraza a Lee.

—¿Está bien, señor? ¡Gracias! ¡Me ha salvado la vida!

Entonces sucede. El cronómetro emite tres pitidos. Un fogonazo y Lee desaparece de 1980.

***

Una luz roja y el ulular de una sirena le reciben en las instalaciones. Los Batas Blancas parecen presa del pánico, andan de allá para acá, desconcertados. Strauss parece cabreado. Muy cabreado. Tiene una vena hinchada que le parte la frente debajo de la piel, como una lombriz que se retuerce rabiosa.

—¿¡Pero qué demonios ha hecho, Lee!? —grita Strauss desencajado—. Esto es inadmisible. Las lecturas se salen de las tablas. ¿Qué demonios ha cambiado? ¿A dónde ha ido?

—A diciembre del ochenta. Creo que he evitado la muerte de John Lennon, señor.

—John Lennon, ¿el cantante de los Beatles? —pregunta Strauss con los ojos muy abiertos.

—Lo acabo de salvar, señor. Moría el 8 de diciembre de 1980…, verá…, tropecé con su asesino de frente y…

—Mierda —masculla Strauss entre dientes—. ¡Doctor Chang, cargue en el monitor todo lo que tengamos sobre Lennon!

Un monitor holográfico se materializa entre Strauss y Lee. Las imágenes y la información empezaron a desfilar a un ritmo frenético.

—No puede ser —susurra Strauss—. No puede ser.

—¿Qué pasa?

—Le diré lo que pasa —dice Strauss sin levantar la cabeza del monitor—. Según esto, el 8 de diciembre de 1980, un hombre llamado Mark David Chapman atentó contra la vida de Lennon en la puerta del edificio Dakota. Lennon y Yoko nunca identificaron al misterioso hombre que evitó la tragedia abalanzándose sobre el agresor y logrando, de ese modo, que Chapman errase el tiro y huyese. Hasta hoy nadie conoce la identidad del salvador. Lennon aseguró en comisaría que el hombre simplemente desapareció en un haz de luz. Yoko corroboró su historia.

—Bueno, pues bien, ¿no? Tampoco ha sido para tanto, ¿no?

Strauss le dedica una sonrisa cargada de cinismo. Vuelve a posar la mirada en el monitor.

—John Lennon falleció al día siguiente en un accidente aéreo. No ha cambiado usted una mierda. Las reglas existen por alguna razón.

—¿Qué?

—El destino es una fuerza que todavía no comprendemos, señor Lee. Hemos descubierto que hay ciertos momentos claves de la historia que no se pueden cambiar. Nosotros los hemos bautizado como «Eventos Fundamentales». —Strauss hace una pausa para coger aire, resopla enfadado—. Pero, para conocer esos estudios sobre el Destino, hay que vestir un Mono Negro, algo que, como podrá comprender, jamás alcanzará. Digamos que, por ofrecerle una versión muy simplificada y que pueda entender, si usted intenta cambiar uno de esos Eventos Fundamentales, la línea temporal se revuelve e intenta recuperar su camino. Y, además de volver a su cauce, se toma su revancha. Como si el tejido temporal fuese un ente vivo que no permitiese que nadie juegue con sus reglas.

—No entiendo a qué se refiere.

—No entiende nada, eso ya lo tengo claro. Le pondré un ejemplo. —Strauss pulsa un botón en la pantalla y la impresora escupe un folio—. Usted intenta salvar a Lennon por un arrebato romántico en el que piensa que el mundo va a ser mejor. Conoce las reglas y se las salta. Enhorabuena, Lee. Disfrute de su obra —dice el hombre

tendiéndole la página.

***

El Carnicero de Estrellas

El intento fallido de asesinato del músico John Lennon en 1980 a manos de Mark David Chapman fue uno de los momentos más impactantes de la cultura popular de la época. Irónicamente, John y Yoko murieron al día siguiente en un accidente de avión. Pero lo que nadie podría haber imaginado es que aquel fracaso sería el desencadenante de una serie de asesinatos en serie de estrellas de la música a manos de Chapman.

La prensa le apodó el Carnicero de Estrellas.

Después de que su plan de asesinar a Lennon fracasara, un Chapman frustrado, lleno de ira y obsesionado con las estrellas del rock acabó con la vida de otros dos Beatles: Paul McCartney en marzo de ese mismo año y George Harrison en febrero del 81. Chapman reivindicó su obra desde el primer momento, pero una cosa era saber quién era y otra distinta atraparlo. La locura no se detuvo allí. Chapman empezó a atentar contra otras estrellas de la música. Entre las víctimas de Chapman se encuentran nombres como David Bowie, Mick Jagger y Bob Dylan, entre otros. Todos ellos secuestrados y asesinados entre marzo de 1980 y noviembre de 1983.

En enero de 1984, Chapman fue detenido y condenado a muerte por los asesinatos de al menos siete personas. En su juicio, el asesino confesó haber actuado por la envidia que sentía hacia las estrellas de la música, a las que veía como figuras arrogantes y prepotentes.

La música y el espectáculo perdieron a algunas de sus estrellas más brillantes, y el mundo nunca volvió a ser el mismo después de las atrocidades cometidas por Chapman.

***

Al terminar de leer el artículo, Tim Lee apenas puede mantenerse en pie. Tiene ganas de vomitar y un sudor frío le resbala por la

espalda.

—Como puede comprobar, agente Lee —dice Strauss sacándole el artículo de las manos—, el destino se venga de aquel que quiere jugar con los Eventos Fundamentales. En la Agencia nos dedicamos a estudiar esos eventos y recabamos toda la información posible. Tenemos algunas teorías. Como le he dicho, no se puede cambiar un Evento Fundamental, al menos no como usted lo ha intentado. Si un camión circula a ciento ochenta kilómetros y hay un niño en la carretera, el destino no dejará que usted salve a ese niño en el último segundo. ¿Comprende?

Tim asiente.

—Es imposible que usted sea capaz de engañar al destino. Si usted de verdad quisiese salvar a ese niño, tendría que remontarse al origen de la cadena de acontecimientos que desembocan en ese momento y hacer pequeños cambios casi imperceptibles. De esa manera, quizás podría *hackear* el destino, por llamarlo así. Evitar que se diese cuenta, pero son solo teorías. Otra de las cosas que hemos descubierto es que, a pesar de lo que nos cuenta la ciencia ficción, no existen las líneas temporales alternativas infinitas. Hay «alguna», pero son errores. La que acaba de crear es una de ellas. Y los errores hay que subsanarlos.

—¿Puede arreglarse?

—Puede hacerse, sí, pero la solución no le va a gustar.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta Lee.

—Regla número diez. En teoría no debería decírsela, ya que, según el reglamento, solo los Monos Blancos pueden conocerla, pero dada la urgencia del caso no tengo otro remedio. Regla número diez: La única manera de restaurar la línea de tiempo original es viajar al pasado y eliminar el agente contaminante. Gracias a usted, ya disponemos del portal al 8 de diciembre de 1980 identificado, estable y a pleno rendimiento. Estamos casi seguros de que los portales se abren a Eventos Fundamentales, como si el Destino nos estuviera poniendo a prueba, tentándonos —dice Strauss, al tiempo que le tiende un bláster temporal y dos nuevas pastillas—. Vuelve y evita que tu otro yo salve

a Lennon.

—¿Me está pidiendo que…?

—Le estoy pidiendo que arregle el estropicio que ha originado por no seguir las reglas. El bláster eliminará a su otra versión sin dejar ningún rastro biológico en la época.

—¿Y qué pasa conmigo?

Strauss no responde.

Lee comprende. Asiente y permanece unos segundos en silencio, asimilando la información.

—Lo siento, hijo. Son las normas. Ahora que tenemos control sobre el portal podemos enviarlo un par de minutos antes de la llegada de su otro yo.

El portal comienza a brillar de nuevo. A Lee le viene a la cabeza una vieja canción de Lennon, «Instant Karma´s gonna get you».

***

22:59

De nuevo el mismo lugar, un parque ligeramente apartado del flujo de peatones que caminan al son de los villancicos de la calle. Lee traga las pastillas y el mareo comienza a amainar de nuevo. Esta vez le hacen efecto más rápido. Lee nota como el aire a su alrededor se calienta. El otro está a punto de llegar. Un fogonazo de luz y Lee se ve a sí mismo, unas horas antes, aturdido por el viaje. Levanta el bláster y su otro yo le mira con sorpresa.

—Lo siento —dice Lee antes de apretar el gatillo.

VI

MUERTE S. A.

MUERTE S. A.

—¿Nombre y apellidos? —pregunta la mujer de negro. A Arthur le parece muy atractiva nada más verla. Lleva un *blazer* de cuello esmoquin con botón y el pelo recogido en un moño. «Alta ejecutiva», deduce. «Sí, seguro». Conoce bien a las personas. Arthur escucha la pregunta, pero está demasiado confuso como para contestar. Intenta articular algún sonido, pero es incapaz. Nota la boca seca y una opresión en el pecho que empieza a remitir.

—¿Nombre y apellidos? —repite la mujer con una inflexión impaciente en la voz, pero sin levantar la vista de la documentación, con la desidia automática del trabajo una y mil veces repetido.

—A-Arthur Price —responde por fin el hombre, no sin esfuerzo—. De repente se encuentra mucho mejor.

—Buen nombre —señala la mujer—. Suena a millonario.

—Nada más lejos de la realidad, señora. No me va mal, pero millonario desde luego que no. Me dedicó a vender cosas. En eso soy bastante bueno.

—No lo dudo, señor Price.

La mujer cubre el impreso que tiene delante y sonríe sin levantar la vista del papel, pero Arthur sabe que no se trata de una sonrisa auténtica, en realidad forma parte de su rutina coreografiada.

—¿Edad?

—Cuarenta y siete años —responde el hombre.

—Vaya, lo siento. Es usted demasiado joven para estar aquí. ¿Causa de la muerte?

—¿Muerte? ¿A qué se refiere? —pregunta Arthur extrañado.

La mujer levanta por primera vez la vista del papel y Arthur se ve reflejado en sus ojos de esclerótica negra. Tiene que apartar la vista.

—A ver, ¿qué es lo último que recuerda? —pregunta la mujer—. Ya sabe, antes de este lugar.

Arthur entorna los ojos intentando recordar. Nota como las manos le sudan, pero cuando se las frota, las nota secas y heladas. Eso le asusta.

—Lo recuerdo, claro que lo recuerdo —dice— perfectamente. Estaba corriendo mis cinco kilómetros diarios cuando sentí un pinchazo en el brazo, luego una opresión en el pecho. Tuve que sentarme en un banco a descansar. He debido quedarme dormido. Me he despertado aquí. El resto ya lo sabe.

—Ya —dice la mujer sin dejar de apuntar en el impreso—. ¿Es usted corredor? —pregunta—. Es raro, los deportistas no suelen visitarnos tan jóvenes.

—Llevo una semana. No he fallado ni un solo día —responde, no sin cierto orgullo.

—Comprendo —murmura la mujer—. ¿Tenía familia?

—*Tengo* familia —corrige Arthur algo molesto—. Mujer y dos hijas —puntualiza.

—Le echarán de menos.

—¿Qué quiere decir? —pregunta el hombre extrañado.

—¿Cómo que qué quiero decir? ¿No se imagina ya dónde está?

—Sí, claro. He visto muchas películas. Esto —dice mirando a su alrededor— debe de ser algo así como una antesala de la muerte, pero yo no estoy muerto.

—Siento decirle que sí, señor Price, usted está muerto y bien muerto, y lo que usted llama «sala de espera» para nosotros es el Centro Principal de Distribución de Muerte S. L. Yo soy su agente personal M., encantada —dice mientras estira una sonrisa cínica—. Pensé que estaría informado de todo. Uno muere, ficha y pasa a ser socio de La Eternidad S. A. A veces los otros departamentos no siguen el protocolo de bienvenida y pasan estas cosas. Pequeños *bugs*, para que lo entienda. Le pido disculpas.

El hombre observó la estancia. Era una sala diáfana y luminosa.

Solo un cuadro negro colgado detrás de la mujer rompía la blancura.

—Este no parece un sitio muy acogedor.

—No lo es. Como bien ha dicho usted, se encuentra en una especie de sala de espera. ¿Alguna vez se ha sentido cómodo en una sala de espera? ¿A que no? Ahora firme aquí y cruce el umbral. Siento que tenga que cruzarlo tan joven, pero la vida es así.

—¡Esto es un atropello! No pienso cruzar sin más. Mi familia me necesita. ¡Mis hijas me necesitan! Están…, están en plena adolescencia. Las niñas, no mi mujer, claro. No pueden perder ahora a su padre.

—Mire, señor… —La mujer baja la vista buscando el apellido de Arthur en el informe.

—Price. Arthur Price.

—Mire, señor Price. No hay nada que pueda hacer. La gente habla de mí como si yo fuera la responsable de lo que les sucede, pero no. Si usted se pone a correr como una gacela de repente, sin hacerse pruebas después de llevar una vida sedentaria, pues qué quiere que le diga. Usted se lo ha buscado. Yo solo tramito el viaje —informa la mujer visiblemente molesta—. Tiene que verme como el revisor que le pide el billete en el autobús. No soy yo la que decido de manera misteriosa quién vive y quién muere —dice moviendo sus dedos como un prestidigitador de segunda—. Ahora, si es tan amable, cruce el umbral y buena suerte con su Destino.

—Espere un momento —interrumpe Price alarmado—. ¿Cómo que destino? No estará insinuado que podría acabar en el infierno.

—Oh, no, no, no —se apresura a corregir la mujer—. No tiene nada que ver con eso. No tengo ni idea de cómo se ha portado usted con los demás a lo largo de su vida. Tampoco me importa, la verdad. Lo único que sé es que detrás de esa puerta —dijo señalándola con su perfecta mano coronada por unas largas uñas negras— está su destino eterno.

—Bueno, en realidad no soy creyente. No creo en el cielo ni en el infierno. Eso son solo cuentos para niños.

—Entonces no tiene de qué preocuparse, señor Price. Si me firma

aquí —dice señalando una pequeña cajita enmarcada en la parte inferior derecha del documento.

—¡No! No pienso firmar nada. Quiero volver a mi casa con mi familia.

—No puede volver a casa, señor Price —repite la mujer, harta de la discusión—. Es imposible. No es el primero que se niega, pero si insiste, tenemos «otros métodos» de persuasión —dice. Su tono de voz se ensombrece y sus ojos de brea parecen oscurecerse aún más. M. acaricia un botón rojo en el que Price no había reparado hasta el momento—. No me lo ponga más difícil.

—Por favor, señora. No puedo irme ahora. ¿Es que no lo entiende? Necesito más tiempo.

La mujer adopta la actitud de una profesora de instituto y forma un triángulo apoyando las yemas de los dedos de una mano sobre la otra.

—¿Me está diciendo usted que no ha aprovechado El Tiempo que ha tenido en La Tierra?

A pesar de la ironía, Price percibe por primera vez una curiosidad genuina en la pregunta.

—Creo que podría haberlo aprovechado más —admite—. Verá, señora Muerte…

—No soy la señora Muerte, señor Price, la M. es de Mercedes, no sé por qué le cuento esto —dice la mujer desviando la mirada de nuevo a sus papeles, como buscando refugio en ellos.

—Pues verá, Mercedes, en La Tierra uno siempre cree que tiene más tiempo, nos creemos inmortales, aunque en el fondo sabemos que eso es una tontería, claro, pero esa sensación es la que hace que dejemos las cosas importantes para «más adelante».

—Puedo decirle con conocimiento de causa, señor Price, que el «más adelante» no siempre es un valor seguro.

—Ya me doy cuenta, ya —dice el hombre mirando a su alrededor.

—Y su tiempo aquí se agota. Por favor, cruce la puerta.

—Tiene que haber una manera de volver.

—Se lo repito. No la hay —zanja ella.

Price observa a la mujer, que vuelve a perder su mirada entre los papeles de su mesa.

—No tiene compasión.

—No sé qué es eso, señor Price. No se lo tome como algo personal, por favor. Lo que ustedes llaman sentimientos son algo que no soy capaz de comprender.

Price se queda pensativo, cree haber detectado un hilo del que tirar. Tantos años en la carretera, en fin, uno acaba conociendo a la gente. Siempre se ha vanagloriado de ello. Cuando Arthur Price identifica una grieta, se cuela como una gota de agua y acaba por inundarlo todo.

—Le ofrezco un trato —dice Price con su aplomo natural de vendedor curtido en mil y una batallas. La mujer parece sorprenderse.

—¿Usted? —La mujer suelta una carcajada que resuena en la estancia—. ¡Es usted muy interesante! ¡E ingenuo! ¿A ver, señor Price? —La mujer vuelve a formar un triángulo con sus dedos—. ¿Qué puede ofrecerme que no me hayan ofrecido antes?

—Vivir —dice Price con seguridad.

—¿Perdón?

—¿Cuánto tiempo lleva usted en esta oficina? Haciendo lo mismo todos los días, aguantando las mismas historias. ¿No se cansa?

—Pero, señor Price…

—Escúcheme, Mercedes. Déjeme volver. —Sus ojos adoptan una expresión de cachorrillo mil veces ensayada ante el espejo—. Después yo ocuparé su lugar y usted podrá dedicarse a otros quehaceres menos funestos.

La mujer calla durante menos de un segundo, pero Price sabe que la tiene. La grieta. Se agranda. Arremete sin compasión.

—Usted hace la vista gorda y me concede la prórroga. Cuando acabe, volveré y la sustituiré el tiempo que haga falta antes de cruzar el umbral. Podrá usted saber con qué está jugando en realidad. Conocerá la compasión, la felicidad, la tristeza y todo eso.

—¿Qué interés podría tener yo en conocer un lugar como ese? —pregunta ella, pero su voz está teñida de dudas—. Tengo entendido que es un lugar horrible, señor Price. Guerras, corrupción, muertes prematuras…

—Todo eso existe, es cierto, pero fijarse solo en eso es ver el vaso medio vacío. También existen cosas maravillosas: días de sol, la brisa del mar, un batido de vainilla con canela o esa descarga de alegría cuando tu equipo marca un gol.

—¿Qué es un gol? —pregunta ella. La curiosidad chisporrotea en sus pupilas.

—¿¡Ve!? Hay tantas cosas que no sabe. Si las conociese, estoy seguro de que podría hacer su trabajo mucho mejor. Quizás se podría optimizar el sistema para que no ocurran errores como este —dice señalándose con los pulgares.

—El sistema no tiene errores, señor Price —asegura ella con orgullo.

—El sistema está plagado de errores. Usted mismo lo ha dicho: guerras, enfermedades, hambrunas…

—Ese no es mi departamento. Eso lo lleva «Libre Albedrío». Además, «ustedes» como grupo dejan mucho que desear. La mitad de la gente que llega aquí lo hace por méritos propios, se lo aseguro: fumadores, comedores compulsivos, sedentarios…

—No lo dudo, pero está equivocada de nuevo. No todo el mundo es así, ni siquiera aquellos que tientan a su suerte día tras día son así. Insisto en que si acepta mi oferta podrá equilibrar la balanza y desempeñar mucho mejor su trabajo.

—Señor Price, yo no soy juez, solamente…

—Ya lo sé, pero si todavía seguimos hablando del tema —Price hizo una pausa dramática; siempre la hacía antes de cerrar una venta—, si usted no ha apretado ya ese botón es porque existe una manera de volver. ¿A que sí? —pregunta Price desplegando todo su encanto.

La mujer calla y su mirada oscura parece aclararse durante un

instante.

—Si accediese… —susurra—. Si accediese, nadie podría enterarse.

—Nadie lo hará —promete Arthur.

—¿Cuánto tiempo cree que necesitaría usted para arreglar sus asuntos pendientes, señor Price?

—Puede llamarme Arthur.

—¿Cuánto tiempo necesitaría, Arthur?

—Creo que podría arreglarme con tres decenios.

—¡Treinta años! ¿Está usted loco? Creí que se refería a un par de días o una semana a lo sumo. ¡Treinta años es muchísimo tiempo!

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—No lo recuerdo. Desde El Principio, mucho antes que ustedes, pero no lo recuerdo con exactitud. Millones de años, diría si tuviera que aventurarme a dar una cifra en números redondos.

—Pues treinta añitos ya no parecen tantos, ¿no?

—Le ofrezco veinte.

—Veinticinco. Volvería con setenta y dos. Si lo piensa desde su perspectiva, no es tanto tiempo. Un abrir y cerrar de ojos. Aún seré «joven». Los setenta son los nuevos cuarenta.

—Eso es una estupidez.

—Ahora el mundo funciona así, con frases estúpidas.

—Me ha parecido percibir que tenemos un trato.

La mujer calla, se concentra en el suelo inmaculado de la oficina y, tras menear la cabeza un par de veces, sonríe.

—Está bien, señor Price. Tenemos un trato. Ha jugado muy bien sus cartas, eso hay que reconocerlo. Ha conseguido que me pique la curiosidad.

—Gracias, señora. ¿Por dónde salgo?

La mujer señala detrás de él y una puerta púrpura se materializa. Price sonríe y se despide con una leve inclinación de cabeza.

—Nos vemos dentro de treinta años.

—¡Veinticinco!

—Veinticinco, de acuerdo.

—Señor Price —dice la mujer—. ¿Qué va a hacer con este tiempo extra? —pregunta con franca curiosidad.

—No tengo ni idea. Ya lo pensaré más adelante.

VII

¿DÓNDE ESTÁS?

¿DÓNDE ESTÁS?

Max Vincent desbloquea el móvil y lanza el enésimo vistazo nervioso a la pantalla en los últimos diez minutos. Los nervios y la excitación reptan por su espalda, se enredan en su entrepierna. Nunca le ha sido infiel a Sue, pero las cosas…, bueno, quizás las cosas se han precipitado; en realidad, *precipitado* no es la palabra adecuada. Las cosas les iban bien, o por lo menos no les iban mal. Monotonía e inercia. Un cóctel explosivo de falso bienestar. Que Vincent esté en New Town, en la lujosa recepción del Sheraton, a quinientos kilómetros de casa, con la excusa de una reunión de trabajo y dudando de si subir o no a la habitación de una mujer con la que lleva chateando en secreto casi dos meses…, en fin, eso obedece a cualquier circunstancia menos a la *precipitación*. Aunque le cueste reconocerlo, hace tiempo que tiene un plan, uno errático, la perfecta hoja de ruta de un infiel inexperto, pero ahora, ante el momento de la verdad, duda de su aventura. La misma voz que le ordena marcharse le tienta a subir a la habitación.

Sería tan fácil. Nadie se enteraría.

Vincent sale a la calle. Será mejor irse a casa, desinstalar la aplicación y olvidarse de todo. Si es capaz de parar ahora, todo quedará en una travesura clandestina, un pequeño secreto para enterrar, inofensivo como piropear con la mirada a una mujer que pasa a tu lado. La luna llena irradia el cielo con su frío resplandor, mientras una ráfaga de viento helado se cuela entre las aberturas de su gabardina. El móvil vibra. Vincent se estremece y observa la notificación.

¿Dónde estás?

Vincent no contesta. Presiona con fuerza el icono de la aplicación, un menú cuadrado de bordes redondeados aparece de repente en la pantalla. ¿Quiere borrar la aplicación? Vincent duda. Una nueva ventana emerge en la pantalla. Esta vez es una fotografía. Ella sentada al borde de la cama, con las piernas abiertas, interminables y pálidas, solo lleva puesta la ropa interior; la ensortijada melena rojiza cae sobre su rostro, ocultándolo.

Entra en un bar. Murmullos, tintineos de copas. El olor a tabaco y colonia revolotea en el ambiente. Un *whisky* doble. Ya que no tiene el valor suficiente, quizás sí pueda tomar la cantidad de alcohol necesaria para que no le importe nada, al menos hasta mañana. Sabe que todo es un error, pero bebe. El primer trago esconde una arcada espasmódica de regalo sorpresa. El segundo entra mucho mejor, y casi ni se entera del tercero. Hacía muchos años del último lingotazo.

A su lado, un grupo de chavales trajeados, recién salidos de la universidad, ríe con descaro mientras reclama otra ronda. Antes él también era así. Sin preocupaciones. Solo beber y follar. De eso hacía ya más de quince años. El sabor dulzón del *whisky* se funde con el jaleo de los clientes; la mezcla le embota los sentidos. La tele escupe noticias sobre el alarmante número de desaparecidos de los últimos meses. La gente desaparece sin dejar rastro. Seguro que huyen. Él lo ha pensado en más de una ocasión, pero es feliz con Sue. Puede que no sea una felicidad de *sitcom*, pero es lo suficientemente buena para él. Los imberbes trajeados hablan del partido de *hockey* y de tetas grandes. La locutora capta de nuevo su atención. Decenas de desaparecidos. La cifra es preocupante. Vincent los entiende. Un día estás hablando de tetas grandes con tus amigos, al otro eres un zombi con el piloto automático puesto: del trabajo a casa y de casa al trabajo. Con una copa más, seguro que él también *desaparece*. Es lo que quiere. Una pizca de sobriedad le aguijonea para advertirle que es el *whisky* quien habla. *Eres un cobarde.*

El móvil zumba de nuevo como una abeja en su gabardina.

¿Dónde estás?

Vincent apura la copa, paga al camarero. Se pone nervioso, pero el alcohol aplaca la ansiedad. Gente en la calle, recepción, ascensor. Antes de darse cuenta, se encuentra delante de la habitación 985 del Sheraton de New Town. Golpea la puerta con los nudillos. Dos veces.

Ella abre la puerta y le recibe con un beso profundo. Sin más. No le saluda. No le pregunta nada. Ni siquiera sonríe. Vincent no puede ver nada, solo su silueta, sus curvas recortadas contra el inmenso ventanal de la *suite*. Vincent palpa su cuerpo como si fuera su primera vez a solas con una mujer. Solo oye el ritmo de sus respiraciones superpuestas, entrecortadas; el bullir de la saliva empapando sus labios. La chica le empuja con fuerza (demasiada) hacia la cama y se abalanza sobre él. Hay un olor raro en el ambiente que le remueve algo dentro, es un hedor que no sabría identificar. Le causa rechazo, le pone la piel de gallina. Ella le besa con ¿pasión? Vincent nota el sabor metálico de su sangre en la lengua. El juego ha ido demasiado lejos. Sue. Es como si el alcohol se hubiese evaporado de repente. Los gemidos de la chica se han transformado en una especie de ronroneo, casi un gruñido. Ella le muerde la garganta y él nota un latigazo de dolor. Puede oír sus colmillos desgarrándole la piel, su saliva casi corrosiva quemándole. Un trozo de carne se le desprende del cuello. La sangre empapa las sábanas. Intenta gritar, pero su alarido muere en un gorgoteo antes de llenar la habitación. Se está ahogando en su propia sangre. Como un pez fuera del agua. Ella le ha arrancado la tráquea de una dentellada. Respirar se vuelve una tarea imposible. Se ahoga en un espeso torrente burbujeante que se extiende sobre la cama como una mancha de vino sobre un mantel. Las uñas de la mujer ahora son unas negras garras afiladas como diamantes que, de un zarpazo violento y certero, le abren el torso en canal. Cortan su esternón sin dificultad. Vincent piensa que ya debería haber muerto, pero no es así, y durante dos interminables minutos, observa, agónico, cómo *eso* devora sus entrañas. El teléfono suena. Es Sue. Es su melodía. *Mad World*, la versión de Gary Jules.

La negrura le envuelve y Max Vincent deja de existir.

***

Sin huellas dactilares, sin cabeza y con la carne comida hasta el tuétano. Solo deja el estómago y los intestinos sin tocar. Es la tercera víctima en lo que va de mes, pero el detective David Emerson no tiene tan siquiera una pista sobre el asesino. Nada. Los cadáveres aparecen envueltos en sábanas ensangrentadas, tirados en contenedores, como sobras de un restaurante. ¿Canibalismo en New Town? No era periodista, pero le parecía un buen titular. De momento, ha conseguido ocultarles las muertes a los periódicos, sin duda un milagro. Si al menos tuviera una cabeza, las cosas serían más fáciles. Había tantas denuncias de hombres desaparecidos en los últimos meses que el muñón (así lo habían bautizado) podría ser de cualquiera de ellos.

—David, me voy al *Coffe & Riff*, ¿te vienes? —pregunta Feldman, uno de sus pocos amigos en el cuerpo, duro como una roca, noble como un pastor alemán.

—No puedo, Jon. Tengo una cita, socio.

—¿Una cita? ¡Al fin sales del cascarón! ¡Me alegro! ¿Te acuerdas de cómo usarla? Te enseñaría, pero no me van esos rollos —bromeó.

—Vete a la mierda, Jon.

—En serio, me alegro. Dos años es mucho tiempo. Pásatelo bien, amigo.

El móvil vibra en el pantalón de Emerson.

—¿Es ella? —pregunta con sorna Feldman.

Emerson sonríe y mira el móvil.

¿Dónde estás?

¡Deja un comentario!

Versión corta

Si te ha gustado Nocturnia deja un comentario en Amazon poniéndolo en valor. No imaginas la ilusión y la energía que nos brindan a los escritores independientes como yo. Además, ayudarás a que otros potenciales lectores descubran el Universo Nocturnia. ¡Muchas gracias!

Versión larga

Queridos Insomnes Profesionales:

Espero que os hayáis desvelado con esta colección de relatos tanto como yo escribiéndola. La creación de estas historias y estos personajes es un viaje inquietante y maravilloso, pero solitario. Saber que habéis dedicado vuestro tiempo a sumergiros en Nocturnia significa mucho para mí.

Si has llegado hasta aquí solo una última petición.

Si el libro te ha gustado, la población entera de Cosmos y un servidor quedaríamos muy agradecidos si pudieras compartir tu experiencia dejando un comentario en Amazon. Tus palabras no solo son un valioso estímulo para un escritor independiente como yo, sino que también ayudan a otros lectores a descubrir la obra.

Cada opinión cuenta y, al expresarla, estarás contribuyendo a construir una comunidad de lectores que comparten su amor por las historias bien contadas. Un par de líneas bastarán. Cada comentario vale su peso en oro y tienen el potencial de guíar a nuevos lectores hasta Nocturnia.

Si no te apetece hacerlo, no te preocupes, te haré llegar una copia de K*ill ´em All* para ti.

Agradezco de antemano tu apoyo.

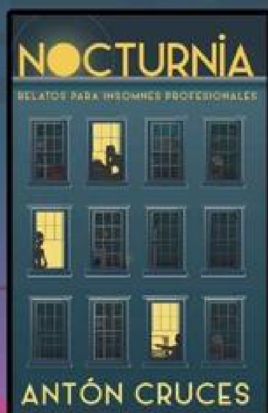
¡Gracias por las noches de insomnio!

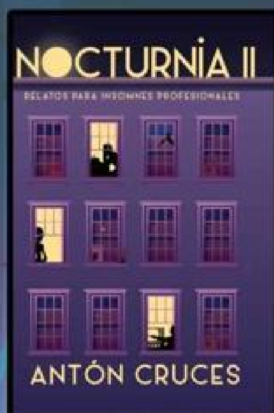
Con gratitud, Antón Cruces

.

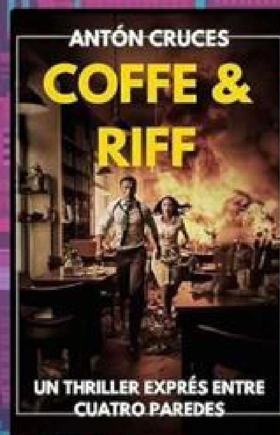
Otras obras (Universo Nocturnia)

OTRAS OBRAS







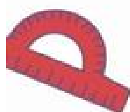


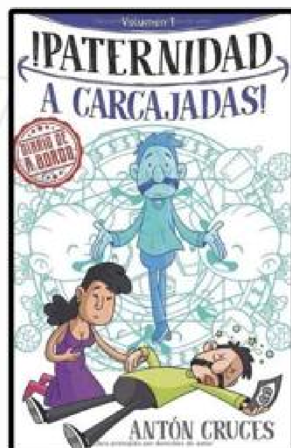
UNIVERSO NOCTURNIA

Otras obras (Paternidad a Carcajadas)

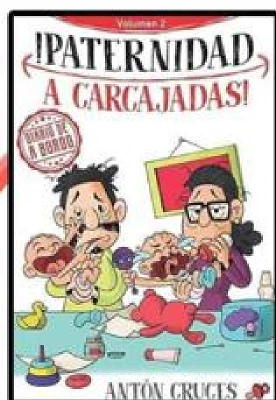
OTRAS OBRAS

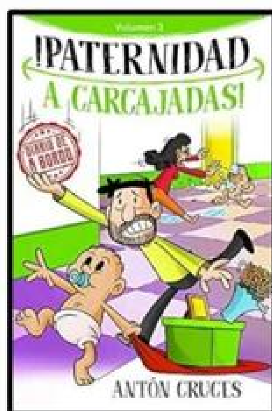












PATERNIDAD A CARCAJADAS